

ROSA MARIA TORIBIO RUIZ

**XEREZ: ORIGENES  
Y LEYENDAS**



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS  
CONFEDERACION ESPAÑOLA DE CENTROS DE ESTUDIOS LOCALES  
SOCIEDAD / CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS JEREZANOS

1987

ROSA MARIA TORIBIO RUIZ

**JEREZ:  
ORIGENES Y LEYENDAS**

ORIGENES Y LEYENDAS

*Toribio Ruiz  
2-4-96*

© Rosa María Toribio Ruiz.

**Publica:** Sociedad/Centro de Estudios Históricos Jerezanos.  
Consejo Superior de Investigaciones Científicas  
(CSIC — CECEL)

**Edita:** Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.)  
Confederación Española de Centros de Estudios Locales (CECEL).  
Sociedad/Centro de Estudios Históricos Jerezanos.

**Imprime:** Gráficas del Exportador — Caracuel, 15 — Jerez de la Frontera.  
I.S.B.N. 84-00-06329-5 — Dep. Legal CA. 821-86.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS  
CONFEDERACION ESPAÑOLA DE CENTROS DE ESTUDIOS LOCALES  
SOCIEDAD/CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS JEREZANOS

ROSA MARIA TORIBIO RUIZ

JEREZ  
ORIGENES Y LEYENDAS

*Cristóbal*  
*2-4-96*

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS  
CONFEDERACION ESPAÑOLA DE CENTROS DE ESTUDIOS LOCALES  
SOCIEDAD/CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS JEREZANOS

JEREZ, 1986

JEREZ:  
ORIGENES Y LEYENDAS

ISBN 84-7024-128-4

Ministerio de Cultura y Turismo  
Comisión Nacional de Investigaciones Científicas  
4000 - JEREZ

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)  
Confederación Española de Centros de Estudios Locales (CECEL)  
Sociedad/Centro de Estudios Históricos Jerezanos

Deposito Legal: J. 1986/1111  
ISBN 84-7024-128-4 - Dep. Leg. J. 1986/1111

PROLOGO

*A la abuela Francisca, que supo  
hacer de su soledad una constante  
presencia.*

## PROLOGO

En un momento en que los medios de comunicación nos ofrecen con cada suspiro noticias sobre problemas económicos e internacionales y donde se comienza a preguntarse si no, en un último plano, es realmente ver salir a la luz del día los hechos y hechos de la que, de este número efectivo, consideramos nuestra Ciudad.

No soy yo, a mi modesto entender, la persona más indicada para prologar este estudio, fruto de una investigación científica, serena y continuada, pero que, por su fluida exposición y su acertado lenguaje, estoy convencido de que llegará a un buen número de lectores. Mi corta estancia en Jerez —cuatro días se cumplieron por estas fechas— no me ha dado margen de olvido.

Y digo esto, porque la historia de Jerez es larga, sus raíces se hundieron en un pasado en gran medida aún por descubrir, repleta de evanescentes y sucesos más o menos grandiosos, como corresponde a una ciudad de su categoría y por tanto un conocimiento profundo de la misma, implica muchos años de contacto con su tierra y con sus gentes.

Como todo organismo vivo, Jerez tiene un proceso de nacimiento y una cuna. La cuna es bien conocida, aunque el propio desarrollo de nuestra civilización —que nos facilita cada vez más comodidades y una menor dependencia de los recursos de la zona— nos impide apreciarla en toda su dimensión: un marco territorial concreto, cuyos condicionamientos geográficos y recursos naturales hicieron que la atención humana se centrara en un determinado momento en ese preciso lugar y no en otro.

En cambio, el proceso de nacimiento se presenta más oscuro. Tartessos, Hércules, Fenicias, Cartago, son nombres que de inmediato surgen en nuestra mente al hablar de la fundación de Jerez. Pero ¿qué hay más allá de mito, leyenda, feyeno o realidad? Estamos más lejos de poder pronunciar la última

PROLOGO

*En un momento en que los medios de comunicación nos acosan con continuas noticias sobre problemas nacionales e internacionales, y donde la cultura, querámoslo o no, salvo para grupos reducidos ocupa un último plano, es reconfortante ver salir a la luz un trabajo sobre los orígenes de lo que, de una manera efectiva, consideramos nuestra Ciudad.*

*No soy yo, a mi modesto entender, la persona más indicada para prologar este estudio, fruto de una investigación científica, serena y contrastada, pero que, por su fluida exposición y su accesible lenguaje, estoy convencida de que llegará a un buen número de lectores. Mi corta estancia en tierras jerezanas —cuatro años se cumplen por estas fechas— no me hacen merecedora de tal honor.*

*Y digo esto, porque la historia de Jerez es larga, sus raíces se hunden en un pasado en gran medida aún por descubrir, repleta de avatares y sucesos más o menos grandiosos, como corresponde a una ciudad de su categoría y por tanto un conocimiento profundo de la misma, implica muchos años de contacto con su tierra y con sus gentes.*

*Como todo organismo vivo, Jerez tiene un proceso de nacimiento y una cuna. La cuna es bien conocida, aunque el propio desarrollo de nuestra civilización —que nos facilita cada vez más comodidades y una menor dependencia de los recursos de la zona— nos impide apreciarla en toda su dimensión: un marco territorial concreto, cuyos condicionamientos geográficos y recursos naturales hicieron que la atención humana se centrara en un determinado momento en este preciso lugar y no en otro.*

*En cambio, el proceso de nacimiento se presenta más oscuro. Tartessos, Hércules, Fenicios, Griegos, son nombres que de inmediato surgen en nuestro mente al hablar de la fundación de Jerez. Pero ¿qué hay tras de ellos de mito, leyenda, fantasía o realidad? Estamos aún lejos de poder pronunciar la última*

palabra. Desde los primeros estudios que se realizaron sobre el tema, hasta éste que tenemos hoy en nuestras manos, auténtico broche de oro por su objetividad y conciencia de las posibilidades reales de conocimiento, han transcurrido varios siglos en los que numerosos autores, unos con más afán localista que otros, unos con intereses muy concretos y otros con el único fin de desvelar la verdadera historia, han defendido sus propias teorías basadas en su mayoría en una investigación documental y bibliográfica.

Manuel Esteve Guerrero puso la primera piedra de un nuevo tipo de investigación: la arqueología. El lema «dejémonos de Avieno y husmeemos el terreno» pronunciado en Jerez en 1968 durante la celebración del V Symposium de Prehistoria Peninsular dedicado a Tartessos, debe aplicarse también a los orígenes de nuestra Ciudad. Será así, la propia tierra, como diosa madre protectora, la que lenta pero firme vaya sacando de sus entrañas las más honradas raíces del pasado.

Rosalía González Rodríguez

Arqueólogo Municipal de Jerez de la Frontera

## PREAMBULO

Como nos dice Manu Xileno en la Historia escrita desde el interior del pasado, como lo dice el propio Avieno, pero con mayor utilidad que este, «la historia es la ciencia que trata de la perfección lo que existe, y las razones de lo existente» (1).

Fácilmente podemos deducir de ello que conocer la Historia de un pueblo implica una mejor comprensión de su presente, porque pasado, presente y futuro son fases de un proceso continuado, y aunque modificado por causas internas o externas, siempre tiene un sustrato común que va evolucionando según la actuación y actuación de esa variedad de factores. Y como advierte el propio Xileno, «la Historia para una época sobre nuestra vida cotidiana» (2), desde su finalidad como ciencia «de explicar, de facilitar la comprensión de nuestro pasado» (3).

El pasado remoto siempre es difícil de dilucidar, la falta de material fiable digno o el confusivo a que a veces inducen interpretaciones de ese material, por falta de rigor histórico debido a la ignorancia o a la preponderancia de determinados intereses, suposiciones y conjeturas más que la tarea del historiador interesado en descubrir el pasado. Este es el hecho que nos mueve el estudio de los orígenes de Jerez, como veremos más adelante. Pues, antes de abordar el tema referente al origen y fundación de la ciudad es interesante dar una visión histórica de conjunto del ámbito geográfico, escenario del posterior asentamiento.

Si bien la ciudad como tal no apareció posiblemente hasta época muy tardía, los restos prehistóricos dan testimonio de la existencia de un pasado lejano de vicisitudes dadas a su especial posición geográfica. Porque situada en el límite de la actual provincia de Cádiz, sobre una meseta próxima al río Guadalete y en una campiña fértil, facilitaba el establecimiento de poblaciones llegadas de diferentes puntos de origen, dado el carácter de encrucijada de camini-

Como nos dice Mesa Xinete: «...es la Historia espejo donde se mira lo pasado, como lo presente; es grande la diversión que causa, pero mayor la utilidad que trae; sabido el origen de las cosas, conócese con perfección lo que existe, y las razones de lo existente» (1).

Fácilmente podemos deducir de ello que conocer la Historia de un pueblo implica una mejor comprensión de su presente, porque pasado, presente y futuro son fases de un proceso continuado, y aunque modificado por causas intrínsecas o extrínsecas, siempre tienen un sustrato común que irá evolucionando según la acumulación y actuación de esa variedad de factores. Y como advierte Tuñón de Lara: «la Historia pesa con fuerza sobre nuestra vida cotidiana» (2), siendo su finalidad como ciencia «la de explicar, la de facilitar la comprensión de nuestro pasado» (3).

El pasado remoto siempre es difícil de dilucidar, la falta de material fidedigno o el confusionismo a que a veces inducen interpretaciones de ese material, por falta de rigor histórico debido a la ignorancia o a la preponderancia de determinados intereses, empaña y complica aún más la tarea del historiador interesado en descubrir ese pasado. Este es el hecho que pesa sobre el estudio de los orígenes de Jerez, como veremos más adelante. Pues, antes de abordar el tema referente al origen y fundación de la ciudad es interesante dar una visión histórica de conjunto del ámbito geográfico, escenario del posterior asentamiento.

Si bien la ciudad como tal no apareció posiblemente hasta época muy tardía, los restos prehistóricos dan testimonio de la existencia de un pasado lleno de vicisitudes debido a su especial posición geográfica. Porque situada en el centro de la actual provincia de Cádiz, sobre una meseta próxima al río Guadalete y en una campiña fértil, facilitaba el establecimiento de poblaciones llegadas de diferentes puntos de origen, dado el carácter de encrucijada de cami-

nos, pueblos y culturas que fue y es esta zona de la Baja Andalucía en particular, carácter extensible en mayor ámbito a toda Andalucía.

Es nuestro trabajo un intento de recoger opiniones diversas, a veces contrapuestas, sobre ese pasado histórico, pasado que se mezcla con leyendas y con opiniones fruto más de la imaginación que del estudio profundo y científico de los testimonios reales. Es por ello que la clarificación del tema es difícil de conseguir. Eruditos, historiadores o simples estudiosos han aventurado opiniones guiados en algunas ocasiones por el afán localista de encontrar un rico pasado histórico, sin importarles la auténtica realidad del hecho comprobado; otros en cambio han buscado esa verdad usando para ello la mayor cantidad posible de estudios ya realizados pero careciendo de pruebas arqueológicas que pudieran reafirmar o modificar sus teorías, y por último, otros llevaron sus investigaciones por el camino arqueológico, realizando excavaciones y analizando sus hallazgos, aunque tal vez teorías posteriores puedan contradecir sus opiniones. Con todo esto queremos decir que el estudio del origen de Jerez es un tema no concluido, polémico y sobre el que sólo trabajos ulteriores lograran ir esclareciendo.

Por esto deseamos advertir que no es nuestro propósito teorizar sobre cuál es el origen real de la ciudad, muy al contrario tratamos, como hemos dicho, de recopilar estudios, contrastar ideas y sacar de ellas unas conclusiones finales. Pero sin entrar en cuestiones arqueológicas, que naturalmente exceden nuestra finalidad.

La falta de bibliografía específica y actualizada sobre el tema es patente, es por esto que reunir en una sola obra todos esos puntos de vista separados en obras de carácter general sobre la Historia de Jerez supone un intento de aglutinar datos y teorías variados y ambiguos en muchos casos, que a la postre se podrán calificar como falsos o verdaderos, pero que no obstante darán pie a una mayor profundización, incitando a su continuación. Sólo el resurgimiento del interés por la investigación en este campo dará como resultado la afirmación o negación de esas viejas teorías que aquí exponemos y comentamos.

En cuanto al planteamiento del estudio, éste aparece distribuido en dos apartados:

1.º Evolución histórica.

2.º Historiografía local: selección de textos.

Con ello se puede tener una visión panorámica de lo que ha sido la inves-

tigación histórica en la ciudad de Jerez hasta mediados de este siglo. En la actualidad las excavaciones arqueológicas que se realizan en su término y los subsiguientes estudios que de ellas se derivan podrán ir arrojando más luz sobre el tema.

No puedo terminar este preámbulo sin hacer una breve pero sincera mención de las personas que con su apoyo moral y ayuda material han hecho posible este trabajo. Comenzando por el Dr. Ruiz Lagos, presidente del Centro de Estudios Históricos Jerezanos, que con sus consejos y maestría ha contribuido a ir soslayando los problemas planteados por mi inexperiencia. Por otra parte, la colaboración inapreciable de las personas encargadas de la Biblioteca Municipal, concretamente su anterior director D. Manuel Antonio García Paz y el actual D. Ramón Clavijo Provencio, así como D. Miguel Benítez Chacón, que siempre han atendido con la máxima amabilidad y presteza todos mis requerimientos sin escatimar esfuerzos.

Especialmente quiero agradecer la colaboración inestimable de la Directora del Museo Arqueológico Municipal, Dña. Rosalía González Rodríguez, que no sólo atendió mi solicitud para la elaboración del prólogo de la obra, sino que además pacientemente la leyó y corrigió exhaustivamente, facilitándome todo tipo de ayuda material y humana a su alcance.

Y para terminar debo hacer patente mi gratitud a la Sociedad/Centro de Estudios Históricos Jerezanos por acoger esta obra en su programa de publicaciones, y el apoyo que en todo momento he recibido de sus miembros.

## 1. Situación geográfica

La ciudad de Jerez se encuentra en una zona estratégica de la península de Cádiz, en el extremo suroccidental de la misma, rodeada por el mar y el río de San Pedro. Su situación geográfica es de gran importancia por su proximidad al mar y al río, lo que le confiere una gran importancia económica y cultural.

# I. EVOLUCION HISTORICA

El primer documento que describe su situación es un mapa del siglo XVII, elaborado por un desconocido geógrafo, que muestra la ciudad de Jerez rodeada por un muro y una muralla. Este mapa es una copia de un original que se conserva en la Biblioteca Municipal de esta ciudad. El mapa muestra la ciudad rodeada por un muro y una muralla, con el río de San Pedro al norte y el mar al sur. El mapa también muestra la ubicación de la ciudad de Jerez en relación con el río de San Pedro y el mar.

El primer documento que describe su situación es un mapa del siglo XVII, elaborado por un desconocido geógrafo, que muestra la ciudad de Jerez rodeada por un muro y una muralla. Este mapa es una copia de un original que se conserva en la Biblioteca Municipal de esta ciudad. El mapa muestra la ciudad rodeada por un muro y una muralla, con el río de San Pedro al norte y el mar al sur. El mapa también muestra la ubicación de la ciudad de Jerez en relación con el río de San Pedro y el mar.

### 1. Situación geográfica

Jerez se halla en una meseta situada en el centro de la provincia de Cádiz, cuyo término es bañado por las aguas del río Guadalete, vía de comunicación cultural y elemento de gran valor económico, pues favorece la fertilidad de sus tierras y la explotación ganadera y comercial.

Pero mejor que tratar de describir su situación será tomar las palabras escritas por un historiador jerezano a fines del siglo XVII, empeñado en la tarea de elaborar una amplia y detallada Historia de Jerez, que no fue publicada hasta 1890, en cuya portada reza lo siguiente: «Historia de Xerez de la Frontera por el Padre Fray Esteban Rallón administrador del Convento de Frailes Gerónimos de la Villa de Bornos. Copiada del manuscrito original que se conserva en la Biblioteca Municipal de esta ciudad».

Dice Rallón: «...está nuestra ciudad situada en 36 grados de latitud septentrional, con poca diferencia y en 15 poco más o menos de longitud en el meridiano de Sevilla con alguna, aunque poca declinación a el Occidente, entre el trópico de Capricornio y el Círculo Artico, al fin del cuarto clima, en el cual por ser la parte más meridional de España, tienen dos días una hora de diferencia respecto de lo más septentrional de ella...». Sigue su descripción enumerando sus límites territoriales y núcleos urbanos cercanos: «...tiene por su horizonte las Sierras y ciudad de Ronda, a quien los antiguos llamaron Montes Oropedas, y dista diez y seis leguas de aquella ciudad: es su occidente la de Sanlúcar de Barrameda, donde los antiguos veneraron por deidad a el luce-ro, y donde la erigieron un famoso templo a distancia de tres leguas de nuestra ciudad y por donde el Sagrado Betis entra triunfante en el Océano, franqueando el paso a diversas fustas, galeones y navios de todas suertes y naciones, que por él suben a comerciar a nuestra gran metrópoli, la famosa ciudad de Sevilla, distante de la nuestra quince leguas» (4). Afirma esto basándose tal vez en

lo que Estrabón (5) nos dice sobre el templo dedicado a la Estrella Matutina, que llama Santuario de Phosphoros en una isla cercana a la desembocadura del Guadalquivir, posiblemente en la actual península de Monte Algaida. Esta afirmación de E. Rallón hecha en el siglo XVII con escasos elementos de juicio ha sido corroborada en la actualidad por estudios científicos. «El paisaje antiguo podía ser muy similar a lo hoy existente: un gran bosque de pinos mediterráneos, entre marismas y caños, que permitían el acceso de las embarcaciones para su reparación y el descanso de los tripulantes tras la peligrosa navegación por el litoral oceánico camino del interior de la región tartésica... El conjunto del bosque debía tener un carácter sagrado y debieron existir varios santuarios; el excavado hasta el momento estuvo en uso desde el siglo VI al II antes de Cristo...» (6).

Pero continúa Rallón de este modo su detallada explicación: «...Alegra también su horizonte el famoso puerto que le dio principio y nombre al que más gloriosamente llamamos hoy Puerto de Santa María... donde nuestro famoso Guadalete hace puerto y segura bahía a las galeras de España, y está distante de Xerez dos leguas, que divide un hermano promontorio vertido de diversos frutales y fecundado con copiosos nacientes de agua, a quien hoy llamamos la Sierra de San Cristóbal, por su hermita, castillo y atalaya, árbitro del Océano y de la tierra, índice de la paz y de la guerra...» (7).

Siendo pues, la zona regada con profusión por diversos ríos y arroyos, de los cuales es el principal de ellos el ya citado Guadalete, que: «...nace... como más alto manantial, en un arroyo que corre por entre Ronda y Grazalema, el qual se forma de las vertientes inmediatas de los dichos términos, recoge algunas aguas de Olvera, que se introducen en este arroyo principal a quien llaman el Salado, luego se unen los dos grandes arroyos que cercan a Zahara llamados Arroyo Molinos y Boca de Leones... Llegando a Puerto Serrano ya formalizado el Río... a poco más o menos una legua de Arcos se introduce el Río Maja-ceyte...» (8) y el riachuelo Badalae, incrementan su caudal camino de su desembocadura en el Puerto. El Guadalete es el río por excelencia de Jerez, su importancia cultural e histórica, aparte de la que pudo tener hablando en términos económicos, está atestiguada por los valiosísimos testimonios arqueológicos en él hallados, entre los que destaca el casco griego corintio, hoy conservado en el Museo Arqueológico Municipal, o las monedas de plata sacadas de su fondo y procedentes de América, testimonio de la relación de nuestra ciudad con los buques que cubrían la travesía con las colonias.

Estos ríos, que realmente son los esteros citados por Estrabón (9), aún permanecen recorriendo nuestras tierras, por ello nos resulta más interesante la descripción que se hace de los ya desaparecidos, cuya existencia ha sido tergiversada según conveniencias. Como el que según testimonios antiguos pasaba cerca de Asta y sobre el que Bartolomé D. Gutiérrez dice: «Corrió... en lo antiguo, el brazo de Río Tartesso, famoso en la antigüedad que era el Oriental del Betis, que hoy son marismas. Este desaguaba por las costas de Rota...» (10). Y además, recoge otra noticia sobre la corriente que discurre bordeando la zona Oeste de la actual ciudad: «De más envejecida memoria consideramos el arroyo que hoy tiene el nombre de Guaxavaque, conservando en el idioma arábigo la denominación de Río que aunque éste corre ahora por las lomas bajo de las playas y cercano a las marismas de Torroy, en aquellos siglos venía circundando la vezindad de los muros y rodeaba el circuito por la ensenada que hay sobre la hoyanca de San Telmo, sobre el Cerro del Fruto, de los que son buenos testimonios en lo presente, los infinitos rastros de conchas marinas. El nombre de este río es árabe y significa Río de la Real, lo que puede inducir a creer que aún existía en tiempo de éstos» (11).

Así pues, la urbe estaba situada en una zona próspera, bien comunicada, cercana al mar y a las montañas, con tierras abundantes en agua y pródiga en productos naturales, ello la hacían rica para su explotación económica, a la vez que la convertían en una zona disputada y conflictiva a lo largo de los tiempos, como consecuencia muchos pueblos han pasado por ella dejando su bagaje cultural y enriqueciendo nuestra Historia con sucesivas aportaciones que la Arqueología moderna trata de dilucidar.

## 2. Contexto prehistórico

Durante la Era Primaria, Andalucía permanece bajo el mar, lo que más tarde sería el fértil Valle del Guadalquivir era un brazo de mar que se adentraba hacia el Este, todavía no estaba definida la configuración del Mar Mediterráneo, o Mar de Testis, que posteriormente sería delimitado con la elevación de estas zonas sumergidas y la formación del estrecho que separa o une, según el significado que se le quiera adjudicar, los continentes africano y europeo y los mares que los bañan. Durante la Era Secundaria el macizo herciniano acababa en la llanura del Guadalquivir y al sur un largo brazo de mar en cuyo fondo se fueron acumulando sedimentos que se transformaron en calizas y

margas; estos sedimentos serán comprimidos por el desplazamiento hacia el norte del zócalo norte-africano, motivando la elevación de lo que hoy es la zona axial de Sierra Nevada. A la vez se hundén las zonas situadas al norte y sur de esta cordillera. Los continuos empujes procedentes del sur provocan el cierre de la boca oriental del brazo de mar que cubría la zona sedimentaria que luego sería el Valle del Guadalquivir, continuando la sedimentación y el hundimiento de la depresión. Pero a fines de la Era Terciaria hay un movimiento contrario de ascenso aflorando del Valle.

La retirada paulatina del mar provocó que del gran golfo de la Era Terciaria sólo quedara el Golfo de Cádiz como testimonio del pasado, el cual en época tartésica y romana fue el gran «Lacus Ligustinus», como nos indica Avieno en su *Ora Marítima*. Lago que muchos historiadores han referido para demostrar la relación con los ligures. Pomponio Mela se refiere a él describiendo la desembocadura del río Betis, «...a poca distancia del mar forma un gran lago, del que sale, como de una fuente dividido en dos brazos, cada uno de los cuales es tan considerable como antes de su división» (12).

Andalucía, con la retirada de las aguas y la elevación de las cordilleras, queda formada básicamente por tres unidades fácilmente delimitadas: Sierra Morena, Depresión del Guadalquivir y Andalucía montañosa de las Cordilleras Béticas. Sobre la Depresión del Guadalquivir expone García Manrique que «para su descripción física basta decir que es una zona de acumulación de materiales oligo-miocenos, encuadrada entre las Béticas y Sierra Morena. Abierta al Atlántico, un gran colector, el Guadalquivir, cuyo nivel de base ha guiado su morfogénesis, drena toda la depresión. Sólo en el contacto con el Atlántico, la gran distancia que existe entre las nuevas cuencas, una al oeste, con los ríos Tinto y Odiel (ría de Huelva), y la otra al sur, el Guadalete, nacido en el extremo S.O. de las Béticas y que desemboca en la bahía de Cádiz» (13).

Como indica E. Vallespi: «Conforme empieza ahora a conocerse, el poblamiento humano de Andalucía hunde sus raíces en los remotos tiempos del Pleistoceno Inferior, hace más de un millón de años, constituyendo de este modo nuestro territorio una de las zonas iniciales del poblamiento de toda Eurasia, difundido desde su foco originario en África Oriental. Este Paleolítico Inferior Arcaico, con testimonios de la primera cultura de cantos tallados en los dos extremos de la cuenca del Guadalquivir (Depresión de Baza y Orla Atlántica y Bajo Guadalquivir), evolucionó durante el Pleistoceno Medio, hacia una cultura plenamente achelense, extendida por toda la

amplia cuenca del gran río» (14). El reciente hallazgo del «Hombre de Orce», resto antropológico de posible identificación con el *Homo erectus* temprano, parece confirmado como el primer establecimiento humano de Europa Occidental. Su descubrimiento crea una nueva hipótesis de trabajo referente al poblamiento de Europa, frente a la idea tradicional de la expansión y asentamiento en Europa y Asia partiendo de África y a través de Asia Menor, surge pues la posibilidad de una colonización a partir de África, pasando por el Estrecho. Y Andalucía, respaldada por las similitudes de restos faunísticos. «En la Baja Andalucía se trata de lugares de asentamiento o acampada de grupos humanos, al aire libre, en la franja costera y en las gravelas de las glaciares y terrazas del Guadalquivir, de cuyos yacimientos conocemos únicamente en la región sus instrumentos tallados en cantos rodados de las playas y de las gravelas fluviales...» (15).

Restos arqueológicos han sido descubiertos en los valles de los principales ríos del Sur peninsular, y entre ellos nos interesan los yacimientos hallados en el Valle del Guadalete, en la zona intermedia entre Jerez y Medina Sidonia, la Laguna de Medina, y especialmente en la costa cercana al actual Puerto de Santa María, donde ha sido excavado el interesante yacimiento de El Aculadero, descubierto en 1970, «la característica más destacable del conjunto de piezas claramente talladas es la abundancia de cantos trabajados, lo que, junto a la absoluta ausencia de piezas bifaces propias del Achelense (bifaces, hendedores o triedros) obliga a considerar al conjunto de El Aculadero como Pre-Achelense o de cantos trabajados» (16). En los inicios de la Era Cuaternaria el río Guadalete aflúa hacia una gran bahía excavando su lecho y estuario, arrastrando los obstáculos que se interponían a su paso. «El estuario del Guadalete tiene algo de extraordinario que merece la pena hacerlo notar; su forma casi equilateral, es decir, su poca altura con relación a su base, que desde Rota al Castillo de Sancti Petri mide 30 kilómetros. Esta forma tan poco frecuente en los estuarios radica, sin duda, en la residencia opuesta a la corriente fluvial por los promontorios de Cádiz y San Fernando que el Guadalete no pudo arrasar y obligaron a sus aguas a redondearlos, dividiendo la desembocadura del río en tres brazos» (17). Actualmente la cuenca del Guadalete y sus afluentes abarca unos 4.000 kilómetros cuadrados, alcanzando sus crecidas máximas de 3.000 metros cúbicos por segundo, cuando la Sierra de Grazalema asciende a 10.000 metros cúbicos por segundo, ya que esta zona montañosa constituye el mayor aporte a su caudal. Por ello, su caudal aumenta tres o cuatro veces

según el aporte proveniente de la cuenca montañosa. «De ese orden debieron ser las avenidas del Guadalete cuando su corriente, con impulso concentrado por la acción de las mareas entre Rota y Chiclana, excavó los profundos y dilatados pasos de Sancti Petri, Río Arillo y la boca de entrada de la actual bahía» (18). Cuando las lluvias fueron disminuyendo el estuario se fue rellenando con arenas y limos, y aquellos pasos excavados se convierten en riachuelos de escasa entidad que avanzan trabajosamente, son los hoy conocidos como Caño de Sancti Petri, que desemboca al mar frente a la isla del mismo nombre, Río San Pedro junto a Puerto Real, y Río Arillo, cercano a San Fernando. El cauce principal del Río Guadalete que pasa cercano a Jerez, que fue conocido en la Antigüedad con el nombre de Letheo o río del Olvido, pues como nos dice Lucio Floro los soldados de Decio Bruto se negaron a pasarlo por miedo a olvidarse de Roma y de sus familias; hoy desemboca junto al Puerto de Santa María, antiguo Puerto de Menestreo.

La evolución cultural del hombre prehistórico que habitaba esta región del Guadalete, sigue las pautas del desarrollo cultural del ámbito europeo. Durante el período interglaciar Günz-Mindel (años 540.000-480.000) el trabajo del tallado de las piedras comienza a perfeccionarse, aparece el bifax; se logra a partir de la separación de lascas de un núcleo de sílex, mediante golpes, lográndose así el tallado de filos sinuosos más cortantes y aptos para las necesidades de estos hombres que ocupaban asentamientos al aire libre. Cerca de la laguna de la Janda se han dado hallazgos interesantes de caracteres abbevillenses, y sobre todo hemos de destacar la importancia de la Cultura Achelense, similares a las encontradas a lo largo de la Cuenca del Guadalquivir. Como decimos se trata de piezas talladas sobre cantos rodados enteros de tipología variada, choppers (de filo unifacial) y chopping-tools (de filo bifaciales), también sobre canto partido dando origen a los raspadores, perforadores, muescas retocadas y finalmente, sobre lascas a partir de las cuales fabricaban diversos tipos de raspadores, perforadores, cuchillos, buriles, etc.

La cronología de este período podemos situarla entre el 430.000 y el 120.000, que abarcaría el interglaciar Mindel-Riss, la tercera glaciación, llamada de Riss, y el período interglaciar Riss-Wurm; largo espacio de tiempo que comprendería una evolución lógica de esa cultura hacia formas más utilitarias y perfeccionadas de acuerdo con sus necesidades.

El eslabón siguiente de la cadena cultural corresponde al Musteriense, dentro ya del Paleolítico Medio y durante el Pleistoceno Superior Antiguo,

protagonista será el Hombre Neanderthal. Grupo de cazadores y recolectores que habitaban preferentemente las cuevas en zonas montañosas del interior. De este período son los restos hallados en Gibraltar, del llamado por Falconer «Homo Calpicus», término ya en desuso. Corresponde a un cráneo femenino descubierto a mediados del siglo pasado, que responde al tipo neanderthal, aunque fue encontrado antes que los restos de la bóveda de Neanderthal. En Andalucía también responde a esta tipología cultural el yacimiento de La Cariguela en Granada.

El Homo Sapiens aparece en el Paleolítico Superior, hacia el año 40.000, coincidiendo con el fin de la última glaciación, lo que favoreció sus condiciones de vida; esto y su mayor capacidad mental serán los motivos principales del crecimiento de los grupos humanos, dedicados todavía a la caza y la pesca, pero haciendo uso de utensilios mejor elaborados. Posiblemente la zona que estudiamos fue vía para el tránsito de esos grupos, que expandieron su forma de vida hacia estos territorios. «Durante la etapa siguiente Solutrense, que Bosch ha fechado en 18.000-15.000 años, se puebla la mayor parte de la Península y es muy posible que algunos grupos, buscando siempre nuevos territorios de caza, pasen por entonces el estrecho y ganan las costas africanas, aunque no se descarte la tendencia inversa» (19).

A partir de este momento la diversidad cultural aumenta y las influencias mutuas son patentes en aquellas zonas que por su especial situación geográfica lo permiten; claramente nos lo dice Pericot: «...durante todo el Paleolítico Superior, la Península fue zona de contacto y de mutuas influencias entre los dos focos culturales, uno el europeo occidental y otro el africano» (20).

Este Homo Sapiens siguió practicando la caza como lo reflejan sus manifestaciones pictóricas en las paredes de las cuevas, y aunque en Andalucía Occidental no son excesivamente pródigas, si hay casos aislados en las provincias de Málaga y Cádiz; este último nos interesa preferentemente, dado que se trata de «Las Palomas», en la ya citada laguna de la Janda. La Cultura Solutrense, una de las tres que durante este período prehistórico se desarrolla, tiene importantes manifestaciones como la de Cueva de Nerja, o la Pileta en la provincia de Málaga, y también núcleos en la Serranía de Cádiz. Sobre su interés como foco artístico Vallespi opina que: «Estas cuevas andaluzas presentan entre ellas cierta unidad estilística y constituyen, en suma, un importante foco del arte paleolítico occidental, en su situación geográfica, el más meridional, co-

respondiendo artísticamente a personalizarse y cuyas características definitivas tienen en ese foco de Andalucía su mejor expresión» (21).

El siguiente paso cultural lo llamamos Epipaleolítico corresponde a una época postglaciar a comienzos del Holoceno; el poblamiento sigue manteniendo sus antiguas formas en cuevas, aunque proliferando su número y apareciendo asentamientos nuevos al aire libre en montañas interiores de Granada y en alguna playa de la bahía gaditana. Su industria es más perfeccionada, fundamentalmente microláminas de sílex; hay una acomodación de los útiles a la disminución de tamaño de las posibles presas, y a principios del V milenio la domesticación de animales es un hecho. Estas condiciones de vida cambiarán en el Neolítico, la evolución hacia una economía de producción, basada en el pastoreo y la agricultura, mejorará la calidad de vida en general, poniéndose ello de manifiesto con la aparición de la cerámica, la piedra pulimentada, las construcciones, etc., aunque, como señala P. Acosta, «...en la actualidad no se consideran conjuntamente esenciales, ya que alguno de estos elementos pueden estar ausente en los inicios del horizonte productor» (22).

«Cuando la humanidad llegue a obtener estas conquistas —dice A. Arribas—, habrá logrado también superar el limitado desarrollo de sus relaciones sociales. Asistimos a partir de ahora en un período de tiempo mucho menor del que ha precisado el hombre para desarrollar su inteligencia y capacitarse para la caza, a un rapidísimo progreso económico que sentará las bases de su progreso cultural» (23). Así pues, no sólo cambiarán la relación del hombre y su medio natural, sino también su relación con otros hombres, con la comunidad, lo que a su vez facilitará el desarrollo de sus cualidades inteligentes que lo diferenciaban de las comunidades animales.

De los cuatro círculos culturales andaluces del Neolítico que nos refiere Pellicer, granadino, almeriense, costero y occidental, este último incluye la vega del Guadalete, pues se extendería por todo el bajo valle del Guadalquivir. La cueva de «La Pileta» en la provincia de Málaga, la de «El Judío» en Carmona corresponden a este marco cultural, al igual que la del «Picao» en el término de Jerez. Subraya Pellicer: «El subcículo que llamo andaluz occidental es paralelo al de la Costa con escasa variantes. Se extendería por todo el bajo Guadalquivir, penetrando hacia el Este a la región de Priego de Córdoba y serranía de Ronda, y por el Oeste, hacia el Guadiana» (24). Especial mención requieren los hallazgos de la Cueva de Parratejo, próximo a San José del Valle, término de Jerez, y la Cueva de la Dehesilla, en el término de Algar a 16 km.

de la anterior. Caracterizada por la presencia de una cerámica decorada con incisiones, impresiones, acanalados. En el Neolítico la cerámica a la almagra predomina en Parratejo, mientras en Dehesilla deja paso a otro tipo nuevo de superficie gris pulida con incisiones. «La cuestión más controvertida es si, en efecto los nuevos elementos culturales fueron traídos por poblaciones extranjeras que colonizaron nuestras costas o si fueron el resultado de contactos aislados con navegantes, comerciantes, simples viajeros o incluso aventureros. También es defendible la hipótesis de una «poligénesis» mediterránea que Childe (1949) esbozó como una posible explicación de la gran difusión de los enterramientos en cuevas artificiales: es decir, que ante los mismos problemas, el hombre reacciona del mismo modo en distintos puntos geográficos y llega a soluciones idénticas. La hipótesis más verosímil es que el Mar Mediterráneo ha sido, desde tiempos prehistóricos, más un vehículo de comunicación entre los pueblos ribereños que una frontera entre ellos» (25).

Esto se patentiza durante el tercer milenio, fecha en la que ya podemos hablar de la introducción de la metalurgia del cobre o inicio de la Edad de los Metales, desarrollada en tres etapas (Calcolítico, Bronce Pleno y Bronce Final), así como del fenómeno megalítico, plasmado en Andalucía Oriental en forma de poblado fortificado, motivado, tal vez, por el aumento de población y el cambio hacia una sociedad belicista influenciada por las nuevas oleadas de inmigrantes. Pero en el contexto que nos ocupa fue usado con otro fin, la construcción funeraria. Ello nos hace pensar en la existencia de una coincidencia de sentimiento religioso, ligado con el mundo de ultratumba, pilar de su realidad como comunidad organizada, que es común a estos pueblos de la vega del Guadalquivir. «La acumulación de antepasados en un lugar sagrado es señal del inicio de un proceso histórico que guarda memoria de sus orígenes y que se sustenta en un orden socio-económico nuevo e inamovible. En este contexto empiezan a cobrar relieve los mitos sobre la fundación de Tartessos» (26).

Calcolítico o Edad del Cobre cuyos principales focos de expansión serán Almería, representado por el poblado de Los Millares (Calcolítico Pleno, segunda parte del III milenio a J.C.) y Valle inferior del Guadalquivir, donde destaca la zona de Huelva. Las tres fases de esta Edad se desarrollan a lo largo del III milenio a J.C. y experimentan una evolución progresiva (Inicial, Plena y Final o del Vaso Campaniforme). Sociedad económicamente organizada a partir de la explotación agrícola y ganadera, donde la aparición del metal con-

diciona la diversificación del trabajo, y consecuentemente el desarrollo del comercio de trueque. Igualmente la necesidad de cooperación induce a un mayor agrupamiento y por tanto a una organización social que si bien durante el Neolítico era de carácter matrilineal, ahora adquiere carácter patrilineal dada la importancia del guerrero. Alcanzando, en cambio, en el plano religioso la divinidad femenina gran importancia, siendo representada en Andalucía Occidental en forma cilíndrica con líneas talladas para describir sus rasgos. En efecto, Esteve Guerrero descubrió en Cerro de Vacas, término de Lebrija, un ídolo de mármol cilindro (27) que sitúa cronológicamente en el Bronce Inicial y sobre el que Almagro opina su «derivación directa de los modelos cretenses antiguos tipo ídolo Kumasa y de los del período predinástico egipcio, tipo Negadah» (28); ello atestigua el carácter de zona de tránsito cultural, receptora de los rasgos innovadores, en la que la Historia se confunde con la leyenda y el mito de Tartessos. Ídolo que es considerado por Blanco Freijeiro como uno de los primeros intentos de humanización de la divinidad, identificando el disco solar o dios solar con el ojo radial del ídolo cilíndrico.

Los enterramientos colectivos de tipo dolménico proliferan de forma clara y patente, atestiguada en la provincia de Cádiz por yacimientos como los Algarbes (Tarifa) con diversas cámaras funerarias a las que se accede por galerías dolménicas, el dolmen de Hidalgo (Sanlúcar de Barrameda), dólmenes de la zona de la Laguna de la Janda, los de Grazalema y Villaluenga; destacando el dolmen de la Garganta junto a El Gastor formado por una gran galería de cubiertas y paredes monolíticas. Pero, también existe otro tipo de enterramiento colectivo realizado en cuevas artificiales mediante el vaciado de zonas rocosas en forma de silos en el Pago de Cantarranas (Puerto de Santa María), el Almen-dral (Medina Sidonia), entre otras, y de especial interés para nosotros son las excavaciones de El Trobal (término de Jerez), llevadas a cabo por un equipo del Museo Arqueológico de Jerez.

Un elemento innovador del Calcolítico Final debe ser objeto, al menos, de una breve mención, esto es, el vaso campaniforme, cuya aparición a fines del III milenio a J.C. da lugar al nacimiento de teorías contrarias sobre su origen, pues mientras unos lo sitúan en Centroeuropa, otros lo hacen en Andalucía.

Hacia el 1.700 se inicia la Edad del Bronce y con ella surgen nuevas formas de vida más evolucionadas debido al perfeccionamiento del utillaje, el crecimiento del urbanismo, el desarrollo económico, y a su vez cambia la cul-

tura material basada en cerámicas bruñidas y lisas, diversificándose los rituales religiosos con la aparición de enterramientos individuales. Mas este desarrollo será más patente en la zona oriental, en la llamada Cultura Argárica.

Con el inicio de la Edad del Bronce comienza el esplendor cultural de este ámbito geográfico, pues «...Entonces empieza un fenómeno que será general en todo el mundo antiguo: Andalucía como primer centro hispánico. Desde el Eneolítico hasta la Córdoba califal, pasando por Tartessos, la Bética romana y visigoda, los territorios meridionales serán durante casi tres mil años el primer centro cultural y económico peninsular, hasta el triunfo de los estados cristianos del sector septentrional en el siglo VIII tenderá a romper este desequilibrio» (29). Territorio caracterizado desde los tiempos más remotos por su urbanismo, sus gentes fueron aceptando de buen grado las nuevas culturas que a él llegaban, por la vía dominadora o por la pacífica, alcanzando un cosmopolitismo y riqueza cultural difícilmente repetible en cualquier otra parte de la Península, ya que se basaba en la tolerancia y el pacifismo, caracteres propios del andaluz. Y por otra parte, su gran fechoría marítima facilitó y facilita ese carácter de receptor y trasmisor cultural y la convirtió en núcleo económico relevante en el ámbito mediterráneo.

### 3. Tartessos: realidad o mito

«Por distintos Caminos, avisoramos a la oculta Tartessos. Así considero que el mítico Jardín de las Hespérides, la Atlántida oceánica evocada por Platón, el Tarschisch opulento mencionado en la Biblia, el hospitalario país de los Feacios descrito por Homero en la Odisea y el conjunto de tribus que formaban la Turdetania protohistórica, tiene el mismo suelo y la misma entidad: Tartessos» (30). (Juan Carlos Alonso)

¿Es posible asegurar que el núcleo originario de lo que más tarde sería Jerez estaba ya configurado? Historiadores del siglo pasado, como Adolfo de Castro, nos hablan de la ciudad de Tartessos, situándola en la actual localización de nuestra urbe. Otros como Martín Roa la identifican con Asta; realmente son afirmaciones que carecen de respaldo histórico suficiente, como se verá más adelante. Las fuentes escritas fenicias y cartaginesas que pudieron existir no se conservan ya que no existió una tradición de copias similar a la que se desarrolló durante la época medieval con los textos griegos y latinos. Autores romanos como Rufo Festo Avieno, Píndaro, Estrabón, Plinio, Pom-

ponio Mela, etc., nos dan diversas descripciones de la época, la geografía y la vida del Sur peninsular, en concreto de la parte occidental de la actual Andalucía.

Tarradell habla de unos fenómenos de aculturación que tuvieron lugar en el Mediterráneo Occidental al impactar los fenicios y los griegos, sociedades que él llama «desarrolladas», en los pueblos de aquellas costas creando culturas propias. De entre los cinco pueblos que menciona dos se sitúan en la Península Ibérica, los íberos mediterráneos y sobre todo, Tartessos. Según los testimonios de Herodoto fue una nave de los focos la descubridora de este enigmático pueblo que mantuvo relaciones muy cordiales con sus colonizadores. «En resumen, entre los siglos VII y V a. J.C. aparecen en el área que las fuentes señalan como tartésica, unos conjuntos de hallazgos que se definen por dos particularidades: por una parte su indiscutible vinculación con corrientes derivadas del Mediterráneo Occidental, aportadas por vía fenicia; por la otra, una riqueza en sus materiales, como, el oro, en sus formas y técnicas que hemos de suponer son resultado de una aculturación profunda, provocada por los estímulos coloniales, que ya sabemos fueron potentes en el litoral andaluz (31).

Schulten llegó a afirmar: «Creo haber demostrado: 1.º, que Tartessos ha sido fundada hacia 1.100 a. J.C. por los Tirsenos de Asia Menor, los padres de los Etruscos; 2.º, que el hombre de Tart-essos o Tarsch-isch es idéntico con Turs-a, ciudad de Lidia y origen de los Tirsenos, y 3.º, que hay restos de escritura y lengua tirseno-tartésica en inscripciones del sur de España y Portugal» (32). Situó la posible ubicación de la ciudad de Tartessos en el Parque de Doñana, pero las excavaciones sólo dieron como resultado el hallazgo de un poblado de pescadores del siglo IV d. J.C. y un anillo con inscripción griega arcaica (siglo VI a. J.C. aproximadamente); anillo que sirvió para mantener firmes sus esperanzas de atestiguar la presencia tartésica, pues lo relacionó con los focos que comerciaban con Tartessos.

No siempre este fenómeno ha sido estudiado de forma similar, Tarradell señala los tres pasos que ha seguido el proceso de investigación histórica en este campo:

- 1.º Estudios de textos clásicos desarrollados desde el Renacimiento hasta el siglo XIX por eruditos locales o historiadores generales, que carecen de profundidad de análisis y de fuentes arqueológicas.
- 2.º Décadas primeras del siglo XX, Schulten basa su estudio en el análisis de textos clásicos y comienza las excavaciones.

3.º Década de los cuarenta, estudios etnológicos, adquieren principal importancia los restos materiales. Destaca la figura de Caro Baroja. Si es cierto que el nivel cultural de este pueblo facilitaba la existencia de comunidades urbanas, «la población tartésica no puede considerarse primitiva en el mismo sentido que lo eran las tribus del noroeste, por ejemplo. Era un mundo relativamente civilizado que podía conocer y, por ello, apreciar debidamente ciertas manufacturas» (33). A lo que se pueden añadir las palabras de Estrabón para reflejar el verdadero significado del pueblo tartésico en nuestro ámbito cultural, y que respaldarían la afirmación de Gómez-Moreno sobre el origen neolítico de muchas costumbres andaluzas aún vigentes: los turdetanos «resultan ser los más cultos de los íberos y tienen escrituras y escritos históricos en prosa y poesía, y leyes en forma métrica, que según se dice datan de seis mil años» (34).

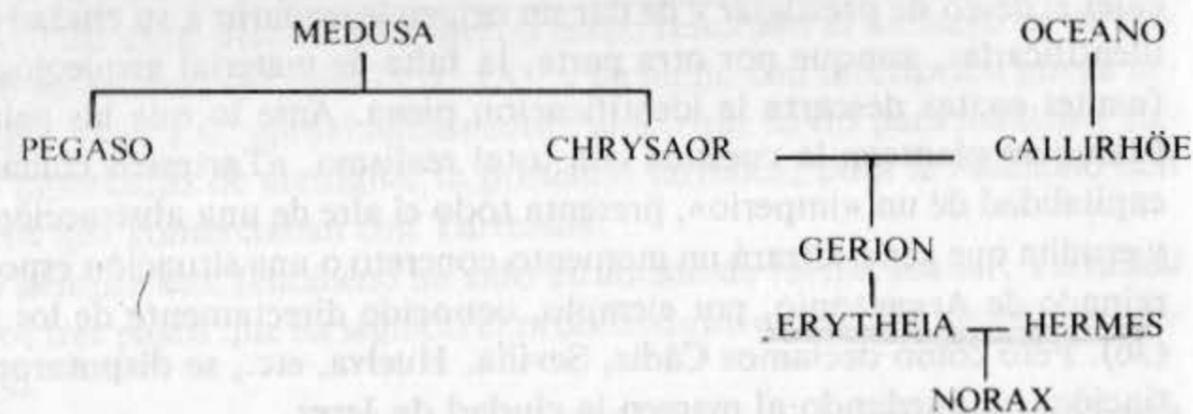
La riqueza agrícola y ganadera, la abundancia de metales y el comercio floreciente dieron respaldo económico a esta entidad cultural, en la que «los reyes de Tartessos no eran simples jefes de la ciudad epónima, sino Señores del País, que no excluían la presencia de reyezuelos o príncipes locales» (35). Tal vez, como nos indica Juan Carlos Alonso, esos reyes se reunían en determinadas ocasiones para renovar sus vínculos y sometimiento a la autoridad del rey de Tartessos, aventurándose a decir a continuación que ese lugar de encuentros podría ser Asta Regia, posible antepasada lejana de nuestra ciudad. Mas esta posibilidad carece de fundamentos válidos, pues son muchas las teorías lanzadas sobre la ubicación de Tartessos ciudad; para los historiadores locales el deseo de prestigiar y de dar un origen legendario a su ciudad les hacía identificarlas, aunque por otra parte, la falta de material arqueológico y de fuentes escritas descarta la identificación plena. Ante lo que las palabras de Maluquer plantean la cuestión con total realismo. «Tartessos ciudad, como capitalidad de un «imperio», presenta todo el aire de una abstracción poética y erudita que generalizará un momento concreto o una situación específica, el reinado de Argantonio, por ejemplo, conocido directamente de los griegos» (36). Pero como decíamos Cádiz, Sevilla, Huelva, etc., se disputaron tal distinción, no quedando al margen la ciudad de Jerez.

Tartessos personificado en su rey Argantonio mantuvo un trato amistoso con los pueblos mediterráneos, fenicios y griegos, y practicó el comercio no sólo con ellos sino con regiones atlánticas como la Bretaña francesa y Cornualles en busca de estaño (37). La amistad con los fenicios se reflejó en la existen-

cia de una colonia próxima, Cádiz, y en cuanto a la de los griegos, significó tal vez la forma de contrarestar el monopolio fenicio; la llegada de sus barcos a nuestras costas y sus influencias culturales tienen reflejo material en un casco griego corintio de bronce, hallado entre La Corta y El Portal, en la orilla del Guadalete, fechado por Esteve Guerrero en el siglo VII a J.C.; le falta la pieza que protegía la nariz y la cimera que lo remata, y tiene una serie de orificios que lo bordean por los que cosía el forro de cuero. Como señala José María Blázquez: «...en realidad el fenómeno que se produce en todo el Mediterráneo entre los siglos VIII-VI es una gran koiné circunmediterránea, una de cuyas provincias sería Tartessos, que ofrece algunas características que la diferencian de otras regiones» (38).

La monarquía tartésica según Maluquer, hunde sus raíces en el mito de Gerión, monarca gigantesco y tricorporeo rico en oro y ganados, al que Hércules robó sus reses en el décimo de sus doce trabajos y llevó a Tirinto. La Gerioneida de Estesícoro lo relataba, aunque nos ha llegado a través de Justino. «Tal vez —como señala Blanco Freijeiro— los toros en cuestión fueron los antepasados de esa sufrida raza de color chocolate, llamada hoy retinta o gaditana, capaz de hallar sustento en los pastos más inverosímiles. En todo caso, los romanos llamaban al islote Salmedina el «Arx Gerontis», la ciudad de Geron o Gerión, lo que confirma la ubicación de sus dominios en la zona de la desembocadura del Guadalquivir» (39).

La genealogía de Gerión sería:



Norax es identificado como el colonizador de Cerdeña, coincidiendo con el esplendor de la civilización micénica; poniéndose de manifiesto la antigüedad de Tartessos.

Sobre el otro mito fundamental en el origen de Tartessos dice Sánchez Dragó: «Nuestro primer recuerdo se llama Gárgoris, andaluz y rey de cunetes, patriarca del bosque tartésico donde los titanes se alzaron contra los dioses, amigo de las abejas e inventor del arte de recoger la miel. Se emparejó con la más hermosa de sus hijas y de ella tuvo un varón que era nieto del padre y hermano de la madre. A este prodigio le pusieron por nombre Habidis» (40); nombre que el autor nos presenta declinado, siendo Habis su correcta denominación. Habidis o Habis fue repudiado en principio por su padre, logró vencer el abandono y la pena de muerte a que éste le sometió convirtiéndose en su sucesor. Es considerado el rey civilizador, que enseñó el cultivo, estableció las leyes para la convivencia social y durante su reinado se iniciaron los primeros contactos comerciales con los fenicios. «Los rasgos que configuran la personalidad de Habis y en concreto su reforma, no dejan de mostrarnos una Cultura Andaluza que, en un momento difícil de precisar, deja de tener un entorno bárbaro, y pasa a un régimen de vida más avanzado bajo las directrices de un rey civilizador» (41). La realidad histórica de estos reyes es discutible, Menéndez Pelayo (42) se pregunta por su posible relación con poemas turdetanos antiguos, y Blanco Freijeiro (43) muestra su paralelismo con leyendas de otros pueblos que justifican su origen, tales como Rómulo y Remo en Roma, Sargón de Acad, Moisés de Israel; en la que todos, al igual que Habis, vencen a la muerte y son salvados por la naturaleza como mano ejecutora de los designios divinos. Es una cuestión controvertida en la que la polémica surge con facilidad como en todo lo referido a esta civilización. Maluquer no es partidario de este carácter plenamente metafórico de las leyendas. «Las dinastías de Geryon y de Gárgoris entran de lleno en la categoría de las dinastías divinas, aunque no son simplemente dinastías fantásticas ni simples creaciones poéticas, pues contienen muchos elementos que sin duda responden a realidades propias de la Edad del Bronce Occidental» (44). Las analiza por separado y conjuntamente observando un paso evolutivo entre ellas, un cambio socioeconómico en esa realidad, punto del que también habla Blanco Freijeiro al distinguir la doble faceta del mito de Gárgoris, la narración de la elección del rey por la divinidad tras vencer la adversidad de su destino, y la descripción de la realidad civilizadora que crearán los monarcas de esta nueva dinastía. «Mientras la primera parece responder a un tipo de principado señorial, la segunda implica necesariamente la existencia de una comunidad urbana con bases sociales estratificadas, especialización del trabajo y lo que es más importante, el desarrollo de

una economía abierta que exigiría constantes relaciones e intercambios. Esta base social y económica no puede ser la misma en todas partes, ya que sólo puede desarrollarse en aquellos lugares que por su situación costera o fluvial facilita el comercio y haga posible la vida urbana. Por el contrario, los principados señoriales al desarrollarse dentro de moldes económicos fijos pueden pervivir en cualquier zona por alejada que se halle de las rutas de intercambio, siempre que el medio permita una economía autárquica, por baja que sea» (45).

Era pues, una sociedad marcadamente estratificada y basada en la esclavitud. Como decíamos antes, Andalucía en general, y esta zona que nos ocupa en particular, aparecían dominadas por reyezuelos locales con territorios más o menos extensos, donde la ciudad estado parece que no existió, y tras la llegada de comerciantes fenicios se hizo necesaria la creación de un interlocutor frente al recién llegado en busca de riquezas para comerciar. Tal vez éste fue el origen de la monarquía tartésica. Pero históricamente es Argantonio el rey de los tartésicos mejor conocido, tal vez porque su largo reinado coincidió con el momento álgido de la relación con los griegos, únicos divulgadores de los secretos de este pueblo, porque la fuente fenicia o cartaginesa, de existir, no se ha conservado. Argantonio vivió en pleno siglo VIII a. J.C. y según Maluquer se puede considerar como sucesor legítimo de Habis.

Pero este reino tartésico, a medio camino entre el mito y la verdad histórica, desapareció en las tinieblas a finales del siglo VI a. J.C. ¿Qué ocurrió? Es difícil de contestar, posiblemente el aumento del poderío cartaginés que hizo retroceder la influencia comercial griega hundió uno de sus pilares básicos. La fragmentación del reino y la influencia cartaginesa fueron las tónicas dominantes desde ese momento. «Al desaparecer Tartessos como poder central organizado, las distintas ciudades andaluzas conservaron en sus senos regímenes monárquicos, pero no de tipo arcaico, sino gobiernos bien estructurados, haciéndose extensivo a una tribu y regiones circundantes, es decir, como unidades geopolíticas naturales» (46). El enigma de su desaparición nos sigue preocupando. ¿Cuál es la clave del problema? ¿Es tal vez la retirada del comercio griego? ¿Fue la dominación de Cartago la causante, o quizás fueron los invasores celtas? No hay una explicación clara. Maluquer se inclina por la decadencia interna: «Es posible que el propio reinado de Argantonio, a causa de su larga duración, desencadenara el proceso de disolución del poder» (47). Por otra parte, al desaparecer el comercio libre tras la batalla de Alalia, quedaron

supeditados al comercio fenicio, lo que les pudo conducir a una falta de estímulo y el anquilosamiento, mientras los pueblos del Alto Guadalquivir orientaron su comercio hacia las costas mediterráneas donde operaban los griegos. Y finalmente, la decadencia política y económica produjo la división en taifas, no volviéndose a unir Andalucía hasta la época romana. Tartessos desaparece pero no su sustrato cultural, basado en una sociedad jerarquizada, urbanizada y organizada en base a una gran actividad agrícola e industrial y con rica cultura material, como lo puede atestiguar el tesoro de El Carambolo (Sevilla), estudiado por el Prof. Carriazo (48). Ya en la antigüedad era conocido por estos caracteres, por ello Estrabón (49) lo consideraría el pueblo más culto de toda Iberia e incluso de todo Occidente.

#### 4. Colonizaciones

A partir del año 800 a. J.C., fenicios y griegos (50) cruzando el Mediterráneo llegaban hasta el fin del mundo conocido, las Columnas de Hércules, formadas por las colinas de Calpe en la península y Abyla, junto a Ceuta; el actual Estrecho de Gibraltar, en palabra de Pindaro las «Puertas Gaditanas» (51). El motor de este hecho fue la necesidad de entablar nuevas relaciones comerciales con otros pueblos donde existían unas materias primas de su interés.

La extensión colonial no fue uniforme, puede responder a esta tipología general (52):

- 1.º Territorios masivamente colonizados, conocido como tipo «americano» o «australiano»; implica la superposición de un gran número de colonos sobre la población indígena que queda anulada. Ello se da en la parte central del Mediterráneo, de este modo se establecerán los griegos en el sur de Italia y en Sicilia, y los fenicios en la actual Túnez, Cartago.
- 2.º Cadena de ciudades costeras donde no hay migración, ni cambio cultural, pero sí un predominio del pequeño grupo colonizador. De Liguria al Ampurdán y en el Mar Negro se instalaron los griegos, y en la costa andaluza, cuyo centro era Cádiz, así como en la costa norteafricana mediterránea hasta el Atlántico lo hacen los fenicios.
- 3.º Por último, se puede hablar de zonas donde los contactos comerciales fueron inconstantes con intensidad variable. Los fenicios se acercaban con relativa frecuencia a la costa atlántica de Marruecos, lo

cual implicaba una cierta relación con el sudoeste peninsular, y los griegos desde el siglo VI navegaban por la costa catalana, levantina y andaluza.

Esta amplia introducción tiene como finalidad dar una visión lo más clara posible de las actividades de estos pueblos que llevarían no sólo sus formas comerciales, sino que introducirían en Andalucía, y especialmente en el territorio cuyo estudio nos ocupa, formas culturales nuevas que enriquecerían el acervo cultural andaluz.

Ambos pueblos llegan a nuestro marco geográfico cuando el reino tartésico estaba plenamente vigente, buscando los metales preciosos y materias primas de su interés. Fundamentalmente la fama de las minas argentíferas los atrajo. Pero una vez aquí se estableció un amplio circuito comercial que tenía como fin el intercambio de los metales procedentes del nacimiento del Valle del Guadalquivir, como plomo o plata de las minas de la actual provincia de Huelva, por los objetos suntuarios traídos de Oriente. Además existía una relación comercial continua de Tartessos con las Islas Casiterides que algunos identifican con Bretaña o con las Islas Británicas, en busca de estaño, material de gran interés comercial, pues la aleación con el cobre daba como resultado un potente y duro metal, el bronce. «La mención de Tarsich aparece a menudo en varios libros de la Biblia en lo que se simboliza el país occidental del que procedían la mayor parte de las riquezas y particularmente el oro, plata, estaño, plomo y hierro» (53). E igualmente Yáñez y Martínez dicen, acentuando quizás el carácter idílico, «...el Guadalete, serpenteando por las fértiles campiñas, arrastraba en sus arenas granos de oro, cuyo reluciente color hacía olvidar a aquellas razas su hogar, su familia y su patria» (54).

Efecto inmediato de esa colonización fue la aparición de núcleos urbanos, que encajan en el segundo modelo colonizador antes mencionado. En ellos se implantan las industrias derivadas de la explotación colonial, se desarrolla la orfebrería, la alfarería, las fábricas de salazones, las salinas. Así pues, el grado de influencia de estas ciudades en el mundo indígena que las rodeaba es fácilmente constatable dado que supone un cambio social, económico, cultural, religioso y en sus formas de vida en general.

Tras esta visión general podemos pasar a examinar con mayor detenimiento cada uno de estos pueblos por separado.

## 5. Fenicios

Pueblo procedente del Mediterráneo oriental, de las actuales costas del Líbano, donde existían dos importantes centros comerciales: Tiro y Sidón. Su labor colonizadora se remonta en el tiempo, ya en la primera mitad del siglo X a. J.C. hay noticias de sus expediciones al Mediterráneo occidental. Tradicionalmente se considera a Cádiz como el primer enclave fenicio en la península, que habría sido fundado en el 1.100 a. J.C., aunque los restos arqueológicos más antiguos corresponden al siglo VIII a. J.C. Posidonio, a comienzos del siglo I a. J.C., recogió la versión que los fenicios dan del origen de su ciudad, nos dice cómo el templo de Melkart allí ubicado fue construido por orden de un oráculo de Tiro que señaló su construcción exacta en las Columnas de Hércules; varias expediciones se hicieron y sólo la tercera lo logró. Más tarde estas palabras fueron recogidas por Estrabón (55). La vinculación que hacen los textos clásicos de la creación de este templo y la fundación de Cádiz es explicable si tenemos en cuenta estas palabras de Maluquer: «...el aspecto religioso también es muy interesante. El pueblo tartésico, como todas las sociedades mediterráneas de la Edad del Bronce, era profundamente religioso. El forastero fenicio, para adquirir prestigio, tenía que mostrarse respetuoso con las divinidades indígenas y fiel devoto de las suyas propias. El medio más elocuente en este sentido para impresionar la mentalidad indígena era la celebración de cultos esplendorosos mediante rebuscados rituales centralizados en un gran templo, y así surge desde el inicio de la colonia el templo de Melkart, el Herakles gaditano» (56). Templo que se fecha en el 1.100 aproximadamente y que rivalizó con los del Mediterráneo oriental en esplendor y riqueza; siendo edificado con fondos procedentes en su totalidad de los primeros colonos.

Ahora bien, sobre la cronología de la fundación de Cádiz existe una viva polémica que Tarradell resume en tres teorías:

- 1.º Los partidarios de las fechas indicadas en los textos, que colocaban las primeras navegaciones y las primeras fundaciones en torno a la fecha tradicional de la Guerra de Troya, el año 1.100, y la época final después del siglo V.
- 2.º Teoría opuesta a la anterior, afirma que no existieron fundaciones fenicias en el Estrecho de Gibraltar ni en la costa atlántica antes de los años 500-400 a. J.C.
- 3.º Postura intermedia que daba como fecha más probable el siglo IX u VIII a. J.C.

Como ya dijimos, las fuentes arqueológicas apoyan esta última cronología.

De este modo, Gades o Gadir, actual Cádiz, se convierte en un emporio comercial donde se acuñó moneda por primera vez en la Península, en el siglo VII a. J.C. cuando aún Tiro no lo había hecho. Y no será hasta época romana cuando se vuelva a emitir moneda en el territorio peninsular.

Pero no sólo existió este gran centro colonial importante, parece ser que a fines del siglo IX la costa se adentraba hasta la falda de la Sierra de San Cristóbal, de tal manera que la desembocadura del Guadalete estaba más cerca a la zona que hoy ocupa la ciudad de Jerez, concretamente en las cercanías del poblado El Portal y del montículo donde está el castillo de Doña Blanca. Los últimos hallazgos arqueológicos así parecen demostrarlo. Entre los siglos IX al II a. J.C. pudo existir una colonia dedicada al comercio, de la que han quedado restos que actualmente están en pleno período de descubrimiento y estudio, como el enterramiento fenicio con ajuar completo fácilmente comparable a los hallados en Tiro. «La zona en la que habría de establecerse el poblado de Doña Blanca reunía condiciones óptimas, debido a que constituía un excelente puerto natural, además junto al río Guadalete al este, vía de penetración óptima hacia el interior y respaldada al norte por la Sierra de San Cristóbal, de poca altura y fácilmente franqueable, de la que partía una ruta hacia los esteros de Mesas de Asta y Eborá, y desde aquí atravesando el estuario del Guadalquivir, se alcanzaba El Rocío y Almonte, en donde se constatan poblados metalúrgicos que beneficiaban plata» (57). En las excavaciones han sido descubiertos ocho superposiciones urbanas, que culturalmente responden a distintos estadios evolucionados a partir del Calcolítico, la orientalización, la aparición de cerámica a torno y el creciente urbanismo irán acentuándose durante esta evolución, ello se deduce de estas palabras de D. Ruiz Mata: «Estos antiguos poblados eran indígenas tartésicos, como delatan sus cerámicas a mano ornamentadas con diseños bruñidos y fenicios tirios...; durante todo el siglo VII a. C. se advierte la asimilación íntegra, por parte de la población indígena de la cultura oriental, de mezcla de fenicios, sirios y chipriotas... durante el siglo VI a. C. se gesta una cultura orientalizable de carácter local... se comienza a advertir las primeras influencias importantes griegas... En niveles superiores más recientes, de los siglos V y comienzos del IV a. C., asistimos a la gestación de la cultura turdetana o ibérica de claros matices orientalizantes. Es la cultura que conocieron los romanos... Con el abandono de los almacenes y viviendas, a

comienzos del siglo III a. C., acaece el final del poblado, las causas de este abandono son por ahora difíciles de precisar, pero como hipótesis señalaremos la posibilidad de su pérdida de identidad geográfica, debido a que los aportes aluviales del río Guadalete impidiesen la navegación hasta ese punto, o bien los acontecimientos de las guerras púnicas dispusieron de otras vías de comercio, quedando relegada esta población a un descuido absoluto. Los materiales de época romana son escasos...» (58).

El asentamiento en estas tierras supone varios aspectos previos: en primer lugar, el conocimiento de las posibilidades económicas y comerciales de la región, también el posible nivel de relación con el poder establecido en la zona, la monarquía tartésica, y finalmente el conocimiento de las mentalidades colectivas en cuestión religiosa, punto este último ya referido al hablar del templo de Herakles.

Efectivamente, al igual que encontraron un territorio rico, hallaron un pueblo civilizado con una monarquía estable con la que necesitaron pactar. «La dinastía tartésica debió limitar el libre comercio y exigir cierto control en las transacciones al conocer cuál era el verdadero interés de los fenicios... La corona impondría determinada regalía sobre los productos, y así se explica el rápido enriquecimiento de la monarquía tartésica por encima de otros régulos del Mediodía. Indirectamente la presencia fenicia consolida y estimula el centralismo de Tartessos» (59).

A cambio de los metales tartésicos exigen a los fenicios productos comerciales que hubieron de importar del Mediterráneo oriental. Una vez superada la etapa de comercio espontáneo comienza el desarrollo de otras actividades, nacen las pesquerías, industrias de salazones, etc. Comenzando ya a fines del mismo siglo VIII a. J.C. el gran desarrollo comercial fenicio, perdurando durante el dominio cartaginés y sucumbiendo con la conquista romana.

Una consecuencia sociocultural muy importante de esta colonización fenicia fue la expansión desde Cádiz a Almería de la lengua semita que se hablaría y escribiría hasta la época romana. No en balde los habitantes de esta zona serían llamados libiofenicios, pues hay un gran aporte humano de libios y mediterráneos orientales, produciéndose un fenómeno de aculturación.

## 6. Griegos

La caída de Troya provoca la caída de la civilización micénica, el centro de gravedad de la cultura griega pasa a Jonia a fines del siglo IX a. J.C., reem-

prendiéndose las actividades comerciales con Occidente. Al sur de Andalucía, concretamente al reino de Tartessos, no se llegará hasta el siglo VIII. Parece ser que fue Kolaios, un navegante samio quien la descubrió, pero según Herodoto fueron los focenses los principales enriquecidos de estas relaciones comerciales. Los focenses realizaban una navegación de cabotaje tocando múltiples puertos mediterráneos, desde el siglo VII a. J.C. hasta la batalla de Alalía en el año 535 a. J.C. gozaron de muy buenas relaciones comerciales; de ello dice Herodoto: «...llegados a Tartessos, hicieron amistad con el rey de los tartesios, de nombre Argantonio, que gobernó durante ochenta años y vivió ciento veinte» (60).

No cabe duda que Argantonio fue un rey filohelénico que fomentó la amistad especialmente con este pueblo aunque no podemos olvidar que su reinado se basó en la convivencia pacífica con otros pueblos, por ello el comercio fenicio perduró centrado fundamentalmente en metales, salazones y púrpura, mientras el griego lo hacía en productos agrícolas, cueros, lanas y manufacturas de todas clases desde la alfarería hasta la orfebrería. Testimonio de la presencia griega en el término de Jerez es el casco griego hallado en la orilla izquierda del Guadalete a la altura de El Torno. Es un bello casco de bronce, ya citado, que se conserva en el Museo Arqueológico Municipal, fechado en el siglo VII a. J.C.

Pero la batalla de Alalía que supuso la participación de las áreas de influencia comercial de cartagineses y griegos en el Mediterráneo, provocó que estos últimos fueran relegados al Mediterráneo noroccidental quedando la zona tartésica bajo el influjo comercial fenicio.

## 7. Celtas

Naturalmente no se trata de un pueblo colonizador, pero hacemos un inciso en nuestra narración para hablar de ello porque llegan a la Península en el siglo VII a. J.C. Son pueblos indoeuropeos procedentes del norte que se irán instalando preferentemente en las regiones más septentrionales. Al reino de Tartessos posiblemente llegaron alrededor del 600 a. J.C. y se instalaron en la franja comprendida entre las cuencas bajas del Guadalquivir y Guadiana. Es posible que el ámbito territorial de la actual ciudad de Jerez quedara al margen, pero su proximidad geográfica es evidente.

Tal vez el elemento celta tuvo más importancia del que habitualmente se

le suele dar, pues la transcripción del nombre «Argantonios» que hacen los griegos pertenece a la onomástica indoeuropea, significa «hombre de la plata». Esta cita de Estrabón arroja cierta luz sobre el tema: «Entre los Célticos la ciudad más famosa es Conistorgis y en los estuarios Asta, donde acuden frecuentemente los gaditanos, pues dista del puerto de la isla no mucho más de cien estadios» (59). Evidentemente la distancia no está tomada exactamente, aunque da idea de cierta proximidad; «...el paralelismo que establece el geógrafo griego entre Asta y la ciudad conia nos hace recordar —¿acaso a él también y por eso las compara?— que cerca de nuestra ciudad existían algunas comunidades célticas y que, incluso, con alguna de ellas la ciudad de los estuarios mantenía un determinado tipo de relación...» (61).

## 8. Siglos V, IV y III: Pueblos Prerromanos y Cartagineses

Cabe preguntarse ¿qué ocurrió durante los siglos V, IV y III a. J.C.? En palabras de J.M. Santero, «el período... se caracteriza por una complejidad de hechos históricos y una heterogeneidad de elementos culturales en el ámbito del territorio andaluz... El primer problema, por tanto, es el de continuidad o discontinuidad cultural en el tránsito de Tartessos a los llamados pueblos meridionales prerromanos. En este tránsito juega un protagonismo excepcional un elemento foráneo: los cartagineses y su explotación y control del sur peninsular, que explica en parte la disminución de fuentes de información» (63). Efectivamente, ni la decadencia de Tartessos ni la victoria cartaginesa de Alalía son los factores únicos y determinantes de la evolución durante siglos, «la transformación, iniciada a fines del siglo VI y principios del siglo V a. C., obedece a un cambio en los objetivos y planes de los pueblos colonizados» (64).

La Península Ibérica se nos presenta habitada por pueblos diversos que se suelen agrupar con la denominación de «íberos»; tenemos noticias de ellos por las fuentes grecorromanas, aunque los de la zona meridional, mastienos, bastetanos y turdetanos, son considerados desligados de los pueblos íberos, pero su cultura material responde a los mismos caracteres. «La ubicación típica del poblado ibérico, viene dada por razones estratégicas, defensivas. Se buscan lugares altos a veces solamente accesibles por uno de sus lados, que además se protegen con murallas» (65). En el territorio que nos interesa la ciudad tenía una tradición constatada a través de los siglos. Su economía se basaba fundamentalmente en la agricultura (cereales, vid y olivo) y ganadería; los trabajos

artesanales estaban ya diversificados, el hierro ocupaba un papel relevante en la fabricación de nuevos útiles laborales; en cuanto a la minería mantenía la actividad de épocas anteriores. El comercio jugó un papel fundamental en la vida de estas sociedades, basado en el intercambio de productos, primero, y en el uso de la moneda, después. Lógicamente esta compleja realidad socio-económica necesitaba una organización política, descrita de este modo por Tarradell: «...tuvieron una tendencia a la monarquía... [Pero] los jefes no son llamados reyes sino «régulos» en los textos griegos y latinos, lo cual nos da más bien un matiz de caudillaje accidental que de monarquía estable, algo que parece similar a los «aguellid» de los árabes» (66).

Otra característica del momento es la variedad idiomática peninsular, las lenguas correspondientes a las zonas meridional y oriental tenían sus propios alfabetos de orígenes distintos, aunque con marcada influencia de los pueblos colonizadores; de la clasificación que sugiere Guadán sólo nos interesan estos dos:

«— Alfabeto fenicio, en la costa andaluza, desde Almería a la desembocadura del Guadalquivir... las principales ciudades que lo utilizan son: Malaca (Málaga), Gades (Cádiz)...

—Alfabeto libio-fenicio, en una zona del interior de la provincia de Cádiz, de escasa importancia... no es más que un intento de escritura consonántica habitual en esa zona» (67).

Pero pasemos ahora al segundo punto, la presencia cartaginesa. Los fenicios en su expansión colonizadora habían llegado hasta el territorio del actual Túnez, allí fundaron un asentamiento poderoso con la llegada de múltiples emigrados de la metrópoli, de tal manera que poco a poco se fue haciendo autosuficiente. Tras el sometimiento de la ciudad de Tiro a los asirios, Cartago toma el relevo de los fenicios en el comercio de Occidente, caracterizándose por una política más agresiva que la de sus antecesores.

Como ya dijimos, tras la batalla de Alalía, los cartagineses tienen vía libre para desarrollar sus actividades comerciales en el sur peninsular, pero a partir del 500 deciden conquistar el litoral andaluz. Actitud militarista que perdurará durante varios siglos, convirtiéndose en la piedra de toque del enfrentamiento Roma-Cartago, que desembocarán en las Guerras Púnicas.

La llegada de los cartagineses a la Península supone un mayor control por su parte del comercio en las costas del sur frente a la competencia griega relegada al Levante. Y, por otra parte, coincide con la desmembración del ámbito

tartésico y la acentuación de los rasgos regionales; nuestra ciudad quedaría situada dentro del Bajo Valle del Guadalquivir, habitada por los turdetanos, herederos más directos del pueblo tartésico y por ello de sus rasgos culturales (Leyes, poesía), religiosos (caracterizado por su sincretismo), políticos (monarquía), sociales (clase de grandes propietarios, comerciantes) y económicos (agricultura, ganadería, comercio y minería) perdurarían con mayor fuerza. Pero en el siglo III a. J.C. se produce la expansión conquistadora de los cartagineses, que acabó con la Segunda Guerra Púnica. «La expedición de Aníbal en dirección a Italia y la respuesta romana con el envío por primera vez de contingentes militares al territorio hispano, dominado por Cartago, en 218 a. C. es un acontecimiento histórico capital, porque va a suponer la presencia ininterrumpida de los romanos en tierras andaluzas durante seis siglos consecutivos... Así, lo que empezó siendo una lucha contra los cartagineses en territorio hispano se convirtió en una conquista y dominación de este territorio por parte de Roma; a pesar de la oposición de no pocas ciudades indígenas...» (68).

## 9. Romanos

Penetran en la Península, la ocupan sin encontrar demasiada resistencia. Andalucía se enmarcará dentro de la Bética, provincia senatorial que será la más romanizada quizás porque su nivel de civilización era más alto, extendiéndose rápidamente el latín y las formas de vida romanas, pero subsistiendo los rasgos culturales ancestrales. «Quiere ello decir que la presencia romana en esta región, incluso en Itálica, es más una adaptación a la civilización indígena —por otra parte, la más adelantada de Hispania— que una radical renovación de la misma. Ello es lógico dado lo arcaico de la civilización romana a fines del siglo III y durante todo el II» (69).

El urbanismo siguió perdurando e incluso se fueron creando nuevas poblaciones, en cuanto a la ciudad de Jerez es centro de múltiples hallazgos romanos, capiteles, columnas, estatuas, lápidas, etc., que sirven de pilares o cimientos a construcciones posteriores, ello si bien no es suficiente para afirmar la ubicación exacta de una ciudad romana, sí permite descubrir la existencia de casas o villas romanas más o menos diseminadas, que testimonian la presencia de una nobleza señorial; ya que si bien hasta ese momento, inclusive durante la República, había predominado una sociedad orientada a la industria y al comercio, a partir del Imperio nace una aristocracia terrateniente fo-

mentada por el poder imperial. Posiblemente los restos fueron transportados a los lugares donde han sido hallados, procedentes de núcleos romanos, como Asta Regia, de hecho no hay datos suficientes para atestiguar la presencia de un núcleo urbano romano en el casco antiguo de Jerez, pero sí han sido encontrados restos de villas, poblamientos rurales de economía autosuficiente, con todo lo que ello supone, alfares, establos, molinos, etc., en el límite norte de la ciudad, aunque en condiciones muy precarias para su estudio. Surgen grandes propiedades agrícolas cuyos dueños las gobiernan a distancia a través de los capataces.

Por otra parte, las riquezas agrícolas y sus derivados, aceite, vinos, cereales, etc., eran los productos que acaparaban el comercio, preferentemente dirigido a Roma. «...alrededor del año 400, el senador Symmachus le pide a su amigo, el terrateniente Euphrasius, dueño de famosas cuadras, los caballos de carreras con que va a festejar en Roma la pretura de su hijo. Los caballos andaluces de Euphrasius van a emprender un largo viaje» (70).

Parece pues, que los caracteres que marcarán la Historia de Andalucía están ya configurados, propiedades agrícolas extensas vinculadas a la nobleza terrateniente, producción agrícola como sector económico básico y situación de dependencia política, económica y social de la metrópolis. Aunque el ser la provincia más romanizada culturalmente la convirtió en exportadora de políticos, poetas, filósofos y emperadores.

El siguiente texto de Rodríguez Neila es suficientemente clarificador a la hora de explicar la Romanización: «hasta mediados del siglo I a. C. la población turdetana y sus dominadores romanos contribuyeron a sentar las bases de una integración consolidada en los siglos imperiales; a saber: 1.º Adaptación de la antigua aristocracia autóctona a los fenómenos culturales latinos; 2.º Expansión de un vehículo de comunicación, como fue el latín...; 3.º Fundación de ciudades... que acogieron a sectores de población de una y otra clase; 4.º La presencia de romanos e itálicos que dejó sentir el peso de su influencia en todos los órdenes...» (71). La expansión de la ciudadanía romana fue hecho de capital importancia.

## 10. Pueblos bárbaros: Visigodos

Llegan a la Península a principios del siglo V d. J.C., Vándalos y Visigodos entrarán en la Bética. De ellos los llamados Vándalos aslingos pasaron a

Africa y los Vándalos silingos fueron eliminados por los Visigodos. Tras la caída del Imperio Romano la Bética se independiza, pero la presencia del nuevo pueblo conquistador amenaza esta situación. Como rechazo al nuevo poder se producen sucesivas revueltas, especialmente Córdoba y Sevilla; recurriendo incluso a la ayuda de extranjeros, como los bizantinos, aunque finalmente se impuso la dominación.

La dominación visigoda no se hizo sentir en la Bética hasta la época de Teudis (531-548), «...la impronta visigoda apenas se dejó sentir. El elemento godo quedaría reducido a los funcionarios del poder central y a los necesarios para el control militar: en definitiva, siguió siendo una provincia muy romanizada» (72). Tras la conversión al catolicismo en el año 589, la organización eclesiástica en la Bética quedó de esta manera: una sede metropolitana en Hispalis y nueve diócesis sufragáneas, Itálica, Elepla (Niebla), Malaca, Iliberris (Granada), Astigi (Ecija), Corduba, Egabrum (Cabra), Tucci (Martos) y hemos dejado en último lugar la de Asidonia, sobre la que se discute su identificación con Jerez o con Medina Sidonia.

En cuanto a su cultura material nos han quedado testimonios de su estancia en zona muy cercana a Jerez. En las proximidades de la carretera de Arcos fue hallada una pila visigoda, según M. Esteve, que en principio se consideró un sarcófago ibérico con influencia púnica. Dimensiones: 1,57 m. de largo, 0,39 de alto y 0,66 de ancho. Está decorada por uno de sus costados y en los bordes: «La del frente desarrolla estas representaciones, a partir de su extremo izquierdo: un pavo real, con la cola recogida y picando una gran flor o roseta de siete pétalos, distribuidos desigualmente: un ciervo andando hacia la izquierda, tras del cual se distingue un árbol, como palmera, y una figura humana, de medio cuerpo, con los brazos levantados: por último, un jinete marchando en la misma dirección que el ciervo, la mano derecha en alto y ambas abiertas. La decoración del borde de este frente consiste en un tallo de vid ondulado, en el que alternan racimos y hojas, pero terminando hacia el ángulo derecho únicamente con hojas lisas» (73). También se ha encontrado cerca de Asta Regia un cimacio visigodo de mármol blanco con forma de tronco de pirámide cuadrangular. Está decorado con una sencilla moldura. Asimismo, cerámica procedente de enterramientos han aparecido en el Cortijo de Algarro-billo en San José del Valle y en Haza de Padilla. El mismo Esteve Guerrero encontró una placa de cinturón de bronce en Haza de la Torre (El Cuervo).

Inscripciones visigóticas han sido encontradas en el término de Jerez

cerca de Asta, cuya leyenda decía «Cristo sea para ti la paz», que fue fechada en la segunda mitad del siglo VII. Otra lápida funeraria dedicada a una cristiana llamada «Abundancia» apareció en el casco antiguo de la ciudad, pero procedente, según parece, de Mesas, fechada a finales del siglo VII o principios del VIII.

Una serie de desequilibrios internos minaban la salud del reino visigodo. El tradicional enfrentamiento entre la monarquía, que luchaba por ser cada vez más fuerte, y la nobleza, que incrementaba constantemente su poder, produjo una creciente inestabilidad política. El malestar social generado, sobre todo en el mundo rural, coincidió desde el último tercio del siglo VII con determinadas circunstancias desfavorables (malas cosechas, hambres, pestes). Las medidas fuertemente represivas contra los judíos, en especial en el reinado de Egica, convirtieron a este grupo en un verdadero enemigo dentro del reino» (74).

## II. HISTORIOGRAFIA LOCAL

Después de la caída del Imperio Romano, el origen de Jerez, ciudad romana, se determinó a través de un estudio de los restos arqueológicos de la ciudad. Ahora bien, los datos históricos de la misma se remontan a la época de Tiberio cuando el viajador griego que vivió en el siglo IV a. J. C., así como Ptolemaeus de Mesas, autor de un Diccionario Geográfico a fines del siglo V d. J. C., y no podemos olvidar los itinerarios de Strabón, Plinio, Pomponio Mela, Ptolomeo, el Itinerario de Antonino, entre otros.

Después de la caída del Imperio Romano, el origen de Jerez se determinó a través de un estudio de los restos arqueológicos de la ciudad. Ahora bien, los datos históricos de la misma se remontan a la época de Tiberio cuando el viajador griego que vivió en el siglo IV a. J. C., así como Ptolemaeus de Mesas, autor de un Diccionario Geográfico a fines del siglo V d. J. C., y no podemos olvidar los itinerarios de Strabón, Plinio, Pomponio Mela, Ptolomeo, el Itinerario de Antonino, entre otros.

Después de la caída del Imperio Romano, el origen de Jerez se determinó a través de un estudio de los restos arqueológicos de la ciudad. Ahora bien, los datos históricos de la misma se remontan a la época de Tiberio cuando el viajador griego que vivió en el siglo IV a. J. C., así como Ptolemaeus de Mesas, autor de un Diccionario Geográfico a fines del siglo V d. J. C., y no podemos olvidar los itinerarios de Strabón, Plinio, Pomponio Mela, Ptolomeo, el Itinerario de Antonino, entre otros.

## 11. El origen de Jerez: estudios históricos

Es de destacar que los estudios sobre los orígenes de Jerez comenzaron a tratarse a principios del siglo XVII, tres siglos después que Diego Gómez Salido intentara por primera vez escribir la Historia más moderna de la ciudad. Ahora bien, los datos históricos de la misma se remontan a la época de Theopompo, historiador griego que vivió en el siglo IV a. J.C., así como Estefano de Bizancio, autor de un Diccionario Histórico-geográfico a fines del siglo V d. J.C., y no podemos olvidar los testimonios de Estrabón, Plinio, Pomponio Mela, Ptolomeo, el Itinerario de Antonino, entre otros.

Fueron los jesuitas a fines del XVI los primeros interesados en dilucidar la cuestión del origen de Jerez. Abriendo camino a una serie de estudios que intentaron buscar estas raíces históricas, para lo cual dirigieron sus miradas a dos enclaves: Asta y Asidonia o Asido; la identificación de nuestra ciudad con una o incluso las dos urbes fue objeto de extensas polémicas, aún no dilucidadas del todo.

Asta Regia fue colonia romana, de origen tartésico, situada en el lugar denominado Mesas de Asta en el término de Jerez, citada por Estrabón (75), Mela (76), Plinio (77), Ptolomeo (78), Marciano (79), Itinerario de Antonino (80), etc. Su pasado comienza a ser investigado a fines de dicho siglo para tratar de lograr la legitimación histórica que respalde la petición del obispado hecha a la Santa Sede. A estos efectos el P. Martín de Roa escribió y publicó a principios del siglo XVII el trabajo «Santos Honorio, Eutiquio y Esteban, patronos de Xerez: nombre, sitio y antigüedad de la ciudad, etc.». Testimonio que animó a las autoridades locales a pedir al rey Felipe IV el privilegio de voto en Cortes, que la convertiría en cabeza de provincia.

Ahora bien, la situación geográfica de Jerez y Asta no coinciden. Así, el Itinerario de Antonino (81) que medía las vías entre las distintas capitales del

imperio y Roma describiendo las distancias; en la vía Cádiz a Córdoba, nos habla de 16 millas entre el Puerto y Asta, cosa que fue desvirtuada por Martín de Roa, al hablarnos de 6 millas, solamente. Este es un primer dato discordante descubierto por el P. Rallón. Otro texto que corrobora esta afirmación del Itinerario es el llamado «Anónimo de Ravena» (82), cosmografía de compilador desconocido que trata de dar una visión global del mundo que lo rodeaba en ese campo de la ciencia; «Caditana, Portum y Asta» se citan como ciudades atravesadas por la vía de Gades a Corduba descrita por el Itinerario de Antonino. E igualmente los «Vasos de Vicarello» (vasos hallados en las proximidades del Lago Bracciano, a 30 Km. de Roma) nos hablan de esta vía, así lo testifica Roldán Hervás al compararlos con el Itinerario de Antonino: «...las correspondencias con los vasos son totales, si excluimos en estos la falta de la mención Ad Portem entre Gadis y Portus Gaditanus y la mención de 24 millas en lugar de 26 entre los dos puntos: puede pensarse en una simple omisión por parte de los vasos o bien suponer que en época de su redacción (siglo I) el puente que unía Cádiz con tierra firme aún no había sido construido» (83). Diversas teorías se han manejado sobre la identidad del «Portus Gaditanus», pero, según dice César Pemán (84), una vez estudiado el tema con más elementos de juicio hay que identificarlo con el Puerto de Santa María y no con el Portal, con lo cual cambia profundamente la trayectoria de la ruta en el tramo comprendido entre Ad Portem y Asta. Aunque también en la zona de El Portal aparecen restos romanos.

Pero, ¿por qué este interés en la identificación de ambas ciudades? La respuesta es muy simple: Bertemati nos la aclara en breves palabras. Existía en Liguria (Italia) otra ciudad llamada Asta de donde proceden los citados santos, y en la que se creó una sede de fundación apostólica, motivos suficientes para respaldar las peticiones solicitadas. De hecho se logró obtenerlas a principios del siglo XVII, de ahí la adopción de aquellos santos como patronos de la ciudad. Pero, como recuerda Bertemati, «Ni la cuestión histórica ni la del patronato quedaron resueltas con esta singular probanza, pues en 1643, puesto de nuevo el asunto en tela de juicio, volvió el Cabildo a la veneración de su antiguo patrono San Dionisio...» (85).

Realmente este argumento no tuvo éxito, ya que a pesar del testimonio de diversas crónicas, que trataban de respaldarlo, Jerez no logró recuperar el obispado. Y, en cuanto al voto en Cortes sí se consiguió, por decreto real de 1639, aunque no se puso en práctica.

El origen de Jerez no quedaba esclarecido, al contrario, los testimonios históricos habían sido tergiversados. Bertemati advierte la existencia de «falsos Cronicones» cuya aparición atribuye al jesuita P. Román de la Higuera a principios del siglo XVII, con el fin de dar respaldo histórico a la petición de obispado, cosa que no fue necesaria, ya que Jerez lo lograría siglos después sin tener que recurrir a tales métodos. «Dejando pues a un lado la cuestión de Asta y su obispado para fijarnos en la lucha emprendida contra Medina Sidonia, empezaremos por manifestar ingenuamente que si hay algo de claro en las relaciones de los geógrafos antiguos, y particularmente de Plinio, cuando describe los pueblos del Convento jurídico de Sevilla, es la distinción que unos y otros hacen entre Asta Regia y Asido Cesariana: dos colonias romanas, situada la primera entre las marismas del Betis, y la segunda tierra adentro, en Mediterráneo» (86).

Ante esta situación surgió la figura de Fr. Esteban Rallón, fraile jerónimo jerezano que a fines del XVII comenzó a escribir su «Historia de Xerez de la Frontera y de los Reyes que la dominaron desde su primera fundación», que estudiaremos detalladamente más adelante. Por el momento nos interesa destacar su postura contraria a las afirmaciones del P. Martín de Roa, referentes a la identificación de Asta Liguriense y Asta Regia de la Bética, y el estudio que hace del texto de Ahmed Ybn Mohamed, Ibn Musa, el Razi, historiador árabe, que vivió en tiempos de Aderramán III (siglo X), autor de una historia de Al-Andalus que, según Bertemati, fue traducida al castellano a principios del XIV, dándosele el nombre de Historia del moro Rasis.

Rasis confunde términos geográficos, lo que conduce a errores posteriores que complican la cuestión del descubrimiento del verdadero origen de la ciudad. Nos habla de Xerez Saduña, de manera que identifica Jerez con la antigua Sidonia, cabeza de una sede episcopal desde tiempos de Constantino. Pero, «Saduña no es más que la versión del traductor español de la voz árabe Scheduna, así como ésta es la versión árabe de nuestra voz hispano-latina Asidonia o Sidonia, con cuyo nombre se distinguía toda esta comarca en general, y en particular la ciudad que, por ser cabeza de estos lugares, recibió de los árabes el nombre de Medina» (87).

Rasis no identifica Jerez con Medina Sidonia, sino que distingue entre ambas, pues llama a la primera Xerez de Sidonia heredera de otra Sidonia antigua, que sufría un período de decadencia en época árabe y por la cual su obispado se trasladó a Jerez. De aquí que historiadores posteriores como el ar-

zobispo de Toledo, D. Rodrigo Ximénez (88), distinguiesen claramente entre Jerez y Medina, a las que aplican también los nombres latinos de Asidonia Civitas Salva respectivamente. Jerez sería la heredera de aquella Sidonia antigua, que nada tenía en común con Medina.

Esteban Rallón, por el contrario, defiende la teoría de que tras la destrucción de Asta Regia por los vándalos, en sus ruinas se construyó Auxis a la que los árabes llamaron Xerez, antecesora de Jerez. Y Fr. Jerónimo de la Concepción, carmelita gaditano, autor de «Emporio del Urbe», en la que narra la Historia de Cádiz, a fines del siglo XVII afirma que Xerez no coincide con Asido o Asidonia, sino que se trata sólo de la residencia del obispo Asidonense durante la época árabe.

Frente a estas versiones surge la teoría del origen fenicio, centrado en la ciudad de Xera o Torre de Cera, situada cerca de las Torres de Hércules, cuya defensa fue asumida por M. Bertemati y apoyada por otros autores como Antonio Delgado que considera esta torre como la fortificación avanzada de Jerez, coincidiendo con la Xera citada por Theopompo y después por Adolfo de Castro. Delgado, al igual que A. Muñoz, nos hablan de las monedas aparecidas en su término. Aquellas llevaban inscrito el nombre de Ceret y espigas en el reverso, lo que podría revelar la consagración a Ceres, diosa de la agricultura.

Las opiniones sobre este tema no llegaron a un acuerdo; así, mientras Bartolomé Domingo Gutiérrez siguió identificando Asta con Jerez, Mesa Xinete dio a esta ciudad antepasados ilustres, Turdeto, Tartessos, Xera, Carteia, Asta Regia, Asido Cesariana, Asidonia, Xerez Sidonia, etc. Y por el contrario, Ceballos, no acepta ninguno de estos antepasados. Las versiones son muy diversas y por ello sería conveniente examinar la Historia Antigua de Jerez desde distintos puntos de vista, para lo que recogemos opiniones diferentes elaboradas por escritores locales, como E. Rallón, Bartolomé Gutiérrez, F. Mesa Xinete, A. de Castro o M. Bertemati, entre otros, y los resultados prácticos de los trabajos arqueológicos de M. Esteve, mediante la selección de algunos de sus textos más significativos.

## 12. Esteban Rallón: Asta y Xerez

Historiador ilustre nacido en Jerez en 1608, tomó el hábito de la orden de San Jerónimo, residiendo en los monasterios de Bornos y Sanlúcar. Elaboró

una cuidada historia de Jerez conservada a través de varias copias del manuscrito original perdido, pero logrando una mayor difusión tras la edición en tres volúmenes realizado por Manuel de Bertemati en los años 1860-61.

La opinión crítica de este último es interesante recordarla para valorar el significado de la obra del P. Rallón «Historia de Xerez de la Frontera y de los Reyes que dominaron desde su primera fundación». Dice que es «Larga, pesada, difusa, sobrecargada de sucesos generales que huelgan siempre en una historia local, [pero] la obra de Rallón, con todos sus defectos, tiene autoridad relativa y está nutrida de interesantes noticias locales que han servido por muchos años de común repertorio a los curiosos. Los dos primeros Tratados de su manuscrito en que se discute la sana crítica, el nombre y la antigüedad de su pueblo nativo, señaladamente en lo que se hace referencia a su identidad con la Asta Regia de los romanos, conviene una victoriosa reputación de las opiniones del Padre Martín de Roa, y ponen de antemano en evidencia los gratuitos yerros que cometieron sus sucesores; siendo además notables estos Tratados, así como los pasajes a que hacen referencia, por la explicación, nueva hasta entonces, del texto del moro Rasis relativo a la situación de Asido o Asidonia» (89).

La obra de Rallón recoge minuciosamente la trayectoria histórica de la ciudad y su amplio entorno geográfico, pero que se puede agrupar en cuatro cuestiones fundamentales.

I. En primer lugar, nos sitúa el marco geográfico dentro de la Península Ibérica, y sus coordenadas geográficas:

«Tiene su situación la M.N. y I.C. de Xerez de la Frontera..., en aquella parte de España a quien la venerable antigüedad dio nombre de Turdetana: o por su noble ciudad de Turdeto o por los pueblos Turdetanos, que vivieron en ella... está nuestra Ciudad situada, en treinta y seis grados de latitud septentrional, con poca diferencia, y en quince poco más o menos de longitud en el meridiano de Sevilla con alguna, aunque poca declinación a el Occidente, entre el Trópico Capricornio y el Círculo Artico, al fin del cuarto clima en el cual por ser la parte más meridional de España tienen los días una hora de diferencia respecto a los más septentrional de ella...» (90).

La ciudad tiene su origen muy controvertido, identificándola con diversas poblaciones. Rallón planteó la polémica, y partiendo de ella eleva sus propias conclusiones.

«Unos ponen en ella el antiguo obispado Assidonense, y la llaman Assidonia: hay otros que quisieren que sea Sisapon, con otros Monda; opiniones que cita y refuta victoriosamente el P. Martín de la Roa... ilustrando nuestra ciudad con la historia de sus gloriosos mártires y patronos Honorio, Eutiquio y Esteban... probando que Assidonia y su obispado estuvieron en la sierra de Ronda; y poniendo a Sisapon en Sierra Morena, como lo pone el Padre Roa y lo prueba evidentemente con Strabón. Sin repetir pues, lo que ya está dicho ni añadir más de lo que a mí se me hace dificultad; que es la autoridad del moro Rasis quien da por nombre apelativo a nuestra Ciudad el de Saduña, que parece que coincide con el Sidonia, o Assido, o Assidonia» (91).

Sin embargo, E. Rallón no coincide con tales opiniones:

«Más la autoridad de Plinio está muy en contrario, porque en su libro tercero, capítulo primero dice, que entre los esteros del Betis está Nebrija, que se llama Veneria y Colobona, Colonia Asta que se llama Regia, y en lo mediterráneo Assidonia. Constante cosa es que con aquella palabra mediterráneo hace distinción de los lugares que tienen su situación en la costa, como Nebrissa que hoy llamamos Lebrija Colobona, que según la común opinión es Tribujena hasta el despoblado que hoy llamamos la Mesa de Asta, con las que están más dentro de la tierra y apartadas del mar, que por estar en medio de ellas o más distantes del mar los llaman mediterráneos...

Si como dice el moro Rasis fue nuestra Ciudad trasladada de Assidona, o como él la nombra Saduña, se sigue un inconveniente muy grande y es que siendo el sitio de Xerez más cercano a la costa que ninguno de los que hemos dicho y Assidonia, según Plinio mediterráneo, no es posible que la mudanza se hiciese a un lugar tan distante; para que se verifique que es mediterráneo, es necesario que esté aprobado en la corte...

Rassis dice que sobre Saduña está Montebur, y que de él nace el río Lec, que es Guadalete. Y Plinio que Assidona es mediterráneo; parece que ambas autoridades se componen situando a Assidona junto a el nacimiento de Guadalete, que es mediterráneo. Constante cosa es que Guadalete nace al pie de la que hoy llamamos sierra de Ronda...» (92).

Explica la confusión entre los términos Assidonense y Assidona acudiendo al testimonio de:

«Don Antonio Barrientos, tesorero de la Iglesia catedral de Cádiz, que hoy está averiguando su origen, es del sentir, que aquella sede es la misma que antiguamente se llamó Assidonense, y que ella se conservó con obispos y ovejas en el tiempo de la cautividad arábica, sin que sus rigores la extinguiesen... Fúndalo en que cuando los moros entraron en España, estaba ésta silla de Medina, que por ello se llamó Sidonia, y que porque a la entrada de los moros, entraron en España demolieron aquella ciudad, juzga que su silla se mudó a la nuestra que no fue destruida, y que en ella la halla el rey Don Alonso el Sabio cuando lo ganó a los moros; prueba (por privilegios y bulas) que para conservar la ciudad de Cádiz (que se ganó al mismo tiempo), pasó allí la silla Assidonense, donde hasta hoy se ha conservado...» (93).

II. La segunda cuestión a tratar se centra en el origen; afirma que la ciudad de Jerez tiene como antepasado lejano la ciudad de Asta, que sitúa entre la actual y Trebujena. Este Xerez el viejo fue trasladado a su actual emplazamiento, dos leguas más al este. Posiblemente la pérdida de importancia del valor comercial de su situación lo motivó, ya que puede ser cierta la teoría de Antonio de Nebrija, que basado en testimonios de geógrafos e historiadores como Estéfano de Bizancio, afirma que el río Betis tenía dos bocas, de las cuales la meridional iría por Lebrija y Asta, más tarde se cegó, quedando sólo la actual, junto al puerto de Sanlúcar, puerto llamado por los antiguos Lucero, y frente al cual en el centro de la desembocadura se levantaría la isla que algunos identifican con Tartessos o Turdeto, y que Juan Carlos Alonso, dentro ya del campo del mito, relaciona con el último eslabón del continente perdido de la Atlántida que habría sido tragado por el mar.

«Fundado pues, en la tradición de los naturales y vecinos de Xerez, digo que ella fue trasladada de la ciudad Asta, población célebre de esta provincia en la antigüedad, no sólo en lo formal de sus habitantes y vecinos, sino en lo material de sus piedras, ídolos, mármoles y columnas, mudándose de aquel sitio o el que hoy posee en el nuestro...

Estuvo situada nuestra ciudad de Asta, Xerez el viejo, en el despoblado que hoy vemos distante de él dos leguas, entre él y la villa de Trebujena... se llamó entonces la ciudad de Asta, por haber quedado su sitio levantado en el terreno vecino con una planicie dilatada en su cumbre que fue el sitio de la ciudad: está distante de el Puerto Menesteo diez y seis millas que hacen cuatro leguas, en todas las cuales se descubre el arrecife o calzada que hicieron los romanos, por donde el emperador Antonino Pío ordena su itinerario y la sitúa en la misma distancia de diez y seis millas de él...» (94).

El nombre de Asta perdura hasta nuestros días, no ya como ciudad, sino como páramo despoblado, Mesas de Asta, lo cual es símbolo para Rallón de su importancia histórica: «...no hallándole fundador, calidad que la realza pues la mayor de la nobleza es su ser inmemorial, sin hallarle principio» (95). Pero sí afirma claramente el origen griego de tal nombre que significa «ciudad», y tomando esto como base no duda en reivindicar la fundación griega de la misma. Siendo su único apoyo previsiblemente histórico la también fundación griega de la vecina ciudad de Lebrija; pues según Fray Juan de la Puente en la «Conveniencia de la Monarquía», dicha fundación se debió a un tal Dionisio Baco, con el nombre de Nebrisa, tomado desde sus fundadores por usar pieles de nebrises o gamos pequeños en las ceremonias religiosas. Dionisio Baco hijo de Júpiter y Selene nieto de Cadmo, caballero fenicio, habría llegado a Andalucía el año 1339 a. J.C., siendo fundada la ciudad de Asta en 1335; punto no demostrable históricamente, respondiendo al deseo de encontrar su raíz mitológica.

La ciudad se situaría dentro de la región de Turdetania, cuyo centro sería Turdeto, situada a cuatro leguas de Asta. A pesar de la importancia de la primera, ello no fue en detrimento de la segunda, pues para Rallón, siguiendo la opinión de Estrabón, fue ciudad metropolitana, corte y chancillería. Es posible que, como ya dijimos, sea cierta la opinión de Juan Carlos Alonso sobre la

condición regia de Asta, de ahí su nombre; donde se reunirían en consejo los reyes locales que reconocían como autoridad superior al rey tartésico.

«Plinio lo confirma, llamándole, como hemos dicho, ciudad regia; diciendo que entre los esteros y marismas de el Betis está Asta Regia... [no siendo Argantonio]... el primero que en ella asentó su corte...» (96).

A partir de este momento Esteban Rallón establece una auténtica dinastía de reyes andaluces, Pan, Erictreo, Gargoris que murió en 1105 a. J.C. y Habis que gobernó entre 1105 y 1071, rey civilizador, tras el que hay un período de desunión entre los pueblos, que fue aprovechado por los fenicios para introducirse creando colonias comerciales, como la de Cádiz.

«La entrada de Dionisio fue el año 1339 antes de el nacimiento de Cristo, y fue el primero de su reinado, en el cual sucedió a Testa su padre. Seis años después que entró Dionisio en España fue el año 1345 en el cual poco más o menos, tuvo principio nuestra ciudad de Asta; cuya historia tomará desde aquí método, y procederá por los Príncipes y Señores que han dominado y poseído, para que gobernada por la cuenta de los años, se sepa más distintivamente el tiempo de los sucesos de ella, y de Xerez su sucesora» (97).

«Ya dejamos dicho cómo nuestro fundador Dionisio salió de España, dejando a Pan en la posesión de el nuevo Reino que fundó en nuestra Andalucía. Romo... reinaba en España,... murió el año antes de Cristo y habiéndole sucedido su hijo Palante, hubo en España aquellas notables guerras que los historiadores escriben... y nuestros andaluces Turdetanos vivían en paz... muerto Palante sin sucesión, parece que los españoles, ya juntos, eligieron por rey a un deudo suyo llamado Erictreo, natural de la Isla de Cádiz...» (98).

Erictreo no es un nombre claramente definido, parece ser que el mar y los habitantes de Cádiz gozaban de tal calificativo en recuerdo de sus antepasados, aquellos que llegaron con Hércules. Pero sigamos con la narración en palabras del propio Rallón:

«Entró en el principado de nuestra España el rey Erictreo el año 1243 antes del nacimiento, y en él tuvo principio la ciudad de Cartago, que después edificó la Reina Dido, porque a los treinta y uno de Erictreo vinieron de Fenicia dos varones principales llamados el uno Caro y el otro Chasquedon que le dieron principio» (99).

Continúa adentrándose en el mito de Gargoris basando lo expuesto por Plinio en el capítulo 1.º de su Libro 3.º referente a los Cunetes.

«...entre la boca del Guadalquivir y Guadalete, que ocupaban la costa que hay entre dos ríos, en que hoy están los lugares de Rota y Chipiona, que también eran aledaños de nuestra ciudad de Asta. De la parte de los Cunetes juzgo por natural Gargoris, a quien llamaron Melícola, y sucedió a el Rey Erictreo, y él juzgó que fue el que dio nombre de Regia a nuestra ciudad de Asta, gobernando desde ella, como patria suya, todo su reino... en 1169 le sucedió nuestro Gargoris, descendiente de una de las más nobles familias, que Dionisio dejó en la Turdetana... murió el año de 1105 antes de Cristo y le sucedió Avides, de quien no digo el nacimiento y crianza, porque lo tengo por fabuloso; este rey redujo su reinado a policía, fundó tribunales, señaló juzgados y chancillerías, y puso en Asta la suprema de toda Turdetana. Reinó treinta y nueve años, y falleció en el de 1171 antes de Cristo.

...reducido el modo de vida de nuestros andaluces a la política de la República bien gobernada, comenzaron los hombres a perder aquella sencillez natural con que habían vivido en los campos, y a experimentar los inconvenientes, que ocasiona la diversidad de sentires... muerto Avides que los había unido con autoridad, se dividieron y desunieron juntándose aquellos que eran semejantes en las costumbres y naturales...» (100).

«El exceso de este desorden descubrió la maldad... aunque poco a poco llegó a reconocer de dónde venía el daño, y a romper la guerra. Juntáronse en la ciudad de Asta, y habiendo llamado a Corte a los Túrdulos, reconociendo que todos ¡los males! procedían de la falta de rey y cabeza,... eligieron a Argantonio... el cual comenzó a reinar en nuestra Turdetania año 622 antes del nacimiento» (101).

III. En este punto se inicia la tercera cuestión abordada por el P. Rallón, la evolución histórica de la ciudad y su territorio. Comienza la colonización que fue llevada a cabo no por la fuerza sino pacíficamente, introduciendo costumbres y cultos, por ello aprovechando el respeto que gozaba la figura de Hércules, fomentaron su veneración y construyeron un tiempo que primero situaron en Tarifa, pero...

«Parecióles a los fenicios que el sitio del templo era más a propósito para una fortaleza en que fundar su monarquía, que para casa de su Dios; y para conseguirlo trataron de hacerlo otra en Cádiz, donde dieron principio a una suntuosa fábrica donde está hoy el castillo se llama de Santi Petri para trasladar allí sus reliquias y culto... Se comenzó el año 815 antes del nacimiento de Jesucristo... La colonia duró más de cincuenta años...» (102).

Verdaderamente fue una buena táctica, pues

«...reconocieron que nuestros andaluces eran afables, llevados por bien, cuanto terribles para sujetarlos; persuadiéronse que por este camino, y no el de la violencia habían de negociar» (103).

Pero Argantonio facilitará el comercio a los griegos y como contrapartida los fenicios recurren a la alianza con los cartagineses, logrando que tras la muerte de este monarca la influencia comercial griega fuese sustituida por la cartaginesa. Y pronto ello se convertiría en una auténtica penetración armada que provocará la reacción de los turdelanos, aunque finalmente habrán de ceder. Asta protagoniza un papel relevante:

«La instancia de la necesidad obligó a nuestros Turdetanos a comunicar su remedio con los vecinos y aliados de toda la provincia: convocáronlos a nuestra ciudad de Asta, dedicada para semejantes juntas, y en ella se hizo una universal, en que se confirió el peligro que amenazaban tan extraños aprestos del enemigo; y se determinó que la defensa fuese del talle del peligro, para lo cual (porque no lo tenían) eligieron por su capitán general a Bancio Cappeto, natural de la ciudad de Turdeto...» (104).

Sigue el autor describiendo la actuación del general:

«Habiendo ya nuestro Cappeto descubierto la cara del enemi-

go, teniendo rota tan gloriosamente la guerra salió a campaña con su gente, y comenzó a campear desafiándolo: comenzó a marchar por unos hermosos llanos a quien hoy llaman Caulina, y llegando a dar vista a el sitio en que al presente está nuestra ciudad, supo de sus adalides que cierta gente del enemigo discurría por las cercanías del Guadalete, que entonces corría y bañaba de la barranca que hoy llamamos San Telmo; marchó a toda diligencia hacia aquella parte, y los alcanzó cerca de las márgenes de el mismo río, donde dio en ellos con tanto ímpetu que les hizo volver...» (105).

Siguiendo la evolución de los siglos, desde el IV a. J.C. la beligerancia en nuestras tierras tendrán como protagonistas a cartagineses y romanos, tomando los primeros gran números de material humano de la Turdetania. En las llamadas Guerras Púnicas las ciudades de Asta y Turdeto, aliadas de los cartagineses fueron destruidas, según Esteban Rallón por los Túrdulos, pueblo vecino y aliado de Roma, mientras Adrúbal asediaba Sagunto.

«Los Túrdulos... juntáronse y dieron de repente sobre nuestra ciudad de Asta...; tenían los cartagineses en ella sus almagarones y atarazanas de sus armas y provisiones; cogieronla en ella todo género de crueldad» (106).

Ello significó un gran revés para Asdrúbal y el desplazamiento de la guerra hacia el Sur.

«El año de 209 se rehicieron los cartagineses lo mejor que pudieron, y Cneo, que había invernado en nuestra ciudad de Asta, alojando su ejército en los lugares circunvecinos, salió de ella, y comenzó a marchar en busca del enemigo» (107).

La lucha continuó pero en otros escenarios, Asta quedó por un corto período al margen, los ejércitos romanos la abandonaron, lo cual fue aprovechado por Asdrúbal para mantenerse en ella durante dos años, en su retirada, hasta el 203 a. J.C. Como sabemos, esta retirada continuó ante el asedio romano, teniendo como fin la destrucción de su metrópoli, Cartago, y el término de la tercera Guerra Púnica.

La ocupación romana se logró a medida que fueron sometiéndose los pueblos peninsulares. Asta fue tomada como punto de partida de expediciones militares de conquista, siendo de gran relevancia la lucha contra Viriato,

jefe de los lusitanos; así, por ejemplo, el año 143 a. J.C. llegó a Asta el pretor Claudio Plaucio encargado de someterlos, le sucedieron en la misma empresa Claudio Decimano, Cayo Nigridio, Cayo Celio, entre otros. Roma, en premio a la fidelidad de nuestra ciudad, le concedió el privilegio de «colonia romana», siendo junto con Carteia las únicas dos ciudades que lo ostentaron en el conventus gaditanus. Así comenzó la romanización de la Bética.

Las guerras civiles romanas también afectaron a nuestra península, en las disputas entre Mario y Sila, tomó partido por el primero, y en la lucha entre César y Pompeyo lo hizo por el segundo. Concretamente la ciudad de Asta se unió a los partidarios de Pompeyo y sus hijos, Sexto y Cneo. Dice Esteban Rallón:

«Cneo peleó de poder a poder con César junto a Munda, y habiendo sido vencido, salió mal herido de la batalla, de que murió; y por esta razón cuando Antonio Nebrija llama a nuestra ciudad Xerez Munda Casariana, dice que fue donde César venció a los hijos de Pompeyo, porque seguía la opinión de los que sintieron que nuestra ciudad fuera Munda, y por esa misma razón la llamó Caesaris Castra el que le dio este nombre» (108).

Pero, como ya veremos, Jerez no es identificable con Munda. A pesar del apoyo de Asta a Pompeyo cambió su destino con la actuación de varios nobles locales que viendo el peligro, prefirieron ganarse la simpatía de César.

«...cuando tres personajes de los más principales y nobles de la ciudad, llamados Aulio Bebio, Claudio Fabio y Aulo Trebelio, a quien la historia llama caballeros Romanos Astenses, por gozar como gozaba Asta de la dignidad de colonia tomando el consejo más maduro... armados con arneses de plata, de que también guarnecieron sus caballos salieron a el campo y se fueron a los reales de César, y se ofrecieron a su servicio, diciendo que no querían concurrir con sus pocos entendidos ciudadanos, que desesperados se querían entregar en manos de la muerte por medio de la sentencia que contra él intentaban: fue su llegada muy agradable para el César y no menos provechosa para sus intentos...» (109).

La ciudad se había preparado para la represión de César, pero estos tres ciudadanos la salvaron del posible asedio, logrando el favor de aquel para la ciudad.

Con la llegada del cuestor Plinio en el año 72, durante el mandato del emperador Vespasiano, la ciudad de Asta, aparece designada en sus textos históricos como Asta Regia. Esteve Guerrero se encargó de la árdua tarea de excavar en las ruinas de esta colonia cuyo núcleo central ocupa más de 42 hectáreas del olivar del Cortijo de «El Rosario». Descubrió gran cantidad de material arqueológico, muy variado y mezclado; restos romanos de importancia como un horno o un aljibe o bien, objetos de vidrio y cristal, aparecen junto a fragmentos de cerámica de la Edad del Bronce, así como algún que otro fragmento de cerámica bizantina y partes de muros árabes; e incluso el arqueólogo encontró huesos humanos. Todo ello no es más que el reflejo material de la idea que al principio exponíamos sobre el carácter privilegiado de esta zona, que podemos hacer extensible a toda Andalucía, donde pueblos, razas, culturas, se han mezclado enriqueciendo nuestro amplio bagaje cultural. Así pues, la Bética se convirtió en la provincia más romanizada, que brilló por su riqueza material y espiritual, de donde Roma no sólo extrajo productos de la tierra, como vino o aceite, sino también hombres llamados a ser emperadores, filósofos o escritores, prueba del alto nivel cultural logrado.

Esteban Rallón se hace eco de la noticia que nos habla de que en el siglo IV d. J.C., Constantino marca los límites de los obispados de su Imperio, incluyendo en ello al obispado de Asta, al que hace dependiente de la Sede Metropolitana de la actual Sevilla. Este es el último dato de relieve a que alude durante la dominación romana, que terminó con la llegada de los bárbaros en el siglo V, tras la desintegración del Imperio.

«El Emperador, como católico príncipe, los compuso, señalándoles marcas para que la Iglesia gozase pacífica su monarquía, sin confusión ni disturbios, que inquietaban y perturbaban la paz de los fieles; a nuestra ciudad de Asta señaló los términos del suyo, y hoy no se conocerán los sitios por aquellos nombres; tanto puede el tiempo. Hizo a nuestra Iglesia sufragánea de la de Sevilla, Metropolitana de España, de que han llegado a nuestros tiempos tan cortas noticias, que no pueden dar más que estas» (110).

A todos estos pueblos invasores, los Vándalos son los primeros en llegar a la Bética, encontrando como primera ciudad la de Asta, que tomaron y según la tesis de E. Rallón trasladaron al actual emplazamiento de Jerez, con el nombre de Auxis o Augis, hacia el año 419 o 420.

«Han de venir estas naciones o hacer asiento en España, y los vándalos en nuestra Andalucía, a quien dieron nombre, y fundaron nuestra ciudad de Jerez con las reliquias de los habitantes, de Asta, a quien destruyeron en su entrada...» (111).

«...fueron los que hicieron la traslación de nuestra ciudad porque es constante que ellos no pudieron tomar a Sevilla en dos años, como hemos dicho, y en estos es cierto, que estuvieron en la tierra y que para no desamparar su armada, necesitaban, después de tomada Asta, de sitio fuerte, en que dejasen formadas sus casas; todo lo cual se remedió con la nueva población en sitio que miraba a socorrer todas estas necesidades» (112).

Y describe el nuevo lugar de emplazamiento de esta forma:

«La planicie que desde la eminencia de esta barranca se extiende la tierra adentro, era un terreno seco, llano, saludable en parte, a menos sitio y acomodado para una ciudad a la lengua del agua, para el comercio y la comunicación de su armada...» (113).

IV. Finalmente Rallón aborda el tema del origen de la nomenclatura planteándose las posibles modificaciones.

Si en el capítulo I afirma tanjantemente:

«Es el nombre que hoy tiene nuestra ciudad arábigo, corrompido de Xarez, de aquella lengua, puesto por los moros en la pérdida general de España, y nosotros mudando la a en e la llamamos Xerez de la Frontera» (114).

Más tarde irá matizando esa evolución.

«Estudio particular he hecho para investigar si nuestra ciudad de Xerez fue conocida en la antigüedad con este mismo nombre, y no he podido descubrir que se le dé ninguno, hasta que en la pérdida general de España en la conquista que de ella hicieron los moros, todos uniformemente dicen que la última batalla de el Rey D. Rodrigo fue en los campos de Xerez, pero sin duda antes no había tenido este nombre, y los moros se lo pusieron cuando la conquistaron, y los escritores que después escribieron aquel la-

mentable suceso le dieron el nombre con que lo hallaron, olvidados del que tenía cuando los cristianos la perdieron que fue Auxis, como lo dice el obispo don Lucas de Tuy...» (115).

Destacan otros posibles nombres...

«...imaginando que es derivado del nombre del Emperador Julio César, y dejándose llevar del sonido de la voz, se alargó algunos a llamarle 'Cesaris Castra', 'los reales del César' sin más razón, si ya no juzgaron que era la misma que mostró Plinio 'Assido' a quien da por nombre Cesariana; ello no se halla principio de este nombre, y a mí con más razón me causa confusión, porque he hecho concepto que nuestra ciudad no se había trasladado de Asta en tiempo de Julio César, como queda insinuado y lo probaré en su lugar propio; y en esta dificultad no hallo más salida que el haber sido latinos los que se lo dan, y haber querido latinizar el nombre árabe de Xerez y de él formar uno latino que es de Cesariana, y como la X se muda fácilmente en C...» (116).

También recoge versiones de autores diversos:

«Los índices de Aragón, en la batalla que perdió el Rey Don Rodrigo dicen su sitio con estas palabras, inter Seretium et Assidonam, entre Xerez y Medina; y no escribe a Xerez con C, ni con X, sino S, aplicándole a la segunda declinación y finalizándolo en 'un' Don Rodrigo Sánchez... la llama Geretium... Lucio Marineo Siculo lo pone en la tercera declinación, y dice Xerez Xerezis, escribiéndolo con X, de modo que el nombre Cesariana no es fijo ni usado de todos: el que lo latinizó por la segunda, y le llamó Cesariana, debía de ser de sentir que la X no servía sino en los finales, y así escribió con C el nombre que latinizaba y si siguiendo su traducción en el Romance, lo hubiésemos de escribir con esa letra, en Romance la llamaríamos Gerez, y pudiéramos decir que era derivado de la Diosa Ceres» (117).

Y de todo ello deduce que:

«De esta diversidad se infiere que este nombre no fue ocasionado de el César, ni de acción ninguna particular que obrase en es-

te sitio... es sin duda que todos estos nombres lo han tenido del Xerez árabe...»

...Los escribientes las alteran según la propiedad o corruptela de su lengua, mudan fácilmente la V en la B, la X en la J y G, la C en S; y de una lengua y otra resulta un tercero, que no es lo uno ni lo otro, de quien nació la diversidad de latinizar el nombre de nuestra ciudad; y como el que en la lengua latina le hizo de la primera declinación, escribiéndola con C y llamándola Cesariana, compuso un nombre que coincidía con el de Julio César, sin tener intención de significar con él cosa que pudiese pertenecer a este Emperador; no es mucho se engañará el que la llamó Cesaris Castra. Los Reales de César, tocando con el nombre de la ciudad la historia que juzgó se le debía en particular, cuando Lucio Marineo Siculo dijo que Xerez era Munda...

Volviendo, pues, a nuestro propósito, digo: que el nombre de Cesariana es lo mismo que Xexariana, y toda la dificultad se compone con que el que quisiere usar de ese vocablo eligiéndolo entre tantos que significan lo mismo, lo escriba con X, y se acabará la controversia» (118).

### 13. Bartolomé D. Gutiérrez: Jerez heredera de Asidonia

«Modesto artesano... geógrafo y astrónomo de quien dice algún crítico de aquellos días que no sólo entendía de tierras, sino de cielos» (119). De esta manera nos lo define Bertemati.

Según Parada y Barreto: «...se dedicó desde su juventud al cultivo de las letras, sin haber tenido para ello más estímulo que el de su natural ingenio y discreción..., amante de su patria se ocupó principalmente en las investigaciones de su Historia... y en casi todas sus obras mezcló la prosa con el verso. Su vida pasó entre libros... no habiendo intentado nunca el abandonar su oficio de sastre» (120).

Vivió y murió en el siglo XVIII. De su obra nos interesa resaltar su «Historia de Jerez» y su reflexión sobre la teoría del P. Enrique Flórez.

En esta última, «Reflexión sobre la opinión del M. R. P. Mro. Fr. Enrique Flórez, por negar la identidad de Asta; concediéndose sea el sitio de Xerez, la verdadera Asidonia, Silla Episcopal de los señores obispos asidonen-

ses», se muestra partidario pues de la identificación de Asta y Jerez y atestigua la confusión a que el deseo acaparador de honores lleva a los historiadores locales.

«Supongo... que todas las grandezas, autoridades, señores y memorias de Turdeto (si la hubo), Ceret (si fue diferente), Asta (si tuvo otro sitio), Asido (si acierta la opinión de Plinio) es dueño nuestro Xeret, y está en posesión de todos los lugares donde les apropian la legitimidad de sus situaciones. Y en este supuesto, parece que me debiera contentar, o aquietar, con lo que V.P. nos asevera, separándonos de la legitimidad, e identidad de Asta, de lo que aunque ay muchos tinturados en ello, no son muy pocos los que se han deszonado, al ver, que en el tiempo en que esperaban la decisión de esta dificultad, mal introducida por uno, y bien arraigada por muchísimos, nos hemos quedado peor que estábamos; porque con el merecido crédito que V. R. se ha grabado en la orbe literaria, será emprender un imposible el que quisiera introducir la contraria opinión» (121).

Pero es en su obra «Historia del Estado presente y antiguo de la muy noble y muy legal ciudad de Xerez de la Frontera», publicada en 1886-1887 y acabada a mediados del siglo XVIII, en la que expone su visión del problema histórico que plantea el origen de nuestra ciudad y relata su evolución histórica. Se inicia con una amplia descripción de la situación geográfica de la ciudad, de su término y límites, así como de sus cultivos, ríos que la riegan y monumentos históricos que conserva el casco urbano.

«Xerez de la Frontera, ciudad ínclita, situada en la Andalucía, distante dos millas (debe decir dos leguas) del célebre surgidero de las naves y ancho Puerto de Santa María; porque esta ciudad se ofrece la primera de todas, edificadas con muros, fosos y torres, en esta región de España. De la Frontera se dice, como que en esta costa u orilla tiene principio, y sea también el término de España, patente por la magnitud de su suelo, y dilatadísimo ámbito de sus muros...» (122).

Pero el estudio histórico y su relato comienza propiamente en el capítulo IX, cuando el autor se plantea esta cuestión: «resta averiguar, ¿qué ciudad ha-

ya sido esta en lo antiguo?», admitiendo la diversidad de opiniones basadas en los testimonios de historiadores y geógrafos antiguos. Enumera los pueblos que la rodean y añade:

«Con todas estas poblaciones parte y confina el término de Xerez, porque como principal ciudad del territorio andaluz, ha sido y es la poseedora de todo lo más de su terreno. Siendo proverbio o refrán en los lugares convecinos, decir: Xerez no tuvo más que tomar ni menos que dexar y otros añaden: que ni dio nada bueno, ni se quedó con nada malo. Cuyo sentir confirma la bondad y extensión de su copioso término» (123).

Término extenso, cuya delimitación trata de descubrir. Comienza por el pago de Sidueña, situado en torno al castillo de Doña Blanca, hoy incluido dentro del complejo arqueológico de la Sierra de San Cristóbal, que en la actualidad está siendo estudiado con resultados muy positivos. Sin embargo, ya a mediados del siglo XIX decía B. Gutiérrez:

«Está situado entre el Puerto de Santa María y Xerez; más pertenece oy al término del Puerto dho.; llámase aquel pago de Sidueña, en cuya cercanía, más a la falda del castillo, estuvo la antiquísima y famosa ciudad de Asido, de cuyo nombre se derivó el de Sidueña; como lo trae la Historia de Rasis, tratanto de Xerez por todas palabras: “e en el término de Xerez Sadueña a muchos rastros antiguos e señaladamente en la ciudad de Saduña donde fue primeramente poblada e por esso llevó el nombre de Saduña, que fue mui antigua ciudad e mui grande e maravillosa”. Esta situación que asigna la Historia de este Moro, aunque no se tenga por suya ni se le atribuya la antigüedad que ella determina; no se le puede negar lo que el punto geográfico toca; pues el pasaje, el nombre del sitio y la certificación en la permanencia de los antiguos Rastros de Ciudad juntamente con la proporción de convenirse a la autoridad de Plinio, quedando dentro de la jurisdicción del convento Hispalense, es argumento eficaz que nos lo persuade» (124).

Se opone a la afirmación de Sebastián de Covarrubias Orosco que en su «Thesoro de la Lengua Castellana» afirma que:

«'Xerez de la Frontera se dijo Asidona, que puede ser Sidueña, porque el Moro Rasis la llama assi a causa de un templo que avía en aquella ciudad, dicho de Nuestra Señora de Sidueña'. [Pero] esta noticia no va bien coordinada, pues la ciudad antigua, de quien le provino el nombre de Sidueña, pereció antes de la irrupción africana o a lo menos estaba muy arruinada ya, y no hay memoria de su xpstianidad ni de sus iglesias. [Edificada posteriormente]. Pertencen estas ruinas y ermitas... hoy a el término del Puerto de Santa María y sus obras son del tiempo de su jurisdicción, mas los castillos... pertenecieron a Xerez... por lo tanto como heredera de Asido poseyó todo su territorio antes de la morisma» (125).

Eje fundamental del término desde el punto de vista económico e histórico fue el río Guadalete.

«Río principal que (y es el celebrado de la Antigüedad, con el nombre de Chryso o Chrisauro) es el que retiene oy el nombre de Guadalete; nace éste como más alto manantial, en un arroyo que corre por entre Ronda y Grazalema... A poco más o menos de una legua de Arcos, se le introduce el Majaceite... después del famoso puente y... el Monasterio de Cartuxa... corriendo el territorio xerezano.... por las Playas de San Telmo y camino del Puerto...» (126).

Este río marcó la historia de la ciudad, pues su mayor proximidad significaba la existencia de un paraje geográfico distinto, que la abocaba más a la relación con pueblos colonizadores, como es el caso de los fenicios, cuyos restos materiales están siendo hallados al igual que otros cronológicamente enmarcados en la Edad del Bronce en la Sierra de San Cristóbal, lugar muy cercano al actual enclave de nuestra ciudad; todo ello demuestra la antigüedad del asentamiento humano, independientemente de la cronología exacta de la posible fundación de la ciudad, que a nuestro parecer quedaría como cuestión de secundaria importancia.

Y sigue puntualizando en este aspecto:

«De más envejecida memoria consideramos el arroyo que oy tiene el nombre de Guadaxavaque, conservando en el idioma ará-

bigo la denominación de 'río' que, aunque éste corre aora por lomas bajo las Playas y cercano a las marismas de Torroy, en aquellos siglos venía circundando la vezindad de los muros y rodeaba el circuito por la ensenada que ay sobre la hoyanca de San Telmo, sobre el cerro del fruto, de que son buenos testimonios en lo presente los infinitos rastros de conchas marinas... De estos brazos de ríos que llegaban a lamer las vezindades de las poblaciones en estas costas, habla Strabón quando dize se navegaban por ellos a las ciudades mediterráneas y expresamente hablando de Asta... claramente vemos por las razones de dicho geógrapho, aver llegado a esta ciudad el brazo del río ya dicho, que con comunicación al mar corrió cerca de sus muros, con cuya noticia y acaso con alguna más vertiente que conservaría en tiempo de los moros, la apropiaron el título de Guadaxavaque que parece corrupto de Guadaxabeca, que quiere decir en arábigo río de la red; porque se haran por las varias pesqueras con ellas; para utilidad y mantenimiento de los patricios; y es preciso conceder sea este río que llegó hasta Xerez en aquellos siglos...» (127).

Una vez localizada la ciudad se adentra en el estudio de su origen:

«...hallamos a nuestra ciudad ser depositaria de reliquias turdetanas, o Bastulo Fhenisias, correspondientes a las edades anteriores al Hércules primitivo, (y a Gerión)... resta averiguar, ¿qué ciudad haya sido ésta en lo antiguo? Porque hay varias opiniones sobre ello todas reducidas de notables fundamentos, en los escritores antiquísimos, y geógrafos» (128).

Opiniones que recoge y analiza separadamente, comparándolas luego para sacar las correspondientes deducciones.

«Por la autoridad de Stephano Bizantino hay varios escritores, la cual en el libro de Urbibus et populis ... dice: Xera urbs circa Herculeas columnas...; es reconocida Xerez por la antiquísima Xera de Teopompo (129), que escribió desde el año 3.700 de la creación del Mundo, hasta el 3.900 y fue discípulo de Isócrates» (130).

Estephano, en el siglo VI d. J.C., identifica Xera con Jerez, siendo esta la

base para admitir la gran variedad de modos que existen para escribir la voz Xera: «Gera, Xeera, Xerecia, Xiras, Xericia, Xereus, Xerea, Chereb, Ceret, Cert, Carah, Chereya, Thseres» (131).

Ahora bien, la falta de este nombre, Xera, en los historiadores que vivieron en el periodo cronológico intermedio anteriormente citado, hace pensar en la desaparición de esa primitiva ciudad. Pero al comprobar que existía en tiempos de Estephano, Gutiérrez llega a la conclusión de que sólo hubo cambio de nombre, perdurando la urbe. Dicho nombre hacía referencia al carácter seco de la tierra, no por su pobreza o aridez, sino porque al encontrarse en zona de marismas los barcos encallaban al bajar la marea; esta es la opinión de Theopompo, que la situaba cerca de las Columnas de Hércules, lo cual ha inducido a otros cronistas a confundirla con la Torre de Cera, descampado del que según Rallón queda totalmente descartado la posibilidad de dicha coincidencia, respaldando su afirmación sobre la falta de otra población en esta zona en época de Theopompo.

Cronológicamente las siguientes noticias que encontramos son las de Estrabón y Plinio, entre otros, que nos hablan de las ya mencionadas en epígrafes anteriores, Asta y Asido. Bartolomé D. Gutiérrez distingue claramente la diversa identidad de ambas, y trata de buscar apoyos históricos a su teoría sobre la identificación de Asidonia y Jerez, afirmando su convicción sobre «...las erradas historias que desde el siglo 1.500 se han publicado, que ésta y no Medina Sidonia (como decían ellos) fue la Asidonia verdadera» (132). Niega, pues, las afirmaciones de Florián de Ocampo, creador y defensor de la tesis que vincula a ambas ciudades.

Como ya dijimos antes, se plantea la problemática del pago de Sidueña y la localización en él de Asido, siguiendo los estudios de Rasis. Identifica pues Asido y Sidueña, pero ¿cuál es la relación entre Jerez y Asidonia con Asido? El autor nos contesta así:

«Xerez no fue Asido, sino su heredera y por tanto suena aquella voz al señorío que sobre ella adquirió esta ciudad; quedándole por entonces como el más famoso... y usándolo para ocultar el nombre de Asta que tuvo, pronunciándose Asidoe Domina; que sincopado es Asi Domna, y vulgarizado es Asidona» (133).

De todo lo dicho hasta ahora se deduce:

1.º La gran variedad de nombres que se le han aplicado a Jerez.

2.º La consideración de Asta como antecedente lejano de Jerez.

3.º La no coincidencia de Asido y Jerez, pero su vinculación, al no ser la segunda heredera de la primera.

4.º La afirmación que identifica Asidonia con Jerez.

Así pues, Xera, Asta, Asido y Asidonia o Sidueña son los antecedentes históricos reconocidos por este autor, que no admite la coincidencia exacta de lugares, pues los acontecimientos hicieron a unas herederas de las otras, condicionándose a ellos sus diversas ubicaciones. En cuanto a la ciudad de Tartessos no la considera antecesora de Jerez, porque según los textos clásicos, como el de Estrabón, se hallaba en la desembocadura del río Tarteso o Betis; pero se sitúa a esta última dentro del territorio tartésico, que según testimonio de Avieno abarcaría Andalucía Occidental y extendería su influencia hasta los pueblos vecinos del resto de la actual Andalucía.

«Pero siendo regular reconocer lo más verídico, sólo podemos admitir, como averiguables, el antiguo Xeera, el sucesor de Asta, después Asidonia, y al fin Xerez, dejando Turdeto a la prudente consideración, por inaveriguable...» (134).

Volviendo al testimonio de Avieno, el río Guadalete es identificado con el río Chryso o Chrysauro, por ser tierra rica en metales, que tomara su nombre de Gera Chrysaor, padre de Gerión: «...así lo llama Hesiodo, y que fue hijo de Neptuno y de Medusa...». En este punto, donde Bartolomé Gutiérrez apoya su teoría de los primitivos orígenes de nuestra ciudad, no dudando en afirmar lo siguiente:

«...por ello vemos que la ciudad principal a quien pertenecía este río, fue donde habitó el tal Gera Chrysaor, padre de los Geriones; y es el primer rey que después de Tubal admite la crítica para gobernar a España; de donde se pueden conceptuar dos cosas en favor de nuestra ciudad. La primera haberle provenido de este Gera, el antiquísimo nombre de Gera que tuvo Xerez. Y segundo, el título de regia, con la que la condecora Plinio, viniendo el nombre de Xera de Stephano y Theopompo, de esta antigüedad; y de ella misma, la dignidad para cognominarla Regia; como primitiva ciudad que fue corte de Gera y sus hijos los Geriones; y de su competidor Hércules Egipcio, que les ganó la Hispania Corona» (135).

La total autenticidad de tales afirmaciones son difíciles de demostrar y parecen contradecir la primera idea expuesta acerca de la no coincidencia entre Tartessos y Xerez, pues estos atributos reales y las características que en otro lugar se le suponen son más propios de la primera de ellas, aunque sí pudo ser núcleo administrativo, correspondiendo la capitalidad a Tartessos. Fiel al mito clásico en sus tierras pastaran los ganados de Gerión, que serán robados por Hércules hijo de Osiris, que reinó en la Península hacia el año 2.240 a. J.C., pasando luego a Italia, y convirtiéndose en el núcleo originario de las dinastías reales de Europa, según la Crónica de Carlos V, Lib. I, Hispal, Atlante, Hespero le sucederían hasta la llegada de Dionisio Baco, del que ya hablamos al exponer la teoría de Esteban Rallón; luego Gágoris y Habis les seguirán en el trono real tartésico, y finalmente, aparece la figura de Argantonio, cuya existencia tiene más cariz histórico que sus predecesores, hijos más del mito que de la Historia.

«...estos... debieron instruir a los moradores de estos recintos, cuando fueron sus vasallos para que después lograsen el título de sabios e inteligentes y conformarse la interpretación de otra significación que tiene la voz Xera que según el Diccionario Nebriense, quiere decir: el retrete o estudio porque los Turdetanos de quien era cabeza nuestra ciudad ya siendo Asta ende Turdetani convenium, ya siendo Gera, corte de los Geriones; o ya poseedora de las tartesias, turdetanas y chrisauricas grandezas; de cualquier suerte parece que en esta ciudad se fijó el padrón de su gobierno; el aula de sus estudios y la Atenas de los Españoles Andaluces, logrando que en Astronomía, Leyes, Medicina, Poesía y otras naturales ciencias fuesen los famosos» (136).

Todo esto le sirve como base para demostrar que Asta fue Jerez y su lugar de localización no era Mesas de Asta, como otros estudiosos afirman. Teoría muy discutible, pero que él expresa de esta manera:

«Y si por esta primicia de ser corte de los primeros reyes le permitieron los romanos el título de Regia, ¿qué más prueba buscamos de ser Xerez la misma Asta?, porque así es Asta del río Guadalete Chrysauro, que no podía ser en la de Asta Mesa» (137).

En cuanto a la colonización del marco geográfico que ya antes habíamos

hablado en la primera parte del libro, referente a la religiosidad como factor de penetración, dice B. Gutiérrez refiriéndose a Hércules, elevado a la categoría de dios por los fenicios:

«... este famosísimo héroe, cuya memoria no cabe en los volúmenes de los siglos y cuya bazarria se granjeó tanto honor; después de morir, adquirió el falso culto de que lo venerasen por dios; creyendo hallar en él la protección que se figuraron les valió en vida; y todo el amparo que impetraban después de muerto frecuentaban su sepulcro y templo que le consagraron, no sólo los de los inmediatos lugares, más los de reinos extraños y estos extranjeros hallaron a título de Religiosidad, entrada frecuente en estas costas para que a vueltas de traer ofrendas y ofrecer sacrificios al templo de Hércules, se fuesen internando en el país y extrayendo las grandes riquezas que en él había...» (138).

Hasta la llegada de los romanos no hay testimonios importantes que reflejen lo acontecido en esta zona, salvo «las paces entre Griegos, Cartagineses y gente Turdetana, se celebraran sobre orillas de nuestro río, con ceremonias gentilicias de las que dice este autor [se refiere a Ocampo], le provino el título de Lethe, que quiere decir en griego 'aguas de olvido', y que es el que hoy se llama Guadalete» (139).

¿Cuál es el origen del nombre Lethe? Bartolomé Gutiérrez se lo plantea de esta manera:

«Nosotros no podemos dar autoridad antigua, que asegurare este nombre griego a nuestro río, porque el nombre que le llamamos es el Chryso; pero tampoco nos darán los críticos, autoridad expresa en contrario y como el que no haya nombrado este río, Strabón, Pomponio, Libio, Plinio, ni Ptolomeo, no es razón que convence para que no se hubiese llamado Lethe, en el último tiempo de los griegos, cuando se hicieron estas paces; de ahí tenemos alguna razón para admitirla. Fuera de que Silio Itálico, tampoco dijo cosa alguna con claridad de este río: y sólo Festo Avieno le da el nombre de Chryso al describir las antiguas gentes que lo habitaban de una y otra parte en el tiempo de los Libio Phenicios, Masiones, Selvisinos y Tartesios. Y puede ser este autor [Ocampo], que confiesa que lo escrito lo sacó de libros púnicos, sólo refiera el

nombre que al tiempo que escribía le pertenecía y era con el que aquellas gentes lo nombraban; aunque supiese muy bien cuando escribió él tenía el nombre de Lethe o por ser común el saberlo, o por no hacer a su caso referir el moderno nombre lo calló. Ello parece que fue posterior el hecho de las paces al tiempo de esta habitación de tales gentes; y siendo así es muy regular este juicio» (140).

Los primeros testimonios romanos de la ciudad los hallamos en palabras de Tito Libio que habla de la batalla entre éstos y los lusitanos, apoyados por los turdetanos, dada en los campos de Asta a principios del siglo II a. J.C., que acabó con victoria romana, y desde entonces la ciudad quedó sometida al poder romano; aunque manteniendo su importancia, pues era sede administrativa y de gobierno de los nuevos dominadores, como lo atestigua el establecimiento en ella de diunviros, triunviros y cuadriunviros, así como curiones.

«Desde el tiempo de esta referida batalla, parece ser que entró Asta en el dominio romano: ¿desde cuándo obtuvo el goce de colonia? No se sabe cierto; pero esta dignidad, es constante en Strabón, Pomponio y Plinio; que este último la gradúa en el lugar segundo. Algunas historias inéditas que se hallan en varias casas de esta ciudad, quieren gozase el fuero del Ius Italicum, y otros privilegios que no constan, ni hay escritura con que justificarlo: que hubo en esta ciudad establecimiento de Diunviros, Triunviros, Cuadriunviros & Curiones y otros gobiernos precisos como tal colonia» (141).

Además lo atestigua con hallazgos materiales, como en el caso de esta lápida en la que:

«...hallamos la dedicación de una estatua o memoria a Fabio Servio Verno de la Triunviral Potestad, la cual parece la dirigió el curión de esta República, la donó y dedicó, costeándola, con el dinero de esta colonia. Muchas grandezas embebe su contenido, y todas son convenientes a nuestro Xerez, pero entre todas son tres de especial reparo. La primera el gobierno de los varones triunvirales, diunvirales o quadrunvirales que para el gobierno secular mantenían como colonia romana. La segunda el título de curión o dignidad eclesiástica que manifiesta y por cuya mano se hizo la de-

dicación; y la tercera el expreso título de colonia que sólo como legítima Asta le competía» (142).

Su posesión fue disputada, durante las guerras civiles adoptó posturas a favor de Mario, primero, y de Pompeyo, después, como ya dijimos en el epigrafe dedicado a Esteban Rallón. Mas, Bartolomé Gutiérrez introduce un elemento nuevo, no admite la coincidencia de Munda, lugar de la victoria de César sobre los partidarios de Pompeyo, con Asta, aunque sí reconoce su proximidad geográfica.

Está claro que el autor identifica plenamente nuestra ciudad con la antigua Asta Regia y le atribuye estatus colonial, de la misma manera que niega la posibilidad de considerar a la antigua Asido como tal antecesora.

«Si me dicen que la tienen por Asido, digo que aquella no fue colonia ni consta fuese ciudad fuerte y también digo: que de ella no haber monedas sólo Plinio la nombra. La ciudad fuerte que por aquí hubo, fue Asta sin compañera; y esta es nuestra amurallada Xerez de la Frontera, que hoy existe, colonia romana, y teatro de muchas batallas» (143).

Pero reconoce la posibilidad de que Asido perduró durante la dominación romana y tras su decadencia, pudiéndose convertir Xerez en su heredera.

«Así como nuestra ciudad todo el tiempo de la dominación romana, en cuya prolongación existió Asido cuyo nombre y fundación se puede dar a los Phenices de Sidón; pero es explicación voluntaria ya por el tiempo que vamos escribiendo; parece iba decayendo y arruinada, la tal Asido, porque desde los 200 años de Xps-to. en que hallamos a Xerez con el nombre de Asta, y existente a Asido por Plinio, hasta la entrada de los Alanos, Vándalos y Suevos, que fue según el marqués de Mondéjar, año 409, y según el cronicón de Idacio, el de 448 ya se ve reducida la herencia de ella a Xerez... el gobierno jurisdicción y señorío, pasó todo a nuestra patria...» (144).

Atestigua este hecho tomando los testimonios de varios cronicones, el Emilianense de 883, el del Escorial de 962, y el de la Iglesia de Oviedo, y la Historia de Rasis, todos coinciden en que tras la división de Hispania en obispa-

dos aparece el de Asidona o Asidonia, localizado en nuestro territorio, Rasis identificalo con Xerez, y según los cronicones Asidonia o Asidona

«... quiere decir señora de Asido, es manifiesto que en poco más de un siglo se destruyó Asido y pasó su señorío a Xerez...» (145).

En los tiempos inmediatos a la invasión bárbara comenzó a recibir el nombre de Asidonia, nombre que se perpetúa desde ese momento, y que es respaldado con la aparición del obispado, llamado Asidonense, que según el autor es heredera de la sede existente en Carteia o alguna otra población cercana destruida por los Vándalos. Aunque esto contradice la teoría de Esteban Rallón que identifica esta sede con Medina Sidonia, si bien esta urbe parece ser fundada en época de los árabes; pero esta cuestión no ha sido todavía zanjada.

«Reconocido por primer obispo de esta silla el apostólico San Esicio no nos dan más memorias hasta que en la división referida del P. Mariana pone a Sericio, por obispo de Sidueña, que es Xerez, no consta de firma de Concilio, porque por entonces no debieron de asistir, ni el de Málaga, ni el de Asidonia, al tercero Concilio de Toledo ni al primero de Sevilla y así es el primero de quien se halla suscripción de obispo asidonense; Rufino, que en el segundo Concilio de Sevilla que presidió San Isidoro en el año 619 firmó como sufragáneo de la Silla Hispalense...» (146).

No habiendo encontrado el autor más datos históricos de lo que pasó después con la sede. Como dirá más tarde Bertemati al estudiar la obra de Rasis: «... es Xerez de Sidonia, ciudad de la comarca de este nombre, que él supone heredera de otra Sidonia antigua y arruinada en su término, y que era realmente residencia del obispado en los tiempos en que [Rasis] escribía...» (147). Aunque consideraba a Medina la Asido de Plinio, sede originaria del obispado.

«Después de la dominación Vandálica que padeció nuestro País Andaluz...» (148) nuestra ciudad siguió perdurando bajo el dominio visigodo y a principios del siglo VIII fue conquistada por Muza, según el moro Rasis. Y hasta aquí el testimonio de Bartolomé D. Gutiérrez.

#### 14. Francisco Mesa Xinete: antecedentes múltiples

Doctor en derecho ocupó importantes cargos eclesiásticos en Jerez, como la presidencia del Cabildo Colegial; nació el año 1702 en Carmona y murió en nuestra ciudad setenta y tres años más tarde. De su labor intelectual es de destacar la «Historia de Jerez» editada en 1754.

Como dice Bertemati, al compararlo con los anteriores historiadores, «Mesa Xinete fue aún más ardoroso... mantiene que Xerez es Turdeto, Tartesos, Xera, Carteia, Asta Regia, Asido Cesariana, Assidonia, Xerez-Saduña, Xerez Sidonia, etc.» (149).

¿Cuál es el origen de Jerez? ¿Quién la fundó? Evidentemente Mesa Xinete buscó en las raíces mitológicas para justificar su teoría.

En el Capítulo II de su «Historia Sagrada y Política de... Xerez» afirma que Beto, también llamado Turdeto, sexto rey tartésico que dio nombre de Betis al hasta entonces río Tarteso, fue el fundador de Jerez, aunque según los testimonios antiguos le resultó finalmente más convincente la teoría de la fundación de ésta por Tarsis, que la llamó Tarteso, siendo convertida en corte real por Beto. Muerto este último le sucede Gerión o Gera, nombre que aplicado a población significa «ciudad», ya referido al recoger los estudios de Bartolomé Gutiérrez. De todo ello se deriva esta rotunda afirmación:

«... no podemos dejar de asegurar, haber sido la dicha ciudad de Gera la misma ciudad de Turdeto y Tarteso, hoy Jerez de la Frontera» (150).

Aceptando además la opinión de Plinio, Asta, llamada Asta Regia, fue continuadora de Tarteso y antecesora de nuestra ciudad, afirmándolo con estas palabras:

«...Asta existió en el sitio donde hoy está Jerez y no en el de la Mesa de Asta donde la dan otros, y dice ha visto con observación el dicho sitio de Jerez y su comarca...» (151).

Este ámbito territorial andaluz lo consideraba situado dentro de los Campos Elisios, donde la abundancia de oro y plata atraían a los colonizadores, no en balde nuestro río Guadalete recibía el nombre de Chrisauro, por su riqueza en oro, aunque también se le llamaba Letheo, río del olvido, nombre que Bartolomé Gutiérrez recogía pero con mayor reticencia, ante la falta de testimonios. Por otra parte, también recibió el nombre de Criso o Crisauro el citado

Gera o Gerión, que según nos cuenta la leyenda fue el primero en descubrir las riquezas.

«A la fama de las riquezas de este rey, o como quieren otros, por ser el don Quijote de aquellos tiempos, a deshacer los entuertos que este rey hacía a los españoles, vino a España Osiris Dionisio, Rey de Egipto el que en los Campos Tartesios peleó y mató a Gerión, siendo esta la primera batalla que hubo en España, de que se formó la fábula de la batalla de los dioses con los gigantes, teniendo a Osiris y sus gentes como vencedores, por Dioses; y los de Gerión por gigantes» (152).

Los hijos de Gerión que heredaron el trono deseaban vengar a su padre, lograron dar muerte al rey egipcio, que a su vez fue vengado por su hijo Hércules Egipcio que vino a la Península y venció a los tres hijos de Gerión, como señal de tal triunfo se levantaron las primeras columnas de Hércules. Adquiere, pues, la figura de Hércules un carácter no sólo mitológico, como es este el caso, o religioso como veíamos al recoger los textos de Bartolomé Gutiérrez, sino que se convierte en modelo histórico de héroe:

«...cuyo nombre fue tan famoso que así como los emperadores romanos, de Julio César tomaron el nombre de Césares, así los grandes hombres tomaron a Hércules, que siendo más de cuarenta los que usaron de él, ha causado bastante confusión; confundiendo y dando a unos, las hazañas de otros e imitando a el primero en levantar pirámides o columnas, ya en señal de triunfo, ya para sepulcro, a el estilo egipcio se hallan muchas columnas de Hércules en España...» (153).

Hércules pudo llegar a la Península, y concretamente a Andalucía, con los primeros fenicios, ello sería alrededor del año 1700, según el Padre Fr. Juan de la Puente, quien además afirma que pudo haber sido el fundador de nuestra ciudad. Pero Mesa Xinete no lo admite considerando que aquella ya estaba fundada y que sólo sufriría un cambio de nombre, la antigua Tartessos, Turdeto o Gera pasaría a llamarse Sidonia, posiblemente tomándolo de los soldados sidonios que acompañaban al conquistador.

«...expresando Pedro Coltri en su "Historia Bética" que Hércules fundó a nuestra ciudad de Jerez, es de creer procediese

con la misma equivocación, que los que viéndola dominada por el Rey Beto Turdeto, dieron a dicho rey por fundador de la dicha ciudad, siendo la misma Tarteso, Turdeto y Gera la que dominada por dicho Hércules Fenicio, cuyo ejército era de Tirios y Sidonios, tomase de ellos entonces el nombre de Sidonia [o Asidonia] en aquellos tiempos» (154).

Pero también considera el elemento griego en los orígenes de la ciudad, fiel a las afirmaciones del P. Martín de Roa que defendía la fundación griega de la ciudad de Asta y su mantenimiento durante época romana; pues Asta, según Mesa Xinete, sería la antecesora directa de nuestra ciudad. Y tomando como elemento sustentador de su teoría los estudios de Pablo de Espinosa referentes a las "Antigüedades de Sevilla" explica esta cuestión del doble y aparentemente contradictorio origen fenicio-griego, representados por Asidonia y Asta.

«...destuida la ciudad de Asta en la entrada de los Moros, pasóse la población de Asta a la nombrada ciudad de Jerez de la Frontera, población de los Fenicios de Tiro y Sidón, confederados de los Españoles de la costa llamada por éstos Asidonia» (155).

Igualmente se plantea el problema de su sustitución, en las Mesas o cerca del río Guadalete, y su relación con la Asido Cesariana.

«La historia general, pone a Asta junto a Guadalete; este río no está junto a la mesa de Asta, sí junto a Jerez; y Pomponio Mela la llama a Asta ciudad marítima; todos los autores afirman, que Jerez fue Asta, y sólo dudan si fue en el sitio donde hoy existe, como prueba el P. Martín de Roa, o en el de la mesa de Asta...» (156).

«Que hubo ciudad de Assido es innegable; y por lo unívoco del nombre de Assidonia, Assidona, Sadueña y Sidueña, cierto que fue la misma Assido, cuya moneda dejamos dicho, es otra duda... según Plinio, que si Assido Cesariana fue diversa ciudad de Asta Real, estaba junto a ésta; que todos convienen ser la hoy Jerez de la Frontera» (157).

Todas estas denominaciones son aceptadas y aplicadas a la ciudad, que finalmente, en tiempos de los árabes, recibiría el nombre de Jerez, tomando

de Jeiraz, ciudad persa según el P. Florez, nombre que hasta hoy perdura.

Otra cuestión que mantendrá y defenderá plenamente el autor que nos ocupa, fue la consideración de Asido como sede episcopal hasta la llegada de los árabes. Ello podría ser la base de la fundamentación histórica del actual obispado de Jerez.

### 15. Adolfo de Castro: fundación fenicia

Dirigió su actividad profesional hacia diversos campos; el periodismo, la política, pues fue alcalde, secretario de ayuntamiento y gobernador civil de Cádiz, también realizó algunos estudios sobre obras literarias y elaboró historias locales, concretamente la de Cádiz y la de Jerez.

Justifica los propósitos que le movieron a escribir la Historia de Jerez en la introducción de la misma, con estas palabras:

«Mueve mi pluma a escribir la historia de la ciudad de Xerez de la Frontera sacar de un injusto olvido casos memorables. La verdad será mi guía. Ningún afecto de odio o de amor me hará fingir heróicas o viles acciones; pues no he recibido de tan ilustre ciudad ni beneficio ni agravio» (158).

Poco nuevo nos queda ya que decir sobre el origen de la ciudad, la opinión literalmente recogida de este autor reza de esta manera:

«Lo más verosímil es que cuando huyendo de las vencedoras armas de Josué, caudillo del pueblo israelita, abandonaron los fenicios las tierras que llamaban de Canaán y abrieron camino con sus naves por el Estrecho de Hércules, la edificaron juntamente con otros lugares que tienen asiento en las marismas de Andalucía» (159).

Y tras examinar las diversas teorías sobre el tema, defiende el nombre de Asta para Jerez, aplicando el de Sidonia a la actual Medina.

«El verdadero nombre que tuvo esta ciudad en tiempos de la dominación de romanos en España fue el de Asta. En vano han intentado autores antiguos españoles decir que le llamaban también Asidonia. Asidonia era entonces la que hoy conocemos por

Medina, la cual debió su fundación a los Sidonios, los primeros navegantes que hubo en el mundo, o a lo menos los más antiguos» (160).

Apoya su teoría en testimonios de Plinio, Estrabón e Itinerario de Antonino.

«Confirma más mi opinión de que Asta estuvo situada en el propio lugar en que hoy está Xerez, Antonino en su itinerario, pues al medir el camino desde Cádiz a Córdoba por Sevilla pone en primer lugar el puente que hoy llamamos Zuazo, después el Puerto de Menesteo (hoy de Santa María), y luego la ciudad de Asta distante de ella seis millas que son las dos leguas pequeñas que hay del Puerto de Xerez. Sesenta millas pone también desde Asta a Sevilla que son las quince leguas cabales que hoy hallamos de una a otra ciudad» (161).

Jerez está situado cerca del río Guadalete, a una milla según Adolfo de Castro, en cuyos márgenes los recién llegados se instalaban atraídos por la fertilidad y bonanza de las tierras, olvidando sus países de origen.

«Por esto tomó el nombre de Letheo que en idioma griego quiere decir olvido. Los cartagineses y andaluces de estas costas juraron en sus riberas paces y olvidos de pasadas injurias, odios y agravios» (162).

Y finalmente deduce:

«Doseientos años antes de la destrucción de Troya vinieron griegos a España, y vivieron largo tiempo mezclados con los españoles y juntamente con los de tierras de Andalucía. Ser griego el nombre de Asta según afirman doctos autores, y griego el de Lethe nos hace sospechar que tal ciudad si fue fundada por los de Fenicia, a los de Grecia debió sin duda su aumento y grandeza» (163).

Después Asta pasó al dominio cartaginés. Pero

«... Cayo Atinio en el año 184 antes del nacimiento de Cristo [que] era cónsul de la España Ulterior, y deseando apoderarse de

cuantos lugares ocupaban aquéllos, bajó a las marismas del océano y asentó su corte en los campos de Asta, en los cuales presentó batalla a los carthagineses... [después]... para inducir y animar a las ciudades a que se mantuviesen en amistad y obediencia a Roma, concedió el senado a algunas por galardón varios privilegios. El nombre y derechos de Colonia cupo en suerte a Asta» (164).

Privilegios confirmados por Julio César tras las guerras civiles. En cuanto al título de regia dice:

«A quién debió esta ciudad el título de Regia es cosa que no he podido averiguar. El nombre de Regia era muy aborrecido de los romanos: tal vez que Asta lo tuviese por haber sido corte de los reyes turdetanos...» (165).

Esta hipótesis es similar a la planteada por los autores anteriormente estudiados, aunque plantea otra probabilidad:

«Tal vez que al título de colonia se juntase el de regia, como un principal distintivo; pues sólo Roma, Bizancio o Constantinopla lo merecieron de los emperadores» (166).

En cuanto a la historia de la ciudad bajo dominio romano y bárbaro hasta la invasión árabe es tratado por los diversos autores de manera similar, dado que hay más datos históricos que los respalden, aunque este nos detalla la victoria de los árabes, situando la sangrienta batalla en los campos de Xerez y Sidonia, a orillas del Guadalete.

«Taric... con quinientos caballeros árabes y en cuatro barcos grandes pasó el Estrecho de Hercules, y aportó felizmente a las marismas españolas. Corrieronlas los muslines tomando algunos ganados y gente... con esta presa... tornó Taric... a Tanger... levantó Muza entonces poderoso ejercito, y la puso a las ordenes del mismo Taric. Pasaron... el estrecho... Taric mandó quemar sus naves para quitar a su ejercito la seguridad de ponerse en salvo... El caudillo español que había hecho rostro a los árabes llamabase Tadmir, el cual escribió a su rey Rodrigo estas palabras. "Señor, aquí han llegado gentes enemigas... Resistí con todas mis fuerzas para defender la entrada; pero me fue forzoso ceder... Ruegoos,

señor, pues tanto os cumple, que vengais a socorrernos con la mayor diligencia... Venid vos en perosna que será lo mejor"...» (167).

Tras esta llamada el rey accedió a la defensa en las tierras de Sidonia, como nos sigue relatando el autor:

«Levantó Rodrigo un ejercito de noventa mil hombres y con ellos llegó a los campos de Sidonia...» (168).

Después de varios días de luchas don Rodrigo fue muerto y el ejército derrotado, comenzando así la penetración árabe en la Península a través de las tierras que rodean la ciudad de Jerez.

La obra en su conjunto no es de gran interés desde el punto de vista de la investigación histórica, repite ideas y tópicos de otros autores, como en su día expuso el estudioso Tomás García Figueras: «Cuando llegó creí que, al fin, íbamos a tener una Historia verdadera, siquiera fuese el período antiguo, o del más popular e interesante de la Edad Media... En esta ocasión al menos los materiales que el autor tuvo a su servicio fueron tan abundantes como variados, pues sin contar las antiguas Crónicas y los archivos de la ciudad y de casas ilustres que se pusieron a su disposición, basta echar una ojeada al catálogo de autores citados en su opúsculo, entre los cuales hay algunos que nunca se nos hubiera ocurrido consultar, para que comprendamos que el Sr. Castro, avaro de su ciencia, nos dió mucho menos de lo que sus estudios nos plantean» (169).

#### 16. Manuel de Bertemati y Troncoso: «La clave del problema»

Estudioso que vivió en el siglo XIX, realizando una activa intervención en la Sociedad Económica de Amigos del País. Abordó el tema de la Historia de Jerez tratando de aclarar las contradicciones de los otros autores, siendo resultado de ello su obra «Discurso sobre las historias y los historiadores de Xerez de la Frontera, en 1863, que se editó en 1883».

«...los historiadores locales que han confundido a Xerez con otros pueblos más o menos célebres de la antigüedad, principalmente con Asta y Asidonia, se hicieron sordos a la voz de la tradición y se desentendieron de la verdad histórica por favorecer

las miras de un mal entendido patriotismo. Querían a toda costa exigir a Xerez una silla episcopal...» (170).

Se plantea el tema comenzando por descubrir los orígenes de la ciudad, para lo cual hace una diferenciación clara de principio entre Asta y Asidonia, que más tarde explicará. Y partiendo de este punto recogerá las primeras noticias conservadas, hablará de los cronistas locales y comparará opiniones diversas de los autores más próximos en términos cronológicos. Sin olvidar las tradiciones y leyendas que no suelen faltar.

Nos recuerda tres tradiciones sobre la Historia Antigua de Jerez que han prevalecido en ella. Y que son:

- 1.º Los orígenes fenicios, vinculados al Hércules fenicio.
- 2.º Los muros romanos construidos durante la guerra entre César y Pompeyo.
- 3.º El obispado que conservó en época de los árabes. De las tres, las dos primeras fueron puestas al servicio de tercera, con el fin de buscar el respaldo histórico de tal obispado.

Todo ello conduce a Bertemati a cuatro conclusiones que resumen su opinión:

«1.º Asta Regia, colonia romana de fundación fenicia, estuvo situada en el despoblado conocido por el nombre de Mesa de Asta, donde se ven sus ruinas.

2.º La ciudad donde padecieron los mártires Honorio, Eutiquio y Esteban, y el asiento originario de la silla apostólica de San Segundo, fue Asta, hoy Asti, ciudad del Piamonte en Italia...

3.º El obispado asidonense tuvo su cuna en la antigua Asidonia, la Asido Cesariana de Plinio, hoy Medina Sidonia; y si Xerez en los anales eclesiásticos ha sido designado por algún tiempo con el nombre latino de Assidona, debese esto a que el obispo se trasladó de Medina a Xerez en tiempo de los árabes, cuando aquella ciudad era foco de guerras civiles; así como de Xerez se trasladó a Toledo el obispo asidonense, huyendo a los fanáticos moros Al-mohades.

4.º Y, por último, si reconocemos que Xerez sin ser la originaria Asidonia es población anterior a los godos, y si Asta Regia es anterior a los romanos, como lo indican, con los geógrafos grie-

gos, sus tradiciones y antigüedades, la fundación de este pueblo sólo puede atribuirse a los fenicios que le impusieron su primitivo nombre de Xera» (171).

Sobre esta última ciudad, Xera, puntualiza:

«Hermana menor de Asta y de Asido, ya devueltas al suelo de su fundación, Cera se alza de las tinieblas de la antigüedad para venir sin rivales a recordarnos su nombre y su cuna; invitándonos a prestar oído a la voz amiga de la tradición... Bien se me alcanza que los grandes progresos de la ciencia crítica, hoy tan realizada por los sabios y eruditos de primer orden, han invadido de tal manera el vasto campo de la Historia, que nadie se atreve ya a invocar las antiguas tradiciones por no exponerse al desprecio de los críticos y de los sabios» (172).

En estas palabras se puede captar la línea de investigación histórica de Bertemati. El predominio del sentimiento frente al rigor científico que todo estudio de este tipo requiere, convirtieron su trabajo en un relato tópico y partidista. Aunque no podemos olvidar su labor de recogida de datos y teorías.

Así pues, ¿cuál es la versión de Bertemati sobre el tema del origen e historia antigua de Jerez? En primer lugar, basa sus estudios en una antigua tradición común a Sevilla y Jerez que defiende el origen fenicio de ambas, y que se plasma en testimonios como la inscripción que corona la antigua puerta de la judería de Sevilla, que descubrió Rodrigo Caro, y traducida al castellano reza así:

«Hercules me edificó,  
Julio César me cercó  
de muros y torres altas  
y un Rey Sabio me ganó  
con Garci Pérez de Vargas» (173).

Inscripción que según Bertemati, puede aplicarse también a nuestra ciudad. Pero hasta aquí la intuición más o menos fundamentada, pues es a mediados del siglo IV a. J.C. cuando Theopompo, historiador y geógrafo, da noticia fidedigna de la fundación de Xera, a la que sitúa no lejos de las Columnas de Hércules, atribuyendo a éste su fundación. Realmente, Hércules era la

personificación de aquel pueblo fenicio de navegantes, comerciantes y aventureros que recorrían el Mar Mediterráneo creando vías de comunicación entre los pueblos y fundando colonias comerciales.

«De Xera, que los griegos pronunciaban Sera, hicieron los latinos Serit y Ceret, con cuyo nombre fue conocida esta ciudad» (174).

En época romana obtuvo el rango de colonia, tomando parte activa, como ya dijimos en las guerras civiles junto a Mario y junto a Pompeyo, y finalmente, reconociendo la autoridad de César, el cual valoró su lealtad a los vencidos hasta la misma derrota; durante el gobierno de éste se levantaron sus murallas. Y más tarde, fue conquistada por bárbaros y árabes, como relatábamos anteriormente.

«De godos ni de árabes nada dice la referida tradición: no sabían más nuestros mayores, y nosotros les llevamos en esto poca ventaja. Sabemos, sin embargo, que si no hay documento gótico en que se lea el nombre de este pueblo, los hay árabes e hispano-latinos, que refiriéndose a la última época de la monarquía visigoda, le dan los nombres de Scheres, Seritum, Xeracia y otros análogos, siendo evidente que la misma voz Xerez, que los árabes pronuncian Scheres, no es sino la corrupción de Ceret, con cuyo nombre hallaron este pueblo los vencedores de D. Rodrigo, después de la batalla reñida entre Ceret y Sidonia, 'inter Seretium et Assidonam', como dicen los Indices de Aragón» (175).

La presencia visigoda en nuestras tierras fue demostrada por el ya citado arqueólogo jerezano Manuel Esteve Guerrero, que encontró en la campiña jerezana, tres piezas visigodas de sumo interés histórico.

Así pues, Jerez localizada en una encrucijada de caminos se caracteriza, al igual que Andalucía, por su historia conflictiva e intensa en acontecimientos, lo que provocó un cambio frecuente de dominadores y de nombres de lugares, como nos atestigua Bertemati tratando de poner en claro el confusionismo creado por los historiadores locales.

«Esta que vemos ciudad populosa y rica, conocida desde el siglo XIII con el nombre de Xerez de la Frontera... es seguramente

la misma a que llamaron Xera o Sera los geógrafos griegos, Ceret o Seritum o Xeretium los latinos y los godos, Scheres, Xerez, Xereto y Xeres Sadunia los moros y árabes españoles, Xerez Sidonis, de Sidonia, de Sadueña y de la Frontera los reyes de la reconquista. Es el mismo nombre que reaparece y responde y se adapta sin esfuerzo, en distintas épocas, a las vicisitudes por que ha pasado este pueblo y su provincia en su dilatada existencia: y poco importa el origen del vocablo, ni sus variantes, ni su ortografía mejor o peor acomodada a los usos del tiempo y del idioma. Lo que parece cierto a todo imparcial juicio es, que desde la época de Theopompo y Stephano Bizantino hasta la de Alfonso X y sus sucesores, existe este mismo pueblo, en el mismo sitio, con el mismo nombre; oscuro, mientras otros pueblos inmediatos como Asta y Asidonia le hicieron sombra, pero notable y renombrado desde que aquellos desaparecieron, y heredó Xerez algo de su importancia civil, eclesiástica y militar» (176).

Finalmente justifica su posición contraria a la identificación de nuestra ciudad con Asta y Asido o Asidonia.

«Pero bajo el punto de vista histórico, ¿qué habiéramos logrado al identificar a Xerez con Asta Regia o Asido Cesariana? ¿sería por eso su historia mejor conocida?

1.º Asta, capital de los Turdetanos, sólo nos ha dejado el eco de su nombre: de la Asta expugnada por Cayo Atinio, sólo nos dice Tito Livio que allí murió aquel pretor al escalar los muros; si en las guerras de César con los hijos de Pompeyo hace Hircio mención de aquella ciudad, es sólo para decirnos que tres caballeros astenses se pasaron al campamento del sitiador; el obispo San Segundo y los mártires de Asta son por su cuna, su vida y su pasión completamente extranjeros en la Asta de nuestra Bética.

2.º La venerable Asido, a pesar del sabor fenicio, casi bíblico, que se percibe en su nombre, debe principalmente a los geógrafos el haber pasado a la posteridad. Asidonia halló lugar por primera vez en el Cronicón Biclarense, para recordarnos que, siendo ciudad fortísima, sólo por traición logró tomarla leovigildo; y si fue heredera, como insinúa el P. Florez, de la cátedra

apostólica de San Esicio, también la heredaron a su vez Xerez en tiempo de moros y Cádiz después de la reconquista.

Reunamos estos datos sueltos, y no hallaremos materia suficiente para nutrir una página seria de narración histórica...» (177).

### 17. Diego Ignacio Parada y Barreto: el rigor científico de las investigaciones

Nació en Jerez el año 1829, dedicando su vida al ejercicio de la medicina, desarrollando una amplia labor como escritor colaborando en diversos diarios y editando obras de carácter médico, histórico o literario. En 1863 se publicó por entrega en la prensa una extensa relación de artículos dedicados a jerezanos ilustres, doce años más tarde se editaría en forma de libro titulándose «Hombres Ilustres de la ciudad de Jerez de la Frontera, precedido de un resumen histórico de la misma población».

En la introducción a esta obra Parada y Barreto analiza brevemente el desarrollo de las distintas versiones elaboradas en torno al origen y antigüedad de Jerez. Juzgando con bastante dureza a los historiadores locales propensos a guiarse más de la conjetura posible que del rigor científico del estudio.

«Muy distantes se hallan los historiadores de convenir sobre la antigüedad de Jerez de la Frontera. No habiendo datos positivos con que poder atestiguar su origen de una manera concluyente, ha sido necesario recurrir sobre este punto al campo de las conjeturas y cada cual se ha creído en este terreno suficientemente autorizado para emitir una opinión distinta... se observa sin embargo ha habido un general empeño por remontar la fundación de la ciudad hasta los tiempos más remotos, pero sin que a este empeño se la pueda hallar por lo común otro móvil que el de una crítica, la más apasionada. Llevados sin duda alguna la mayor parte de los historiadores jerezanos por un exagerado amor hacia la población, por un vivo deseo de engrandecerla y alucinados por la creencia tan errada de que no hay mejor título de gloria para un pueblo, que el de su más añeja alcurnia, han acogido y relatado cuanto les ha parecido conducente a su propósito sin cuidarse de que sus asertos pudieran llevar más o menos apariencias de certeza

o verosimilitud. No de otro modo pueden explicarse las opiniones tan peregrinas que se leen en sus historias, las aserciones tan extrañas que nos cuentan...» (178).

«Verdad es que la posición que ocupa la ciudad se ha prestado fácilmente a estas y otras diversas interpretaciones. Situada en el seno de una comarca que desde los tiempos más remotos viene sirviendo de teatro a multitud de acontecimientos verídicos unos, fabulosos otros, pero en todos los cuales figuran a manos llenas, sucesos, pueblos y personas de la mayor celeridad, no tiene nada de extraño que en su afán los historiadores por acumular sobre Jerez glorias añejas» (179).

Aporta un dato nuevo hasta entonces no aludido por otros historiadores como el mismo dice:

«Un solo documento que por cierto no cita ningún historiador jerezano, es el único que puede ser aducido en favor de la antigüedad remota de la ciudad refiriéndolo tal vez a los primeros pobladores del territorio, o a los pueblos más antiguos que en el tomaron posesión. Este documento es una inscripción hallada en Jerez en el pasado siglo y que se encuentra en nuestros coleccionadores de antigüedades, la cual al parecer de carácter y alfabeto fenicio, no se halla así descifrada lo bastante para darnos alguna luz sobre su significación. Insertala el P. Flórez en su 'España Sagrada' y algunos otros historiógrafos, y no sabemos si la piedra que la contenía y cuyo examen sería hoy importante cotejar, se conserva aún en algún sitio de Jerez» (180).

Esta inscripción votiva hallada en 1753 estaba situada en la casa de la parroquia de San Marcos; es posible que se refiera al culto de Hércules introducido por los fenicios. Su texto era:

« H E R  
C U L Y  
A U G »

J. González la traduce, «En honor de Hércules Augusto» (181).

Parada y Barreto en esta introducción no pretende elaborar una teoría sobre los orígenes de la ciudad, sino comparar opiniones de otros, recogiendo

las principales teorías, Esteban Rallón, Bartolomé Gutiérrez, Mesa Xinete, Adolfo de Castro; teorías que reflejan un pasado lejano. Otros estudiosos locales han considerado ese pasado más próximo, porque no han pretendido forzar su abolengo, pero estos son menos conocidos.

«Debemos ahora hacer presente que al lado de las exageradas pretensiones que hemos referido con respecto a la antigüedad de la ciudad, existen algunos escritores que han dado a sus creencias un sentido completamente opuesto. Ha habido quien no ha llevado el origen de la población más allá de la época de los romanos, algunos que han atribuido su fundación a los godos, y otros que no la remontan sino a la época de los árabes. Portillo en sus 'Noches Jerezanas' y el P. Rallón en su obra 'Historia de Jerez', dicen que fue fundada por los vándalos hacia el año de 417 ó 418, y la opinión que le da un origen árabe ha sido esplicitamente expuesta en el artículo Jerez del 'Diccionario Geográfico' de Madoz, habiéndose también inclinado a ella el eminente orientalista Casiri, que hace derivar la palabra Jerez de la voz persa Xirata y atribuye su fundación a los árabes palestinos» (182).

#### 18. Manuel Cancela y Ruiz: divulgación de la Historia local

El autor intentó en 1883 darla a conocer tomando un punto de partida básico para la formación de todo pueblo, la enseñanza impartida en las escuelas públicas. Los niños recibirían conocimientos sobre sus raíces culturales e históricas próximas, que les harían comprender mejor la idiosincrasia de esta ciudad. Se trataría pues, de rellenar el vacío cultural que reinaba sobre esta cuestión.

La obra, de reducido tamaño, aparece desarrollada siguiendo las huellas de historiadores anteriores, sin aportar nada nuevo, pues se trata de una recopilación, llegando a una conclusión lo menos comprometida posible, como después podremos ver en sus textos. El mismo define su obra como «sencilla narración de los hechos» (183).

El libro se inicia con una introducción, a la que familiarmente titula 'A mis lectores'; familiaridad que puede evidenciar el deseo de entablar una rápida conexión con el lector, explicando los objetivos pretendidos. Comienza así:

«La idea de hacer una edición de la Historia de Jerez con destino a las escuelas públicas de la población, no ha sido mía; tal vez nunca se me hubiera ocurrido por el temor de que a pretensión de enseñar se me achacara, y muy lejos debe estar de dar lecciones aquel que no sabe.

Algunos ilustrados y celosos profesores me hicieron aceptar el pensamiento y que me encariñara después con el trabajo de recopilar en un tomo los apuntes que sobre los interesantes acontecimientos de esta M.N. y M.L. ciudad ha venido tomando de los documentos que escritores antiguos y modernos legaron a la posteridad...

Excelente es la idea de dotar a las escuelas públicas de un libro de lectura que haga conocer los fundamentos históricos que tiene la ciudad en que se vive...» (184).

Las pocas garantías que existen para acreditar todo lo dicho sobre nuestro pasado histórico le hacen pensar en la facilidad del error al calificar como cierto aquello que sólo es una conjetura. Evidentemente la disparidad de criterios sobre Jerez y su fundamento histórico no ayudan en este sentido.

«Nada más difícil de averiguar que el de los sitios y nombres de lugares antiguos. Cada dueño, cada conquistador adoptaba el que mejor le parecía, y añádesse a ello el olvido, no siempre culpable de sus moradores, que cargados de servidumbre y atentos única y exclusivamente a las necesidades de la vida, más se ocupaban en pensar sobre lo que fueron. Los vencedores, ambiciosos siempre, tienden a borrar toda señal hallada de grandeza en los países que dominan, con la intención de que sus hechos sobresalgan y nada anterior haya que pueda oscurecerlos. De todo esto nace la ignorancia y tinieblas que se que se palpan al querer seguir el hilo de las cosas antiguas, llegando sólo a alcanzar las más veces, gran trabajo y poco fruto» (185).

Por ello recoge los testimonios que hasta él llegan, sin dar ninguna nueva posible explicación. Pero tomando partida por la teoría que considera a Xerez no identificada con Asta, como decía el P. Martín Roa, sino heredera de ésta, que fue trasladada al lugar donde hoy está, nuestra ciudad y que recibió de los

vandalos el nombre de 'Aucis', pasando tras la invasión musulmana a dominio árabe.

### 19. **Ildefonso Yáñez y J. Martínez Allier: Jerez, Asta y Asido**

Estos autores retoman la idea de M. Candela y elaboran en 1892 una historia local que más tarde ampliarán en el trabajo «Jerez en lo pasado y en lo presente: Esbozos, obra especializada destinada a las Escuelas Públicas de esta ciudad».

¿Cuáles son los propósitos de la obra? Fundamentalmente los autores se plantearon la necesidad de divulgar el pasado de nuestra ciudad y su ámbito, razonándolo de esta manera:

«De gran utilidad es para los pueblos su propia historia; siéndoles esta tan útil para el hombre su propio pasado, en el cual encuentra un tesoro de experiencias... [Porque] desconocer a su pueblo, es desconocerse a si mismo... [Ello se debe a que] el pasado informa al presente, y éste a su vez, prepara el tránsito hacia lo porvenir, y por eso son de absoluta o indispensable necesidad los conocimientos históricos» (186).

La obra está dividida en tres partes: hechos históricos, semblanzas de personajes destacados y poesías de autores jerezanos. Su planteamiento no es exhaustivo, sino divulgativo, como nos explican los autores:

«No será una historia detallada, es más bien un revuelo, si se nos permite la frase, por los dilatados y brillantes campos de su pasado, deteniéndonos tan sólo en los puntos más culminantes, sin empalagosa erudición, impropia de todo libro de lectura recreativa, y siguiendo el criterio imparcial y junto de algunos historiadores modernos de la ciudad» (187).

Son muchos los nombres que se le han aplicado a la ciudad, identificándola con Asta, Asido, Asidonia, Auxias, Ceret, Cesariana, Medina, Jera, e incluso Munda, pero la verdad histórica no parece descubrirse. Las dos opiniones más significativas y de mayor relevancia han sido las que identificaban la urbe con Asta o bien con Asido, pero ello no satisface a estos autores.

«Jerez ha tenido la desdicha de ser confundida a sabiendas

con la antigua Asta Regia y la célebre Asido, sede episcopal en tiempos de godos y romanos, buscando con esto, los historiadores de Jerez, hacer a la ciudad sede episcopal, heredera de aquella, y recabar en la Edad Media voto en Cortes» (188).

Denuncia la manipulación de la memoria histórica para conseguir un determinado propósito. Ello también lo hacen otros historiadores, como hemos visto, y es a partir del P. Rallón cuando se ponen en tela de juicio los viejos cronicones y se buscan las auténticas fuentes.

Consideran que Jerez existió ya desde época prerromana, e incluso vincula su fundación y nombre con los míticos Geriones, de donde procedería el nombre «Jera»; con la llegada de Hércules para ejecutar su castigo contra aquello se instauraría el culto a este héroe, fomentado por los fenicios instalados en Gades y en la ribera del Guadalete. Ello significó la aparición de la 1.<sup>a</sup> figura clave en la historia local, según Yáñez y Martínez Allier, que sólo sería igualada en importancia a la de César, que colmó a la población de privilegios. Y para recordarlo un hermoso edificio de indudable valor arquitectónico, el Consistorio, corona su fachada con ambas estatuas. Muchos han querido negar la existencia de nuestra ciudad en época romana, pero los autores lo rechazan plenamente y lo justifican con estas razones:

«La ciudad de Jerez, limitada por vecinas poblaciones tan importantes como Asta Regia y Asido Cesariana, vivió eclipsada, o por lo menos de ella no hay sino vagas noticias en los itinerarios del Imperio. Algunos, por esto, han querido negar su existencia en tiempos romanos, olvidando completamente las murallas de argamasa, material especial de los hijos del Lacio en sus construcciones, la estatuaria y las medallas que en gran número pueden observarse todavía en esta ciudad» (189).

Por esto no es un argumento lo suficientemente válido, y carece de rigor científico. Yáñez y Martínez Allier piensan que:

«Vivió, pues, la ciudad oscurecida en tiempos romanos, pero evidentemente existía al lado de Asta y Asido a quienes heredó más tarde...» (190).

La llegada de los pueblos bárbaros supuso la desaparición del Imperio y la implantación de una nueva clase social dominante. Advierten nuestros

autores que en esta época sitúan algunos historiadores la verdadera fundación de Jerez, coincidiendo con la destrucción de Asta, aunque no responde a su propia opinión plenamente, pues si bien es cierto que Asta y Asido dejan de ser nombradas, pasando su herencia histórica a la ciudad de Jerez, para ellos esta última existía desde siglos antes.

Y es en esta época cuando surge el tema referido al obispado Asidonense, y su localización en Jerez.

«Una cuestión muy debatida se presenta en este período. ¿Los obispos asidonenses, que firman las actas de muchos concilios toledanos, residían en Medina o en Jerez? El arzobispo D. Rodrigo al citar al último de estos preladados, que huyó a refugiarse en Toledo, le llama 'Obispo de Jerez-Sidonia'».

Pero aunque el último obispo asidonense residiera muchos años en Jerez y de esta población huyera en tiempo de los árabes, fuera de duda está que dichos obispos, tuvieron siempre su residencia en Medina, hasta la muerte del Califato.

Al alborear los reinos de taifa, empezó para Medina-Sidonia aquel período de desórdenes y trastornos que obligaron a los últimos preladados a trasladarse a Jerez, plaza que ofrecía mayores seguridades» (191).

Asume de esta manera una postura contradictoria a la de otros historiadores que consideran a Jerez sede episcopal, quedando constancia de ello en los concilios y ratificándose con la creación en la actualidad del obispado Asidonense con sede en nuestra ciudad.

En resumen, pues, la obra divulgativa de estos autores pretende recoger las distintas teorías de otros estudiosos y compaginarlas en lo posible, admitiendo la existencia de tres núcleos de población distintos, aunque vinculados por la proximidad histórica, el entorno cultural y la herencia histórica.

## 20. A. Martín de la Torre: Tartessos, Asta y Jerez

Su estudio comienza analizando todas las posibilidades de localización de la ciudad de Tartessos, y tras un proceso de eliminación concluye identificándola con Asta, dado que era la única que reunía méritos y condiciones para

serlo; situación óptima para las relaciones comerciales, rodeada de fértiles tierras y colocada en lugar estratégico para el dominio de su entorno.

Además, el autor recoge el calificativo «Regia» recordado y aplicado por Plinio (192) a Asta,

«...debemos considerar ese sobrenombre... sin duda con idea de realizar su condición de gran ciudad, de capital, y su elevado rango entre las demás poblaciones del valle del Guadalquivir. Ninguna otra poseyó dictado semejante, a pesar de lo generalizada que estaba la costumbre de agregar su calificativo encomiástico al nombre de cada población... circunstancias especialísimas, referidas a una misma ciudad hicieron nacer en la mente de los hombres de Ciencia la arraigada certidumbre de que Asta fue la capital de un Estado antiguo, la corte de los reyes tartésios, cuyos nombres, vidas, hechos y riquezas tanto ha falseado la fábula» (193).

Efectivamente, Asta fue un núcleo urbano conocido desde la más remota antigüedad, como lo atestiguan autores clásicos, Estrabón, Mela, Ptolomeo, etc., pero en ellos no aparece ninguna referencia a su identificación con la capital de Tartessos. Ahora bien, los restos encontrados abarcan desde el período Neolítico hasta la época romana, pasando por la Edad de Bronce; durante la que floreció la cultura tartésica.

«Dominados los turdetanos por la fuerza de las armas hubieron de aceptar el yugo de Roma, pero no por eso hicieron dejación de su riqueza espiritual, cultivada siglo tras siglo, ni renuncian completamente, al menos durante los primeros años, a recuperar su independencia. De ahí que Plinio tuviese conocimiento del sobrenombre de Regia aplicado por los indígenas a su antigua metrópolis, y que Asta, en pleno goce de las prerrogativas políticas y de su viejo prestigio, aún después de conquistada, sirviese de punto de reunión para los naturales, como en tiempos pasados» (194).

Tras la disgregación del Reino tartésico el sistema monárquico perduró en los pueblos segregados del mismo; tal vez de los reyes turdetanos, herederos directos de los tartesios, y no de otros, procede esa condición de regia que se le atribuye.

Una vez pacificada la Península comienza la Romanización, concretamente en la Bética tras la victoria de Julio César.

«A partir de tal fecha ya no suena apenas el nombre de Asta y su existencia permanece en el mayor misterio, ignorándose incluso la causa que determinó su despoblación y el momento en que la ciudad se trasladó desde la 'Mesa' al solar de Jerez de la Frontera» (195).

En este texto el autor nos presenta una nueva ciudad, Jerez, situada en otro lugar, pero que recoge la herencia y la población de Asta.

## 21. César Pemán: estudio del ambiente geográfico

Incansable investigador, César Pemán, quiso descubrir la realidad del entorno geográfico que hoy constituye el término de Jerez y sus alrededores. Nos presenta una marisma más profunda y amplia surcada por la desembocadura de dos ríos independientes, en torno a la cual se asentó la población; en su descripción del terreno sigue los trabajos del geólogo Juan Gavala.

«...las marismas del Guadalquivir y del Guadalete debían presentar en la época tartésica la extensión y aspecto de verdaderos senos o brazos de mar... Especialmente reveladores son: del lado del Guadalquivir, el hallazgo de dos ánforas romanas a tres metros de profundidad en la marisma de Lebrija, lo que demuestra que los tres últimos metros de relleno marismero son posteriores a los romanos, con lo que el nivel de la marisma en época romana queda más bajo que el de la superficie del mar. Del lado del Guadalete, las conchas marinas que se recogen en lo que aún se llaman playas de San Telmo, justo al pie de Jerez, y los restos conocidos hace tiempo en El Portal, reforzados ahora por el espléndido hallazgo de un casco griego arcaico, demuestran que el Puerto de Menestreo de Strabón se asentaría por aquellos alrededores, ya muy interiores con respecto a la actual bahía y desembocadura del río» (197).

El mar se adentraba formando una profunda marisma, permitiendo el paso de embarcaciones que mantenían una actividad comercial importante;

actividad constatable hasta épocas históricas próximas, según el historiador Hipólito Sancho es patente la existencia de comercio marítimo y pesca en el Cortijo de Casarejo, en la actual carretera Jerez-Trebujena, durante el siglo XV. Restos arqueológicos, en palabras de C. Pemán, atestiguan lo anteriormente afirmado:

«De este lado de la ruta acaban de aparecer... los restos de una embarcación al parecer romana en sitio tan interior como el expresivamente llamado 'El Muelle', en la marisma de las Mesas de Asta, hasta donde evidentemente se remontaban las naves de la época...» (198).

El segundo aspecto que le interesa destacar en su explicación del ámbito geográfico es que la existencia de esa amplia zona navegable no implica la comunicación entre los cauces de los dos ríos implicados (Guadalquivir y Guadalete), como algunos autores han considerado erróneamente, concluyendo que sus cauces tienen como punto de mayor proximidad El Cuervo y Los Llanos de Caulina respectivamente y explicándolo de esta forma:

«Que los cauces de ambos ríos no llegaban ya a unirse materialmente en la época que nos interesa aparece igualmente probado por Gava, por lo que las fuentes literarias que nos hablan de dos bocas del Betis o del Tartessos deben interpretarse en el sentido de que los geógrafos y viajeros que sólo conocieron el país desde el mar o desde la costa (caso de la vieja fuente de Avieno) tomaban por dos bocas de un mismo río las de Guadalquivir y Guadalete, no comprendiendo que dos desembocaduras tan notables y próximas, en menos de treinta kilómetros, pudieran corresponder a dos cursos de agua independiente, tanto más cuanto que podían poseer noticias de que el Guadalquivir había tenido, efectivamente, y acaso conservaba aún parcialmente, varias bocas propias...» (199).

Una vez descrito el ámbito geográfico, ¿dónde sitúa la ciudad de Tartessos? ¿qué relación descubre entre Asta y Jerez? Algunos autores clásicos sitúan Tartessos en alguna isla fluvial en el supuesto estuario común de ambos ríos; Pemán en cambio afirma:

«...la isla de Tartessos es, efectivamente, la campiña de Je-

rez, entre el Guadalquivir y el Guadalete, aunque en rigor fuera sólo península, lo que, por otra parte, no hubiera impedido a los antiguos llamarla isla... la idea de que la ciudad de Tartessos haya de estar precisamente en las ruinas Hasta Regia es muy atractiva, pero darlo por seguro es aventurado mientras las excavaciones no suministren alguna prueba irrecusable; entre tanto no puede descartarse la candidatura de Jerez, en la que convienen mejor algunas de las precisiones del texto de Avieno...» (200).

Otros lugares como Doñana, Puerto de Santa María no son aceptados como posibles ubicaciones de Tartessos. Concluyendo:

«Una solución podría ser que Tartessos estuviera en la vecina Jerez,... en Hasta quizás hubo una residencia real suburbana, posibilidad de gran atractivo para las excavaciones. En ese caso le cuadraría bien el Asta Regia, si no fuera porque parece que *Αστὴ* se aplicaba sólo a ciudades principales del tipo de una Atenas o una Alejandría. Los romanos hubieran podido interpretar Asta por su palabra Hasta (lanza), y esa grafía sería la que convendría a la ciudad de época romana. Otra posibilidad sería que al entrar los cartagineses en Tartessos-Jerez los reyes destronados fundaron la ciudad regia de Hasta a pocos kilómetros de la antigua capital. El antiguo periplo del siglo VI no nombra a Hasta. En esta hipótesis, la excavación de Mesas de Asta debe dar una ciudad prerromana, pero no la Tartessos anterior a los cartagineses» (201).

Las distancias entre los distintos núcleos de población quedan señalados en el Itinerario de Antonino, los Vasos de Vicarello o el Anónimo de Rávena, como ya hemos expuesto con anterioridad, C. Pemán las estudia detalladamente e intenta encontrar su trazado exacto, estudios geológicos, hallazgos arqueológicos y noticias de testimonios clásicos le sirven como bases de sus investigaciones. La calzada que partiendo de Cádiz cruza su actual provincia camino de Híspalis, bordearía la actual bahía, cruzando la marisma pasaría por Portus Gaditanus, que Pemán identifica con el Puerto de Santa María, aunque en principio se le consideró El Portal dado su valor arqueológico, pero más tarde se rechazó la idea. La vía continuaría luego hacia Asta.

## 22. Manuel Esteve Guerrero: excavaciones de Asta Regia y otros descubrimientos arqueológicos

Consideramos que la importancia histórica de la ciudad de Asta hace necesaria la existencia de este apartado como un elemento más que hizo posible la aparición de Jerez, y también para que sirva de pequeño recordatorio de la labor de Manuel Esteve Guerrero.

Durante los años 40 y 50 este ilustre historiador y arqueólogo local dedicó gran parte de su actividad al descubrimiento de los tesoros arqueológicos ocultos en Mesas de Asta, donde él situaba la localidad de Asta Regia, que algunos consideran antecesora de Jerez, y que otros ubican en zonas más próximas al río Guadalete. Sea como fuere no vamos a entrar en la disputa, pues consideramos que la existencia de un asentamiento concreto en el lugar actual de Jerez en tiempos remotos no es demostrable, y que por otra parte sería de importancia secundaria, ya que la abundancia de testimonios arqueológicos de su término y alrededores demuestra la ubicación de poblamientos humanos desde épocas prehistóricas, que cambiaron de localización dentro de él según la circunstancia, por lo tanto el que sea el antecedente lejano de la ciudad, como ya hemos visto, es difícil de afirmar y creo que de relativa importancia a la hora de abarcar el tema del poblamiento de la zona.

Asta Regia, como foco arqueológico, nos presenta un conglomerado de culturas que van desde el Neolítico al período musulmán, pasando por la dominación romana; así nos lo atestiguan las campañas de Esteve, realizadas en 1942-43, la primera, 1945-46, la segunda, 1949-50, la tercera y la cuarta en 1955-56, cuyos resultados publicó posteriormente.

«Como su nombre indica, están constituidas por una serie de elevaciones —mesas—, cuya cota alta se alza 81 metros sobre el nivel del mar... Están situadas al N.O. de Jerez... bordeadas por marismas como la de su nombre y Tabaje, que las bañan a Oriente y Mediodía, que no son más que la prolongación de la marisma de Bujón, por la que penetraron las aguas de los Caños de Trebujena, y la de Rajaldabas, que queda más retirada a Poniente, pertenecen unas y otras al estuario del Guadalquivir» (202).

Al igual que la Nabrisca romana, la actual Lebrija fue un puerto, como lo testimonian los restos de naves y anclas, así como el llamado «Muelle», trozo

de calzada que servía de embarcadero; lo cual va unido a su evidente carácter comercial.

L. Menanteau y A. Pou deducen de estos hallazgos la existencia de una mayor penetración del mar por las marismas y la navegabilidad del lago Ligustino hasta el siglo VI d. J.C. (203).

Podemos distinguir las siguientes partes en este término: la mesa más elevada, hoy olivar del cortijo «El Rosario», núcleo de las ruinas; pequeñas elevaciones que contienen túmulos, necrópolis, etc.; «La Cantera» o corte del terreno situado al sudoeste, de donde se ha extraído gran cantidad de material. Por el carácter de estos restos la ciudad se puede considerar prerromana, y según Esteve, su mismo nombre respalda este hecho.

«El primer documento que nos prueba la existencia de Asta como población anterromana lo constituye su mismo nombre. Se propugna incluso para el vocablo un posible origen griego, Schulten... (204) niega, y comparándolo con el nombre de tres ciudades existentes en la Italia habitada por los ligures —Asti del Piamonte, Asti al oeste de Génova, y Asti al sur del río Ombrone, en Etruria—, estima que bien pudiera tratarse de la ciudad de los ligures que Esteban de Bizancio señalaba próxima a Tartessos, ya que la marisma que está junto a Asta no es más, dice, que el 'Lacus Ligustino' de Avieno, junto al cual estaba la 'ciudad ligur' de Hecateo. Añadiendo que no se puede fijar la fecha de la fundación de esta Asta ligur, pero debe ser muy anterior a Tartessos, que se fundó hacia 1.200 a. J.C.» (205).

Mas esto es pura conjetura, al igual que la problemática sobre la existencia o no de celtas en ella.

La primera campaña dio como resultado básico el descubrimiento de dos niveles arqueológicos claros, uno el Neolítico y comienzos de la Edad del Bronce y otro, el árabe. No existen capas libres de restos que delimiten las culturas, por el contrario estos restos aparecen mezclados, lo que lleva a pensar en la continuidad de su poblamiento a lo largo de los siglos.

En cuanto a los restos del neolítico final y Bronce Final (Tartésicos) destacaremos la presencia de fragmentos de cerámica alisada o bruñida de color gris oscuro. Algunos tienen decoración reticulada, siendo el cuenco el tipo más usual, en cuanto a las piezas de mayor tamaño son:

«...ovoides más o menos achatadas, se cierran por un corto cuello muy pronunciado, del que hay diversos perfiles; cuando no llevan asas casi siempre tienen, próximo al borde, algún orificio, por el que se haría pasar alguna cuerda para suspenderlo, y cuando las llevan, éstas, en los cuencos, se acusan por una leve prolongación horizontal del borde mismo del vaso, perforado por dos orificios verticales muy pequeños o un leve resalte del reborde de la panza, perforado del mismo modo o no por uno o dos orificios, hace las veces de aquellas, o bien el mismo borde de la vasija tienen un pequeño resalte a modo de pellizco, y por último, en un solo caso encontramos un fragmento en el que el asa es curva» (206).

También hay fragmentos de cerámica llamada «basta», de formas similares a las anteriores, pero su modelado en tosco, con barro de color rojizo y negro en muchas, que contienen partículas de arena; a veces tienen una decoración exterior a bases de rayas incisas. La cerámica pintada está además presente en este núcleo arqueológico; de color rojo intenso, brillante, pintado tanto por el exterior como el interior.

Y finalmente, han sido hallados restos de cerámica «campaniforme» y «fusiola», de las que el arqueólogo dice:

«La última fase de la excavación del estrato suministró los fragmentos de un vaso correspondiente a un borde, y que por su decoración puntillada, trazada con punzón o ruedecilla, sobre la alisada superficie, lo consideramos del tipo de tan importante cerámica, aun cuando el color del vaso es el último, de barro y le falta todo el relleno de pasta. Y por último, de barro sólo nos resta mencionar una fusiola troncocónica, de color gris» (207).

Los restos cerámicos aparecidos en esta zona corresponden al Bronce Final y a la cultura tartésica, pero dado el momento histórico en que Esteve investigaba, falto de precedentes y estudios serios sobre el tema no llegó a dilucidar claramente el carácter de estos hallazgos. Por otra parte, hay que decir contrariamente a lo defendido por algunos investigadores que sólo la cerámica de color gris fue encontrada en este entorno, no así la roja. Y, finalmente, los restos neolíticos aparecen preferentemente en superficie.

Por otra parte, dentro de este período del Bronce, se pueden fechar estos utensilios de piedra pulimentada:

«Estos consisten en un percutor, un guijarro del río en el que se aprecian planos de frotamiento, una piedra arenisca perforada y con retoques y un colgante de pizarra perforado también por uno de los extremos» (208).

Asimismo, existen utensilios de huesos y conchas, trabajadas hasta ser convertidas en punzones. Hay que destacar el hallazgo de objetos de metal muy deteriorados, una pequeña anilla, el espigón de alguna flecha y otros fragmentos de bronce o incluso cobre.

«Entre estos niveles, el de la Edad del Bronce Mediterráneo y el árabe califal, tenemos un material arqueológico tan abundante como vario: unos fragmentos con profunda decoración incisa que estimamos primeramente hallastáticos, y sería lo único relacionable cronológicamente con el problema de Asta-Tartessos, pero que, en opinión del profesor Martínez de Santa Olalla, son también del Bronce Mediterráneo y pertenecen al consejo de las cerámicas pintadas con paralelos no sólo en la Península Hispánica, sino en el Mediterráneo todo (Sicilia-Egea); siguiendo con lo autónomo, las excavaciones han confirmado totalmente... la existencia en Asta de cerámica ibérica de decoración geométrica de círculos, semicírculos, triángulos rellenos de segmentos de círculos, bandas, líneas ondulantes, etc., en color rojo, sepia y negro que encaja perfectamente dentro del grupo Andaluz del Hierro» (209).

Superada la Prehistoria Asta fue una importante ciudad en época romana, que gozaba del status de colonia, y cuyos testimonios son evidentes, aunque los niveles culturales aparecen revueltos, pero entre los que se distinguen restos de edificios fechados durante este período histórico.

En las siguientes excavaciones fueron hallados numerosos restos de este período, ánforas, cerámica de diversos tipos, lámparas, todos ellos con el sello de los alfareros, tres lámparas sepulcrales, fragmentos de esculturas, monedas republicanas e imperiales; concretamente en la excavación de 1949-50 fue encontrado un horno romano, posiblemente destinado a cocer material de construcción. Tal horno

«...es de sección troncocónica, se aprovechó el declive natural del terreno, levantando para evitar el desmoronamiento del

mismo, un muro de ladrillo a derecha e izquierda de la boca. El acceso al hogar se hace por una galería cubierta por una bóveda de cañón formada por un doble dovelaje de ladrillos. Sobre el horno estaba el piso o parrilla de la cámara de cocción en el que se colocaban los ladrillos o tejas para su cochura» (210).

Y en esta misma campaña se descubrió un «impluvium», situado en el borde de la llamada «La Cantera», en el que aparecieron restos humanos, mezclados con fragmentos de cerámicas de diversas cronologías, unas eran árabes, otras bizantinas. Estaba cubierto con bóveda de cañón y recubierto con el hormigón romano y enlucido.

Restos que atestiguan el rico pasado de la ciudad, indudable en época romana, como corroboran los historiadores clásicos, siendo el foco de principal importancia del término que la rodea. En su lugar de emplazamiento se sucedieron culturas muy diversas que, en palabras del propio M. Esteve,

«...podemos agrupar así: Neolítico, I Bronce Mediterráneo, Ibérica, Púnica, Italo-Griega, Romana republicana e imperial, Visigoda y Árabe Califal, llegando incluso al siglo XII y aún a tiempos bastante más recientes...» (211).

Pero su pérdida de importancia económica coincidió con el agua de otros centros de poblamiento, ello motivó el uso en ellos de elementos de construcción de la antigua Asta; algunas lápidas romanas aparecidas en Jerez pueden considerarse traídas de otros puntos de su término, y dada la importancia superior de Asta, es más lógico que procedan de ella.

Efectivamente el término de Jerez es rico en restos del pasado; Esteve desarrolló una amplia y ardua labor, con escasos medios, aportando una valiosa colección de piezas de muy diversas épocas y procedencias. Dentro de la cronología que abarcamos podemos citar la sepultura neolítica de Alcántara (a 15 Km. de Jerez, hacia el N.O.), escavada en tierra caliza y donde se hallaron una punta de flecha y un trozo de cuchillo, varias piezas de sílex, vasijas y hachas de mano pulimentadas; diversos restos romanos, capiteles, monedas, esculturas, cerámicas, etc., en todo el ámbito del término, y también restos visigodos como la pila de «La Peñuela» (cortijo situado a 14 Km. de Jerez por la carretera de Arcos). La pila de piedra con decoraciones talladas en sus frentes y los bordes, fue considerada por Esteve, tras un detallado estudio, un sarcófago.

Sirvieron también para atestiguar la presencia visigoda los hallazgos de un cimacio labrado en mármol blanco en forma de pirámide troncocónica; la pilastra encontrada cerca del castillo de Doña Blanca, de mármol blanco labrado, y también un capitel encontrado en el cortijo de «Casinas», cerca de la Junta de los Ríos, del tipo llamado «de acanto espinoso».

A esto hay que sumar numerosas piezas halladas en puntos de excavaciones fortuitas, pues por circunstancias ajenas a la investigación arqueológica aparecieron objetos que dieron pie a la misma.

### 23. Vicente García de Diego López: estudio toponímico

Planteándose el origen de nuestra ciudad desde el punto de vista toponímico, García de Diego busca las raíces semánticas de su nombre. Y descubre las relaciones con pueblos que en sus tierras se establecieron o que simplemente transitaron. Jerez fue la Ceret de época fenicia y la Xeres de los árabes, en la que los nombres mezclan sus raíces fénico-púnico y etrusco.

«Ceret, 'ciudad' en sirio, puede proceder de los fenicios de Sidón, de donde vino 'Sidonia'. Su semejanza con Kart, 'ciudad', en púnico, es indudable...

Sin embargo, si nos atenemos a la terminación, se parece a Osset (frente a Sevilla), Callet (Cort. de Moguejejo en Conil),... y más a Nepet (ciudad etrusca de Italia). Este topónimo impulsó a Hubschmidt a pensar en un origen etrusco.

...En fin, que no podríamos decir si Ceret es fenicio, etrusco o libio» (212).

Pero añade un nuevo elemento, el íbero, basando su hipótesis en el siguiente razonamiento:

«...la homónima Ceret (ant. Seria), la Fama Iulia de los romanos, la Xerisa de los árabes, 'tierra áspera', la actual Jerez de los Caballeros, de no ser una confusión, se supone importada por los turduli veteres o íberos y para dar crédito a esta idea hay que admitir que Ceret podría ser íbera, con lo que aumentaríamos la vacilación respecto al origen del topónimo. También se admite una mezcla libio-ibérica» (213).

Pone énfasis en destacar un elemento, aunque no nuevo sí olvidado en parte; nos referimos al elemento ligur. Pueblo que empujado por los celtas llegó en el siglo VII a los Alpes, y del que en Andalucía

«...encontramos alusiones directas a su nombre; el lacus Ligustinus es citado por Avieno, y Stephanus de Bizancio nos dice que «ligustine» está en la Iberia occidental, cerca de Tartessos. El lago Ligustino nos lo describe mela 'non longe a mari (Baetis) grandem lacum fecit', como formado por el Betis y cerca del mar. El mismo Avieno nos confirma que el 'Tartessum amnis ex ligustino lacu per aperta fluens'» (214).

Evidentemente no podemos demostrar una relación directa con la ciudad, pero sí la posible presencia histórica en su término de este elemento, puesta de relieve en las referencias alusivas al lago Ligustino, que ocupó la desembocadura del gran río andaluz, llámesele Tartessos, Betis o Guadalquivir, durante el periodo Prehistórico y la Edad Antigua (215).

«Al norte de Jerez y no muy lejos se localiza en las Mesas de Asta, en un estuario del primitivo lacus Licustinus. Su fama, de acuerdo con su importancia, explica sus numerosas citas: Strab. (III-140), Mel. (III-1-4), Ptol. (II-4-12), Cosmo. Rav. (305-6), Hirt-B. Hisp. (36) y el CIL-II p. 175 y 695.

La raíz Ast- recuerda a Ast-igi y Ast-apa. Según Schulten y Humboldt podría ser ligur o iliria, pues hay Asta en Tracia; Asta, luego Asti, en Piamonte; Asta en el norte de Liguria. Se cree que en Asta los Turdetanos celebraban sus asambleas.

El adjetivo Regia podría ser de los reyes Tartésicos, según el P. Flórez, o del griego 'Rhegium'... Lo cierto es que esta zona se llamó 'Regio' en la época árabe» (216).

Ratifica las opiniones que defienden la diferenciación entre Jerez y Asta Regia, inclinándose por la teoría que identifica Asido con la actual Medina Sidonia. Sobre el término Asido nos dice lo siguiente:

«Llamada Asidonia en Plin. III-11 y en Ptol. II-4-10, en las monedas Asido, Asido Caesariana y Asidonia Caesariana (ya época de Augusto), fue un municipio romano... los restos romanos son muy numerosos. Sidonia, en sus orígenes, la ocuparon los ti-

rios de Sidón. Allí estuvieron los árabes de Palestina que llamaron a esta región Felistin y el nombre árabe de Xeduna se aplicó a toda la región, de donde encontramos Xeres Saduña (moro Rasis), Sidueña; luego Cidueña en el sur...» (217).

«Xera» es un término definido por García de Diego como otro componente posible del pasado jerezano que se remonta a la época de la presencia griega en las costas andaluzas.

«Recogida por Steph. de Biz. 'Xera Hispaniae oppidum ad Herculis columnae' tomado de Teopompo del siglo IV a. J.C.

Se piensa que esta Xera podría significar como Xer 'fortaleza'. Pero ya Marcial nos habla de Ceret y se creen latinismos a Seritum.

Entre los árabes vuelve a hablarse Xera 'tierra seca de los esteros', pero Xeris es 'la laguna'. Xeres Saduña y la Xeres Sidonis de Fernando I no quieren decir otra cosa que Sidonia extendía su jurisdicción hasta esta ciudad. Ya con Juan I se llamó Xeres de la Frontera» (218).

Así pues, dos nombres aparecen vinculados con el nacimiento de nuestra ciudad, el griego Xera y el fenicio Ceret, más tarde evolucionarán hacia el Xeres árabe y medieval.

#### 24. Breve conclusión final

Realmente, a la hora de llegar a una posible conclusión final, es difícil hacer afirmaciones rotundas que pueden tener un auténtico rigor histórico. La Historia de Jerez en la época antigua, anterior a la llegada de los musulmanes, es confusa en determinados aspectos, y complicada de dilucidar, ya que los datos históricos son pocos, o al menos son pocos aquellos que con certeza nos hablan de la verdadera antepasada del Jerez actual, y no de los núcleos urbanos que hayan podido serlo, pero cuya demostración no está convenientemente comprobada.

Como ya dijimos, los historiadores de los siglos XVII al XIX adaptaron los testimonios a sus intereses particulares, desvirtuando la verdad. Ello dio lugar a polémicas, opiniones encontradas y gran profusión de teorías, entre las que Bertemati trató de poner orden, como ya hemos visto.

El término de Jerez fue habitado desde la Prehistoria, y tuvo un abundante poblamiento, siendo zona de tránsito cultural. Ello implica la existencia de importantes yacimientos arqueológicos que lo atestiguan. Es posible que esos asentamientos humanos cambiaran de lugar según las necesidades del momento y las épocas históricas, ello tal vez sirva para dar la razón a todos aquellos historiadores partidarios de considerar uno y otro determinado núcleo como antecesor de esta ciudad, pues todos y ninguno pudieron serlo; siendo posiblemente Jerez el resultado de todo ese proceso histórico.

Examinando los cronicones del siglo XVII que pretendían identificar la ciudad con la Asti italiana, y con ello la versión del P. Roa, aparecen diversas teorías contradictorias que es preciso comparar brevemente. Mientras Mesa Xinete abogaba por la reivindicación de un pasado excesivamente rico y variado en el que nuestra ciudad había recibido nombres tan diversos como Turdeto, Carteia, Xera, Asta Regia, Asido Cesariana, Asidonia, Xerez Saduña, Xerez Sidonia, etc., lo que significaba que había pasado por ser capital tartésica, ilustre colonia romana, importante ciudad visigoda; otros autores escogían un único antecedente. Para Rallón y para A. Castro sería Asta, en cambio para Bartolomé Gutiérrez sería heredera de Asidonia, no sin considerar a la primera como antecesora lejana. Historiadores posteriores tomaron conciencia de la imposibilidad de definirse tajantemente por una sola candidata, cuando tal vez ello respondiese a la realidad. Ya Bertemati dejó claro que Asta se hallaba situada en Mesas de Asta, por lo tanto lejos de la actual ciudad, afirmando de ésta que sin ser Asta Regia era anterior a los romanos y sin ser Asidonia era también anterior a los godos, luego su existencia era patente, pero no definida. Tal vez un poblamiento más o menos diseminado en el término denominado de Sidonia junto a la sierra de San Cristóbal hasta el Guadalete y extendiéndose hacia las cercanías de Jerez, dio origen a la que ya en tiempos del dominio musulmán tenía entidad urbana. Aunque tampoco podemos olvidar los asentamientos en los Llanos de Caulina y sus aledaños.

En consecuencia, lo fundamental es admitir el rico pasado histórico de las tierras que nos rodean como pieza clave en el planteamiento de su Historia inicial, pues dentro de ellas nació y creció el actual núcleo urbano.

## BIBLIOGRAFIA

- ABAD, L. *El Guadalquivir, río de la historia de España*. Sevilla, 1973.
- ACOSTA MARTÍN, J. *Historia de Sevilla*. Sevilla, 1982.
- ARRIAGA BELDUI, Pedro. *Manual de Historia de España*. Tomo I. Madrid, 1971.
- BALLET, J., GIBERT, J. y MOYA-SOLA, S. *El comercio de Cerdeña en el siglo X: la evolución de las primeras proliferaciones de cerdeños en Aragón*. *Revista Arqueológica*. Año 4 - Segunda Época, 19, p. 17-22.
- BALLET, J. *Historia de Cerdeña*. Barcelona, 1982.
- BARRAL, Juan Carlos. *Teoría y práctica de la historia*. Madrid, 1980.
- BARRAL, J. y BARRAL, V. *Primeros siglos del siglo X. Estudios de historia de España*. Tomo I. Sevilla, 1982.
- BARRAL, A. *Las bases económicas del Imperio de los Bizantinos*. *Estudios de Historia Antigua de la Península Ibérica*. Barcelona, 1980.
- *Los iberos*. Barcelona, 1976.
- *Las bases económicas del Imperio de los Bizantinos*. Barcelona, 1974.
- BARRAL, V. *Historia de España*. Madrid, 1972. Tomo I.
- BARRAL, A. GALAN, Manuel. *La Antigüedad Ibérica de Andalucía*. Madrid, 1980, p. 79-112.
- *Notas sobre los siglos decimonoveno y veinteavo de la historia de España*. *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Año 4 (1977) p. 171-205.
- BARRAL, J. *Historia de España*. Madrid, 1972. Tomo I.

- ABAD, L. *El Guadalquivir, vía fluvial romana*. Sevilla, 1975.
- ACOSTA MARTINEZ, Pilar. *El paso a la economía de producción*. Cuadernos de Trabajo de H.<sup>a</sup> de Andalucía. Tomo I: Prehistoria y Antigüedad. Sevilla 1982.
- AGUADO BLEYE, Pedro. *Manual de Historia de España*. Tomo I. Madrid, 1971.
- AGUSTI, J., GIBERT, J. y MOYA-SOLA, S. *El «Hombre de Orce»: su significado en la evolución de los primeros pobladores en Europa*. Revista Arqueológica. Año 4 - Segunda Epoca, 29. p. 17-22.
- ALMAGRO, Martín. *A propósito de un nuevo ídolo de mármol*. Ampurias, 1952.
- ALONSO, Juan Carlos. *Tartessos: ocaso de un día y una noche*. Madrid, 1980.
- AMORES, F. y HURTADO, V. *Primeras Edades del Metal*. Cuadernos de Trabajo de Historia de Andalucía. Tomo I: Prehistoria y Antigüedad. Sevilla, 1982.
- ARRIBAS, A. *Las bases económicas del Neolítico al Bronce*. Estudios de Economía antigua de la Península Ibérica. Barcelona, 1968.
- *Los iberos*. Barcelona, 1976.
- *Lecciones de Prehistoria*. Barcelona, 1974.
- ATLAS histórico Mundial*. Madrid, 1973. Tomo I.
- BENDALA GALAN, Manuel. *La Antigüedad*. Historia de Andalucía. Madrid, 1980, p. 79-182.
- *Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos*. Habis 8. (1977) p. 177-205.
- BLANCO FREIJEIRO, Antonio. *Historia de Sevilla: La ciudad antigua (de la Prehistoria de los visigodos)*. Sevilla, 1984.

- BERTEMATI Y TRONCOSO, Manuel de. *Discurso sobre las historias y los historiadores de Xerez de la Frontera, dirigida a la Real Sociedad Económica Xerezana en Noviembre de 1863*. Jerez, 1883.
- BLAZQUEZ, José M.<sup>a</sup> *Arte y religión entre los íberos*. Historia 16, I-1 (1976) p. 89-84.
- *Economía de la Historia Romana*. Bilbao, 1978.
- *Estado de la Romanización de Hispania bajo César y Augusto*. Emerita XXX (1962) p. 92.
- *Religiones primitivas de España I: condicionamientos geográficos, Edad Antigua*. Madrid, 1962.
- *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*. Salamanca, 1968.
- BRADLEY, Enrique. *Historia de los Godos desde los tiempos primitivos hasta el fin de la dominación goda en España*.
- CABO, Angel. *Condicionamientos geográficos: Edad Antigua*. Madrid, 1981.
- CANCELA Y RUIZ, Manuel. *Historia de Jerez*. Jerez, 1883.
- CARO BAROJA, Julio. *Los pueblos de España*. Madrid, 1981.
- *La realeza y los reyes en la España Antigua*. Estudios sobre la España Antigua. Cuadernos de la Fundación Pastor 17 (1971) p. 51-159.
- CARRIAZO, Juan de Mata. *El Carambolo*. Sevilla, 1978.
- CASA-VARGAS MACHUCA, Marqués de. *Copia auténtica del memorial de Servicios de L.M.N. ciudad de Xerez de la Frontera, presentó a la cathólica Majestad del Señor Felipe IV, para que se le restituyese a su antigua dignidad de voto a Cortes*.
- CASTRO, Adolfo de. *Historia de Cádiz y su provincia, desde los remotos tiempos hasta 1814*. Cádiz, 1858.
- *Historia de la M.N., M.L. y M.I. ciudad de Xerez de la Frontera*. Cádiz, 1945.
- COLLANTES DE TERAN, Antonio. *Andalucía antigua y medieval*. Los Andaluces. Madrid, 1980; p. 69-105.
- CORZO SANCHEZ, Ramón. *Arte antiguo*. Cádiz y su provincia III (1984) p. 135-171.
- CUENCA, Hermenegildo. *Descripción geográfica e histórica de la provincia de Cádiz*. Cádiz, 1879.

- CHIC GARCIA, G., DIAZ DEL OLMO, F. y CABALLOS RUFINO, A. *Un posible enlace entre las marismas del Guadalquivir y del Guadalete durante la Antigüedad clásica*. V Reunión del Grupo Español de Trabajo de Cuaternario (1981) p. 199-209.
- DAVILA, José A. *Apuntes para la Historia de Jerez de la Frontera*. Jerez. DICCIONARIO Enciclopédico Ilustrado de la provincia de Cádiz. Madrid, 1985. Tomos I y V.
- DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio. *Andalucía ayer y hoy*. Barcelona, 1983.
- DRAIN, Michel. *El solar andaluz*. Los Andaluces. Madrid, 1980; p. 15-19.
- EGEA RODRIGUEZ, Juan. *Figuras gaditanas*. Madrid, 1974.
- ESTEVE GUERRERO, Manuel. *Ara funeraria de Asta Regia y otros hallazgos*. Archivo Español de Arqueología, XXXVI (1963).
- *Asta Regia: una ciudad tartésica*. Tartessos, V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Jerez, 1968 (1969) p. 111-118.
- *Excavaciones de Asta Regia (Mesas de Asta, Jerez): campaña de 1942-43*. Acta Arqueológica Hispánica III. Madrid, 1945.
- *Excavaciones de Asta Regia (Mesas de Asta, Jerez): campaña de 1945-46*. Informes y memorias, 22. Madrid, 1950.
- *Excavaciones de Asta Regia (Mesas de Asta, Jerez): campaña de 1949-50 y 1955-56*. Boletín del Centro de Estudios H.<sup>o</sup> Jerezanos. Jerez, 1967.
- *Idilo cilíndrico de mármol hallado en Lebrija*. Archivo Español de Arqueología, XXXVI (1963).
- *Jerez de la Frontera (Guía Oficial de Arte)*. Jerez, 1952.
- *Miscelanea arqueológica jerezana*. Jerez, 1979.
- *Museo Arqueológico Municipal*. Jerez, 1979.
- *Piezas visigodas inéditas de la Colección Arqueológica Municipal de Jerez*. Archivo Español de Arqueología, XXXVI (1963).
- FERREIRO LOPEZ, Manuel. *Asta Regia según los geógrafos antiguos*. Gades, 9 (1982) p. 155-177.
- *Inscripciones relativas a Asta Regia*. Gades, 11 (1982) p. 85-104.
- FLETCHER, D. *Problemas de la cultura ibérica*. Valencia, 1960.
- GARCIA BELLIDO, Antonio. *Arte Ibérico*. Ars Hispaniae I. Madrid, 1986.
- *España y los españoles de hace dos mil años: según la «Geografía» de Strabón*. Madrid, 1968.
- *La España del siglo primero de nuestra Era: según Pomponio Mela y Plinio*. Madrid, 1947.
- *Fenicios y Carthagineses en Occidente*. Madrid, 1942.

GARCIA DE DIEGO LOPEZ, Vicente. *Toponimia de la zona de Jerez de la Frontera*. Jerez, 1972.

GARCIA FIGUERAS, Tomás. *Un siglo de historias e historiadores de Jerez (1863-1972)*. Jerez, 1974.

GARCIA MANRIQUE, Eusebio. *El medio geográfico*. Historia de Andalucía. Madrid, 1980. Tomo I, p. 15-78.

GAYA NUÑO, Juan Antonio. *La escultura ibérica*. Madrid, 1946.

— Las repercusiones del arte ibérico. Historia 16, I-1 (1976) p. 95-98.

GONZALEZ, Julio. *Inscripciones romanas de la provincia de Cádiz*. Cádiz, 1982.

GRANDALLANA Y ZAPATA, Luis de. *Noticia histórica de algunos de los momentos de Jerez, ilustrada con noticias inéditas, y precedida de un prólogo del Excmo. Sr. D. Adolfo de Castro y Rossi*. Jerez, 1885.

GRAN Enciclopedia de Andalucía. Sevilla, 1979.

GUADAN, Antonio Manuel de. *Idioma y escritura prerromana en la Península Ibérica*. Historia 16, I-1 (1976) p. 104-106.

— Numismática ibérica e ibero-romana. Madrid, 1969.

— Numismática prerromana en la Península Ibérica. Historia 16, I-1 (1976) p. 106-108.

GUICHOT, Joaquín. *Historia General de Andalucía, desde los tiempos más remotos hasta 1868*. Sevilla, 1869.

GUTIERREZ, Bartolomé D. *Historia del estado presente y antiguo de la M.N. y M.L. ciudad de Xerez de la Frontera, que se dedica a su Nobilísimo Senado y Celeberrimo Ayuntamiento por su autor*. Jerez, 1986-87.

— Reflexión sobre la opinión admitida por M.R.P. Mro. Fr. Enrique Flórez, que niega la identidad de Asta con Jerez de la Frontera, que dedica rindiendo homenaje al muy ilustre caballero D. Nicolás Carrillo de Mendoza. Jerez, 1754.

HISTORIA de Andalucía. Barcelona, 1980. Tomo I.

HOMERO. *La Iliada*. Madrid, 1984.

— *La Odisea*. Madrid, 1984.

HUBNER, Emilio. *Inscripción histórica de Hasta Regia, anterior a la época del Imperio Romano*. Boletín de la Real Academia de la Historia, XIII (1888) p. 18-19.

LACOMBA, J.A. *Aproximación a la Historia de Andalucía*. Madrid, 1979.

LERDI-GOURHAN, Andre. *La Prehistoria*. Barcelona, 1976.

LOPEZ MONTEAGUDO, G. *Panorama de la colonización griega en la Península Ibérica*. Archivo Español de Arqueología, 50-51 (1977-78) p. 3-14.

MADOZ, Pascual. *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*. Madrid, 1845-1850. Tomo IX.

MALUQUER DE MONTES, Juan. *La civilización de Tartessos*. Granada, 1985.

— *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*. Barcelona, 1968.

— *Pueblos Iberos*. Historia de España dirigida por Menéndez Pidal. Madrid, 1954. Tomo I-3.

— *Tartessos: la ciudad sin historia*. Barcelona, 1970.

MARTI OLIVER, B. *El Neolítico de la Península Ibérica: estado actual de los problemas relativos al proceso de Neolitización y evolución de las culturas neolíticas*. Rev. Saguntum, 13 (1978) p. 59-98.

MARTIN DE LA TORRE, A. *Tartessos: Geografía, Historia del Suroeste de España*. Sevilla, 1940.

MASDEU, Juan. *Historia crítica de España y de la Cultura Española*. Madrid, 1967. Tomos V, VI y VII.

MAZARRASA, Rafael. *Andalucía prehistórica*. Los Andaluces. Madrid, 1952, p. 31-67.

MELLADO, Francisco de Paula. *diccionario Universal de Historia y de Geografía*. Madrid, 1852. Tomos I y II.

MENANTEAU, L. y POU, A. *Las marismas du Guadalquivir: apòrt de la teledetection et de l'Archeologie a la reconstitution du paysage*. Caesardunum. Colloque pour une Archeologie du Paysage. París, 1977. Separata.

MENENDEZ PELAYO, Marcelino. *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid, 1948.

MENENDEZ PIDAL, *Historia de España*. Madrid, 1954. Tomo I.

MESA XINETE, Francisco de. *Historia Sagrada y Política de la M.N. y M.L. ciudad de Tarteso, Turdeto, Asta Regia, Asido Cesariana, Lara, Jerez Siodonia, hoy Jerez de la Frontera...* Jerez, 1880.

MUÑOZ, A. M. *Estado actual sobre la investigación del neolítico español*. Piraene, 6 (1970).

MUÑOZ Y GOMEZ, Agustín. *Historiógrafos y antigüedades de Jerez de la Frontera. 1447-1889*. Jerez, 1982.

PARADA Y BARRETO, Diego Ignacio. *Hombres ilustres de la ciudad de Jerez de la Frontera: precedidos de un informe histórico de la misma población*. Jerez, 1875.

PELLICER CATALAN, M. *Las civilizaciones neolíticas hispanas*. Raíces de España. Madrid, 1977.

PELLICER CATALAN, M. y ACOSTA MARTINEZ, P. *El Neolítico antiguo en Andalucía Occidental*. Colloque Neolithique Ancien. Montpellier 1981. *Archeologie en Languedoc*, n.º especial (1982).

PEMAN, César. *Alfares y embarcaderos romanos en la provincia de Cádiz*. *Archivo Español de Arqueología*, XXXII (1959) p. 169-173.

— *Memoria sobre la situación arqueológica de la provincia de Cádiz en 1940*. *Informes y Memorias*, 1 (1954).

— *Nuevas contribuciones al estudio del problema de Tartessos*. *Archivo Español de Arqueología*, XIV (1940-41) p. 177-187.

— *Nuevas precisiones sobre las vías romanas en la provincia de Cádiz*. *Archivo Español de Arqueología*, XXI (1948) p. 255-268.

— *El paisaje tartésico de Avieno*. Madrid, 1941.

— *Xera, Cerit y Tartessos*. Investigación y progreso. Madrid, 1935.

PERICOT, Luis. *Schulten y Tartessos*. Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular. Jerez, 1968. (1969) p. 73-74.

PERICOT, L. y BALLESTER, R. *Historia de Roma*. Barcelona, 1973.

QUEROL, M.<sup>a</sup> A. y SANTOJA, M. *El Aculadero*. *Revista de Arqueología*. Año 4 - Segunda época, 29. p. 9-15.

QUINTANILLA RASO, M.<sup>a</sup> Concepción. *Final del Imperio y etapa visigoda*. Cuadernos de trabajo de Historia de Andalucía, Tomo I: Pre-historia y Antigüedad. Sevilla, 1982.

RALLON, Esteban. *Historia de Jerez de la Frontera*. Jerez, 1890.

— *Historia de la M.N. y M.L. ciudad de Jerez de la Frontera*. Jerez, (S.a.).

REPETTO BETES, José Luis. *Libro-recuerdo de la fundación del obispado Asidonense-jerezano*. Jerez, 1980.

RODRIGUEZ CARRION, José. *Xeritium. Complementos bibliográficos para la Historia de Jerez de la Frontera*. Jerez, 1983.

RODRIGUEZ NEILA, Juan Francisco. *El marco socio-económico y cultural en época romana*. Cuadernos de trabajo de Historia de Andalucía. Tomo I: Prehistoria y Antigüedad. Sevilla, 1982.

— *Política y administración de la Bética*. Cuadernos de trabajo de Historia de Andalucía. Tomo I: Prehistoria y Antigüedad. Sevilla, 1982.

ROLDAN HERVAS, José Manuel. *Itineraria Hispania: fuentes antiguas para el estudio de las vías romanas en la Península Ibérica*. Madrid, 1975.

RUIZ LAGOS, Manuel. *Antonio de Góngora: materiales para la Historia de Jerez*. Jerez, 1976.

RUIZ MATA, Diego. *Aportación al análisis de los inicios de la presencia fenicia en Andalucía Sudoccidental, según las excavaciones del Cabezo de San Pedro (Huelva), Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) y El Carambolo (Camas, Sevilla)* Homenaje a Luis Siret (1934-84). Sevilla, 1986 p. 537-556.

— *Cerámica fenicia de Cerro de Doña Blanca (Puerto de Santa María)*. *Aula Orientalis*, 3 (1985) p. 241-263.

— *Poblado tarteso de Castillo de Doña Blanca: la ciudad sin nombre*. *Lápiz*, 6 (1983) p. 63-65.

SANCHEZ DRAGO, Fernando. *Gárgoris y Habidis: una historia mágica de España*. Madrid, 1980.

SANTERO SANTURINO, José M.<sup>a</sup>. *De la crisis de Tartessos a las Guerras Púnicas*. Cuadernos de trabajo de Historia de Andalucía. Tomo I: Prehistoria y Antigüedad. Sevilla, 1982.

SCHULTEN, Adolf. *Asta Regia*. *Archivo Español de Arqueología*, XIV (1940-41) p. 249-256.

— *Tartessos*. Madrid, 1972.

SILLIERES, P. *La vía Augusta de Córdoba a Cádiz*. *Melages de la Casa de Velázquez*, XII (1976).

TARRADELL, Miguel. *Arte ibérico*. Barcelona, 1968.

— *Los íberos hoy*. *Historia* 16, I-1 (1976) p. 84-88.

— *Primeras culturas*. Historia de España dirigida por Tuñón de Lara.

— *Problemas del Neolítico*. I Symposium Prehistoria Ibérica. Pamplona, 1959. Barcelona, 1960.

TARRADELL, M., FONTANALS, R. y TARRADELL-FONT, N. *Sociedad y economía íbera*. *Historia* 16, I-1 (1976) p. 99-103.

TORRES BALBAS. *Las ruinas de las Mesas de Asta Regia (Cádiz)*. Al-Andalus. Madrid, 1948.

TOVAR, Antonio. *Historia del Antiguo Oriente*. Barcelona, 1978.

— *Historia de Grecia*. Barcelona, 1972.

TOVAR, A. y BLAZQUEZ, J.M. *Historia de la Hispania Romana*. Madrid, 1978.

VALLESPI PEREZ, Enrique. *Poblamiento y primeras culturas*. Cuadernos de trabajo de Historia de Andalucía. Tomo I: Prehistoria y Antigüedad. Sevilla, 1982.

VALLESPI PEREZ, E. (y otros). *Complejos de cantos tallados y bifaces en el Bajo Guadalquivir: perspectivas de su estudio*. Sevilla, 1982.

YAÑEZ, I. y MARTINER ALLIER, J. *Jerez en lo pasado y en lo presente: Esbozos*. Jerez, 1892.

## NOTAS

(1) ...  
 (2) ...  
 (3) ...  
 (4) ...  
 (5) ...  
 (6) ...  
 (7) ...  
 (8) ...  
 (9) ...  
 (10) ...  
 (11) ...  
 (12) ...  
 (13) ...  
 (14) ...  
 (15) ...  
 (16) ...  
 (17) ...  
 (18) ...  
 (19) ...  
 (20) ...  
 (21) ...  
 (22) ...  
 (23) ...  
 (24) ...  
 (25) ...  
 (26) ...  
 (27) ...  
 (28) ...  
 (29) ...  
 (30) ...  
 (31) ...  
 (32) ...  
 (33) ...  
 (34) ...  
 (35) ...  
 (36) ...  
 (37) ...  
 (38) ...  
 (39) ...  
 (40) ...  
 (41) ...  
 (42) ...  
 (43) ...  
 (44) ...  
 (45) ...  
 (46) ...  
 (47) ...  
 (48) ...  
 (49) ...  
 (50) ...  
 (51) ...  
 (52) ...  
 (53) ...  
 (54) ...  
 (55) ...  
 (56) ...  
 (57) ...  
 (58) ...  
 (59) ...  
 (60) ...  
 (61) ...  
 (62) ...  
 (63) ...  
 (64) ...  
 (65) ...  
 (66) ...  
 (67) ...  
 (68) ...  
 (69) ...  
 (70) ...  
 (71) ...  
 (72) ...  
 (73) ...  
 (74) ...  
 (75) ...  
 (76) ...  
 (77) ...  
 (78) ...  
 (79) ...  
 (80) ...  
 (81) ...  
 (82) ...  
 (83) ...  
 (84) ...  
 (85) ...  
 (86) ...  
 (87) ...  
 (88) ...  
 (89) ...  
 (90) ...  
 (91) ...  
 (92) ...  
 (93) ...  
 (94) ...  
 (95) ...  
 (96) ...  
 (97) ...  
 (98) ...  
 (99) ...  
 (100) ...

TOVAR, A. y BLAZQUEZ, J.M. *Historia de la Hispania Romana*. Madrid, 1974.

VALLESPI PEREZ, Enrique. *Poblamiento y primeras culturas*. Cuadernos de trabajo de Historia de Andalucía. Tomo I. Prehistoria y Antigüedad. Sevilla, 1982.

VALLESPI PEREZ, E. (coord.). *Compendio de cursos (últimos) e informes de los departamentos prehistóricos de su estado*. Sevilla, 1982.

VAREZ, I. y MARTINEZ ALIER, J. *Deriva en la península y su importancia*. Valencia, 1982.

2ATON

- (1) MESA XINETE, Francisco de. «Historia Sagrada y Política...», pág. 5.
- (2) TARRADELL, Miguel. «Primeras Culturas e Hispania Romana», pág. 19.
- (3) Idem, pág. 18.
- (4) RALLON, Esteban. «Historia de Xerez...». Tomo I, págs. 6-7.
- (5) ESTRABON. III, 1, 9.
- (6) CORZO SANCHEZ, Ramón. «Arte antiguo» p. 143.
- (7) RALLON, Esteban. «Historia de Xerez...» Tomo I, p. 6-7.
- (8) GUTIERREZ, Bartolomé. «Historia de Xerez...» p. 45-46.
- (9) ESTRABON. III, 1, 9.
- (10) GUTIERREZ, Bartolomé. «Historia de Xerez...» p. 48.
- (11) Idem.
- (12) MELA, Pomponio. III, 5.
- (13) GARCIA MANRIQUE, Eusebio. «El medio geográfico» Tomo I, p. 50.
- (14) VALLESPI PEREZ, Enrique. «Poblamiento y primeras culturas», p. II.
- (15) Idem, p. III.
- (16) QUEROL, M.A. y SANTOJA, M. «El Aculadero», p. 12.
- (17) GAVALA Y LABORDE, Juan. «Los orígenes de las islas gaditanas» p. 25.
- (18) Idem, p. 27-28.
- (19) MAZARRASA, Rafael. «Andalucía Prehistórica», p. 37.
- (20) PERICOT GARCIA, Luis. «L'Espagne avant la conquête romaine».
- (21) VALLESPI PEREZ, Enrique. «Poblamiento y primeras culturas» p. VIII.
- (22) ACOSTA MARTINEZ, Pilar. «El paso a la economía de producción» p. II.
- (23) ARRIBAS, A. «Lecciones de Prehistoria» p. 109.
- (24) PELLICER CATALAN, M. «Las civilizaciones neolíticas hispanas» p. 43.
- (25) MAZARRASA, Rafael. «Andalucía Prehistórica» p. 45-46.
- (26) Idem, p. 51.
- (27) ESTEVE GUERRERO, Manuel. «Idolo cilindrico...».
- (28) ALMAGRO, Martín. «A propósito del nuevo idolo cilindrico...» p. 204.
- (29) TARRADELL, Miguel. «Primeras culturas» p. 78.
- (30) ALONSO, Juan Carlos. «Tartessos...» p. 7.
- (31) TARRADELL, Miguel. «Primeras culturas» p. 129.
- (32) SCHULTEN, Adolf. «Asta Regia» p. 249.
- (33) MALUQUER, Juan. «Tartessos» p. 22.
- (34) ESTRABON. III, 1, 6.
- (35) MALUQUER, Juan. «Tartessos», pág. 164.
- (36) Idem, pág. 20.
- (37) RODRIGUEZ NEILA, Juan Francisco. «En los orígenes de Andalucía...», pág. 19.
- (38) BLAZQUEZ, José M. «Tartessos y los orígenes de la colonización...», pág. 211.
- (39) BLANCO FREIJEIRO, Antonio. «Historia de Sevilla...».
- (40) SANCHEZ DRAGO, Fernando. «Gárgoris y habidis». Tomo I, pág. 119.
- (41) RODRIGUEZ NEILA, Juan Francisco. «En los orígenes de Andalucía...», pág. 12.

- (42) MENENDEZ PELAYO, Marcelino. «Historia de los heterodoxos...», pág. 225.
- (43) BLANCO FREIJEIRO, Antonio. «Historia de Sevilla».
- (44) MALUQUER DE MOTES, Juan. «La civilización de Tartessos», pág. 140.
- (45) Idem.
- (46) RODRIGUEZ NEILA, Juan Francisco. «En los orígenes de Andalucía...», pág. 26.
- (47) MALUQUER DE MOTES, Juan. «La civilización de Tartessos», pág. 140.
- (48) CARRIAZO, Juan de Mata. «El Carambolo».
- (49) ESTRABON III, 1, 6.
- (50) Los pueblos del Mediterráneo Oriental comenzaron sus expediciones a partir de fines del segundo Milenio, los fenicios partiendo de Tiro y Sidón extendieron sus redes comerciales hasta el extremo occidental del Mediterráneo desde el año 1200 aproximadamente. En cuanto a la colonización griega comenzó más tarde, a mediados del siglo VIII a. J.C.
- (51) A través de ellas se llegaba a la colonia fenicia de Gades, fundada en 1100, fin del mundo conocido.
- (52) TARRADELL, Miguel. «Primeras culturas». Tomo I, págs. 47-195.
- (53) MALUQUER DE MOTES, Juan. «La civilización de Tartessos», pág. 81.
- (54) YAÑEZ, Ildefonso y MARTINEZ ALLIER, J. «Jerez en lo pasado y en lo presente...», pág. 15.
- (55) ESTRABON. III, 1, 4.
- (56) MALUQUER, Juan «La civilización de Tartessos» p. 89.
- (57) RUIZ MATA, Diego. «Aportación al análisis de los inicios...» p. 547.
- (58) RUIZ MATA, Diego. «La ciudad sin nombre» p. 64-65.
- (59) MALUQUER, Juan. «La civilización de Tartessos» p. 100.
- (60) HOMELO «La Iliada» p. 163.
- (61) ESTRABON, III, 2, 2.
- (62) FERREIRO LOPEZ, Manuel. «Asta Regia según los geógrafos antiguos» p. 158-159.
- (63) SANTERO SANTURINO, José M.<sup>a</sup> «De la crisis de Tartessos a las Guerras Púnicas»
- p. II.
- (64) Idem, p. III.
- (65) TARRADELL, M., RAFAEL FONTANALS y TARRADELL-FONT, N. Sociedad y economía ibérica» p. 100.
- (66) Idem.
- (67) GUADAN, A.M. de. Idioma y escritura prerromana en la Península Ibérica» p. 106.
- (68) SANTERO SANTURINO, José M.<sup>a</sup>. «De la crisis de Tartessos a las Guerras Púnicas»
- p. VIII.
- (69) BLANCO FREIJEIRO, Antonio. «Historia de Sevilla» p. 109.
- (70) Idem., p. 170-171.
- (71) RODRIGUEZ NEILA, J.F. «El marco socio-económico y cultural en época romana»
- p. V.
- (72) COLLANTES DE TERAN, Antonio. «Andalucía Antigua y Medieval» p. 73.
- (73) ESTEVE GUERRERO, Manuel. «Miscelanea Arqueológica...» p. 4.
- (74) QUINTANILLA, Concepción. «Final del Imperio y etapa visigoda» p. VIII.
- (75) ESTRABON. III, 1, 9; III, 2, 2; III, 2, 5.
- (76) MELA, Pomponio. III, 4.
- (77) PLINIO. III, 11.
- (78) PTOLOMEO. II, 4, 4; II, 4, 10.
- (79) MARCIANO. II, 9.
- (80) ITINERARIO DE ANTONINO. 409, 1-4.
- (81) Idem.
- (82) ANONIMO DE RAVENA. 317, 3-9.
- (83) ROLDAN HERVAS, José M. «Itineraria Hispana...» p. 58.
- (84) PEMAN, César. «Nuevas precisiones sobre las vías romanas en la provincia de Cádiz» Madrid, 1948.

- (85) BERTEMATI Y TRONCOSO, Manuel de. «Discurso sobre las historias...», pág. 18.
- (86) Idem, pág. 29.
- (87) Idem, pág. 30.
- (88) Autor de «De las cosas de España».
- (89) BERTEMATI Y TRONCOSO, Manuel de. «Discurso sobre las historias...», págs. 27-28.
- (90) RALLON, Esteban. «Història de Xerez...». Tomo I, págs. 5-6.
- (91) Idem, pág. 10.
- (92) Idem, pág. 12.
- (93) Idem, págs. 13-14.
- (94) Idem, pág. 18.
- (95) Idem, pág. 47.
- (96) Idem, pág. 56.
- (97) Idem, págs. 57-58.
- (98) Idem, págs. 59-60.
- (99) Idem, pág. 60.
- (100) Idem, págs. 61-63.
- (101) Idem, pág. 72.
- (102) Idem, págs. 66-67.
- (103) Idem, pág. 67.
- (104) Idem, pág. 89.
- (105) Idem, págs. 91-92.
- (106) Idem, pág. 141.
- (107) Idem, pág. 145.
- (108) Idem, pág. 162.
- (109) Idem, pág. 163.
- (110) Idem, pág. 186.
- (111) Idem, pág. 180.
- (112) Idem, pág. 202.
- (113) Idem, pág. 197.
- (114) Idem, pág. 7.
- (115) Idem, pág. 33.
- (116) Idem, págs. 37-38.
- (117) Idem, pág. 39.
- (118) Idem, págs. 39-40.
- (119) BERTEMATI Y TRONCOSO, Manuel de. «Discurso sobre las historias...», pág. 44.
- (120) PARADA Y BARRETO, Diego Ignacio. «Hombres ilustres...», págs. 216-217.
- (121) GUTIERREZ, Bartolomé D. «Reflexión sobre la opinión...», pág. 3.
- (122) Idem, págs. 196-197.
- (123) Idem, pág. 18.
- (124) Idem, pág. 28.
- (125) Idem, págs. 28-30.
- (126) Idem, págs. 45-47.
- (127) Idem, págs. 48-49.
- (128) Idem, pág. 90.
- (129) Theopompo vivió en el siglo IV a. J.C.
- (130) GUTIERREZ, Bartolomé D. «Historia del estado actual...», págs. 90-91.
- (131) Idem, pág. 91.
- (132) Idem, pág. 93.
- (133) Idem, pág. 101.
- (134) Idem, pág. 120.
- (135) Idem, pág. 152.
- (136) Idem, pág. 178.
- (137) Idem, pág. 161.

- (138) Idem, pág. 170.  
 (139) Idem, pág. 188.  
 (140) Idem, págs. 189-190.  
 (141) Idem, págs. 193-194.  
 (142) Idem, pág. 78.  
 (143) Idem, pág. 199.  
 (144) Idem, págs. 199-200.  
 (145) Idem, pág. 200.  
 (146) Idem, pág. 206.  
 (147) Palabras de M. Bertemati recogidas por J. L. Repetto Betes en el «Libro-recuerdo de la fundación del obispado Asidonense-jerezano», pág. 178.  
 (148) Idem, pág. 215.  
 (149) BERTEMATI Y TRONCOSO, Manuel de. «Discurso sobre las historias...», pág. 49.  
 (150) MESA XINETE, Francisco. «Historia Sagrada y Política...», pág. 22.  
 (151) Idem, pág. 15.  
 (152) Idem, pág. 23.  
 (153) Idem, pág. 23.  
 (154) Idem, pág. 24.  
 (155) Idem, pág. 24.  
 (156) Idem, pág. 36.  
 (157) Idem, pág. 39.  
 (158) CASTRO, Adolfo de: «Historia de Jerez», pág. 1.  
 (159) Idem, pág. 9.  
 (160) Idem, pág. 10.  
 (161) Idem, pág. 11.  
 (162) Idem, pág. 12.  
 (163) Idem, pág. 13.  
 (164) Idem, págs. 14-15.  
 (165) Idem, pág. 18.  
 (166) Idem.  
 (167) Idem, pág. 21.  
 (168) Idem.  
 (169) GARCIA FIGUERAS, Tomás. «Un siglo de historias e...», pág. 42.  
 (170) BERTEMATI Y TRONCOSO, Manuel de. «Discurso sobre las historias...», pág. 59.  
 (171) Idem, pág. 70.  
 (172) Idem, pág. 71.  
 (173) Idem, pág. 72.  
 (174) Idem, pág. 77.  
 (175) Idem, pág. 79.  
 (176) Idem, págs. 79-80.  
 (177) Idem, págs. 81-82.  
 (178) PARADA Y BARRETO, Diego Ignacio. «Hombres Ilustres...», págs. I-II.  
 (179) Idem, págs. II-III.  
 (180) Idem, pág. IV.  
 (181) GONZALEZ, Julio. «Inscripciones romanas de la provincia de Cádiz». Cádiz 1983.  
 (182) Idem.  
 (183) CANCELA, Manuel. «Historia de Jerez», pág. 7.  
 (184) Idem, págs. 5-6.  
 (185) Idem, págs. 9-10.  
 (186) YAÑEZ, ignacio y MARTINEZ ALLIER, J. «Jerez en lo pasado y en lo presente...», págs. 1-3.  
 (187) Idem, pág. 3.  
 (188) Idem, pág. 6.  
 (189) Idem, pág. 18.

- (190) Idem, pág. 19.  
 (191) Idem, págs. 26-27.  
 (192) PLINIO. III, 11.  
 (193) MARTIN DE LA TORRE, A. «Tartessos: Geografía, Historia del Suroeste de España» p. 135.  
 (194) Idem, pág. 136.  
 (195) Idem, pág. 138.  
 (196) DICCIONARIO Enciclopédico Ilustrado de la provincia de Cádiz» T. V, p. 120.  
 (197) PEMAN, César. «Nuevas contribuciones al estudio de Tartessos» pág. 177.  
 (198) PEMAN, César. «Alfares y embarcaderos romanos en la provincia de Cádiz» p. 173.  
 (199) PEMAN, César. «Nuevas contribuciones...» pág. 179.  
 (200) Idem, pág. 181.  
 (201) Idem, pág. 185.  
 (202) ESTEVE GUERRERO, Manuel. «Excavaciones de Asta Regia... Campañas de 1945-46» pág. 9.  
 (203) MENANTEAU, L. y POU, A. «Les marismas du Guadalquivir...».  
 (204) SCHULTEN, Adolf. «Asta Regia» p. 251.  
 (206) Idem, pág. 37.  
 (207) Idem, págs. 39-40.  
 (208) Idem, pág. 40.  
 (209) Idem, págs. 48-49.  
 (210) ESTEVE GUERRERO, Manuel. «Excavaciones de Asta Regia... Campañas de 1949-50 y 1955-56», pág. 14.  
 (211) Idem, pág. 33.  
 (212) GARCIA DE DIEGO, Vicente. «Toponimia de la Zona de Jerez de la Frontera», pág. 7.  
 (213) Idem, págs. 7-8.  
 (214) Idem, pág. 14.  
 (215) ALONSO, Juan Carlos. «Tartessos. Ocaso de un día y una noche».  
 (216) GARCIA DE DIEGO, Vicente. «Toponimia...», pág. 30.  
 (217) Idem, pág. 30.  
 (218) Idem, pág. 38.

1108	1908	1908	1908
1109	1909	1909	1909
1110	1910	1910	1910
1111	1911	1911	1911
1112	1912	1912	1912
1113	1913	1913	1913
1114	1914	1914	1914
1115	1915	1915	1915
1116	1916	1916	1916
1117	1917	1917	1917
1118	1918	1918	1918
1119	1919	1919	1919
1120	1920	1920	1920
1121	1921	1921	1921
1122	1922	1922	1922
1123	1923	1923	1923
1124	1924	1924	1924
1125	1925	1925	1925
1126	1926	1926	1926
1127	1927	1927	1927
1128	1928	1928	1928
1129	1929	1929	1929
1130	1930	1930	1930
1131	1931	1931	1931
1132	1932	1932	1932
1133	1933	1933	1933
1134	1934	1934	1934
1135	1935	1935	1935
1136	1936	1936	1936
1137	1937	1937	1937
1138	1938	1938	1938
1139	1939	1939	1939
1140	1940	1940	1940
1141	1941	1941	1941
1142	1942	1942	1942
1143	1943	1943	1943
1144	1944	1944	1944
1145	1945	1945	1945
1146	1946	1946	1946
1147	1947	1947	1947
1148	1948	1948	1948
1149	1949	1949	1949
1150	1950	1950	1950
1151	1951	1951	1951
1152	1952	1952	1952
1153	1953	1953	1953
1154	1954	1954	1954
1155	1955	1955	1955
1156	1956	1956	1956
1157	1957	1957	1957
1158	1958	1958	1958
1159	1959	1959	1959
1160	1960	1960	1960
1161	1961	1961	1961
1162	1962	1962	1962
1163	1963	1963	1963
1164	1964	1964	1964
1165	1965	1965	1965
1166	1966	1966	1966
1167	1967	1967	1967
1168	1968	1968	1968
1169	1969	1969	1969
1170	1970	1970	1970
1171	1971	1971	1971
1172	1972	1972	1972
1173	1973	1973	1973
1174	1974	1974	1974
1175	1975	1975	1975
1176	1976	1976	1976
1177	1977	1977	1977
1178	1978	1978	1978
1179	1979	1979	1979
1180	1980	1980	1980
1181	1981	1981	1981
1182	1982	1982	1982
1183	1983	1983	1983
1184	1984	1984	1984
1185	1985	1985	1985
1186	1986	1986	1986
1187	1987	1987	1987
1188	1988	1988	1988
1189	1989	1989	1989
1190	1990	1990	1990
1191	1991	1991	1991
1192	1992	1992	1992
1193	1993	1993	1993
1194	1994	1994	1994
1195	1995	1995	1995
1196	1996	1996	1996
1197	1997	1997	1997
1198	1998	1998	1998
1199	1999	1999	1999
1200	2000	2000	2000

PROSPECTAS YACIMIENTOS Y CLASIFICACION ARTES FOSFATILES Y REPARACIONES

## DOCUMENTO GRAFICO



# PRINCIPALES YACIMIENTOS Y CUEVAS CON ARTE PARIETAL PALEOLÍTICO Y EPIPALEOLÍTICO

NEOLÍTICO EN ANDALUCÍA



# NEOLITICO EN ANDALUCIA

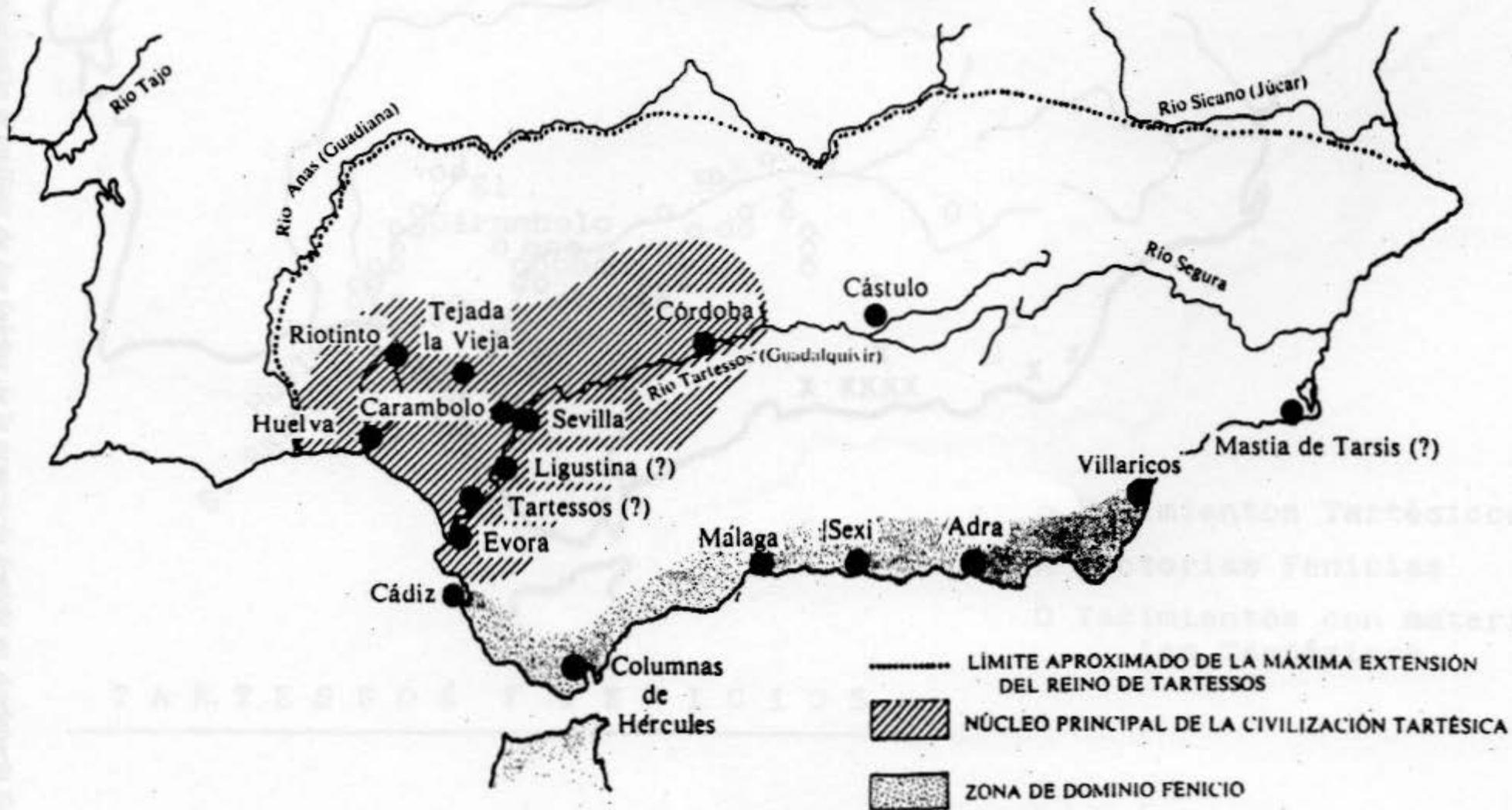
EL REINO DE TARTESOS

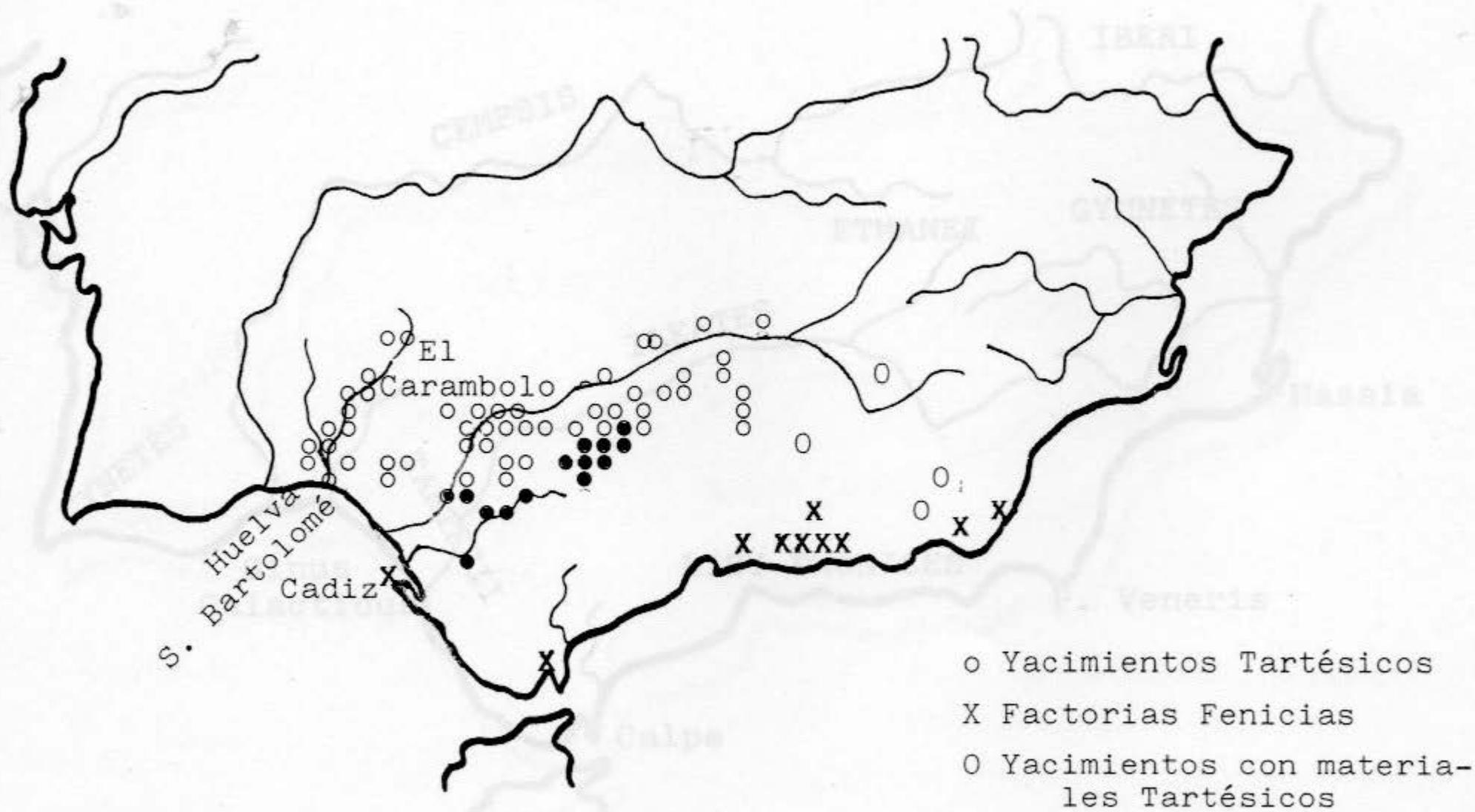
- ▼ CUEVAS
- YACIMIENTOS
- \* POBLADOS



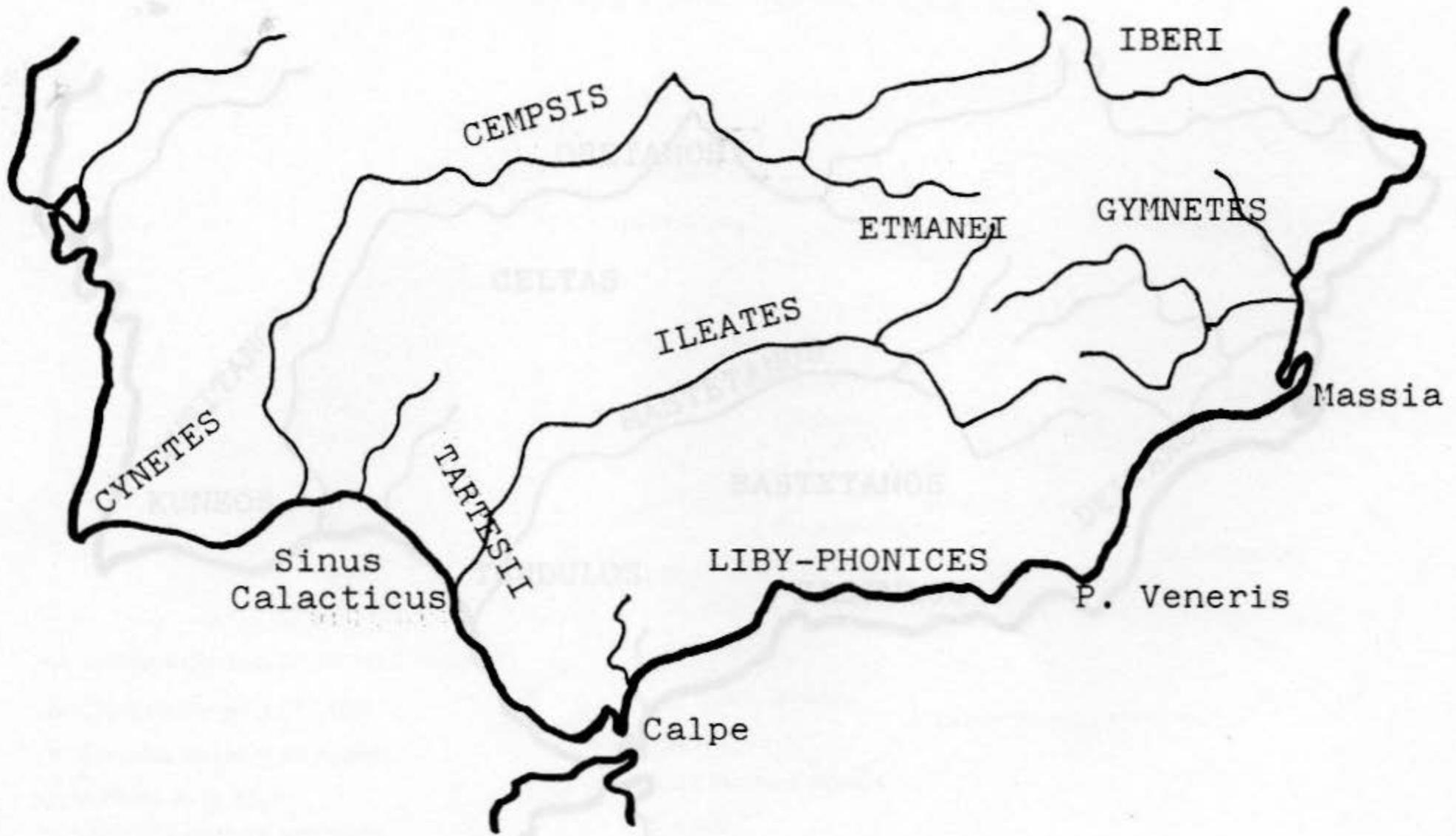
- 1 Cueva de la Zorrera y Cueva de los Botijos (Benalmádena)
- 2 Cueva del Hoyo de la Mina (La Cala del Moral)
- 3 Cueva del Gato (Benaolán)
- 4 Cuevas de Benaocaz
- 5 Cueva de los Murciélagos (Zuheros)
- 6 Cuevas del Agua y de la Mujer (Alhama)
- 7 Poblado de los Castillejos (Montefrío)
- 8 Poblado del Cerro de la Chinchilla (Rioja)
- 9 Yacimiento de las Majólicas (Alfacar)
- 10 Cueva del Castillico (Córdoba)

## EL REINO DE TARTESSOS





TARTESOS Y FENICIOS



A V I E N O



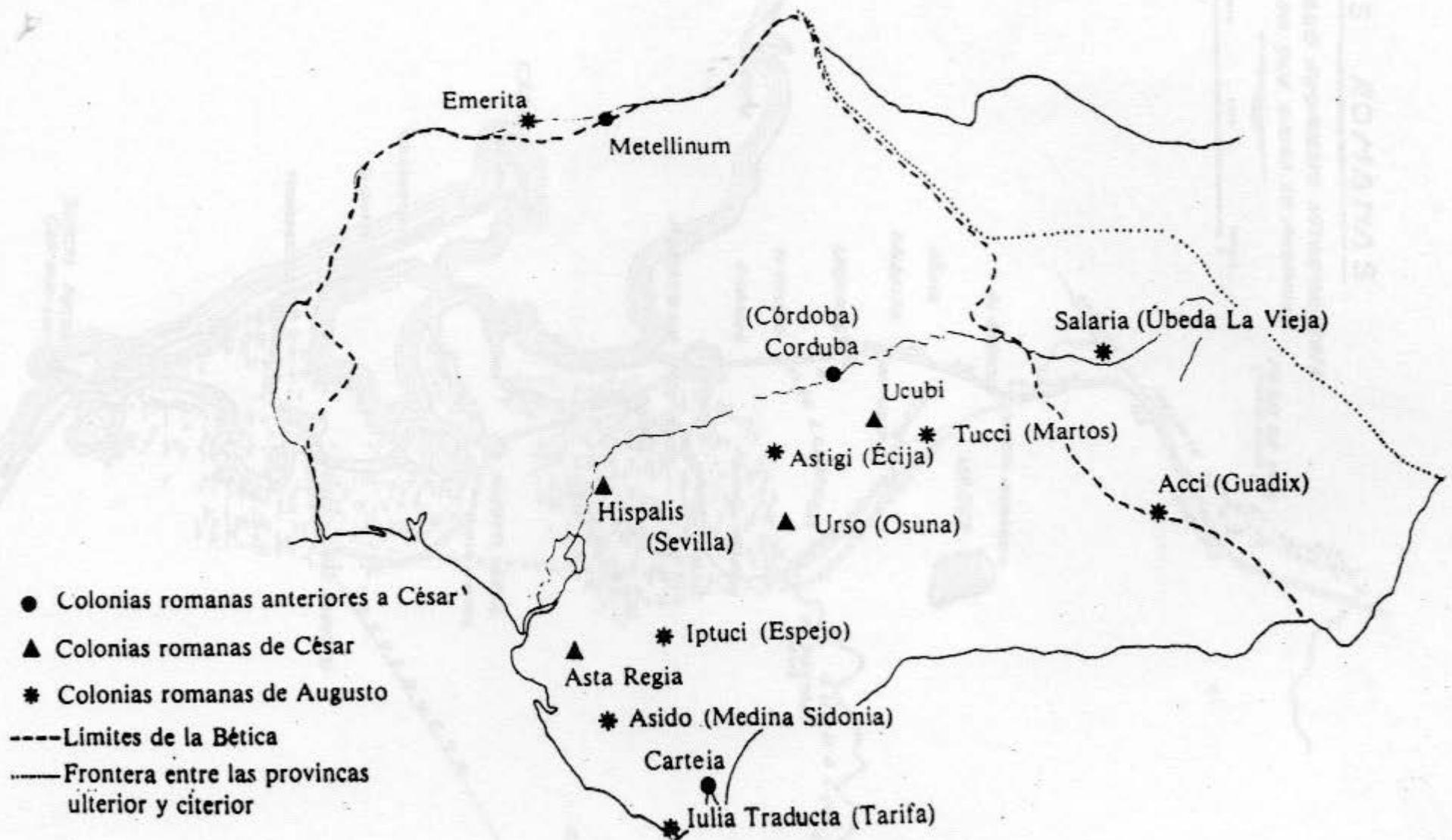
COLONIAS ROMANAS DE LA BÉTICA



- Colonias romanas asignadas a César
- ▲ Colonias romanas de César
- Colonias romanas de Augustus
- Límites de la Bética
- - - Fronteras entre las provincias

PLINIO

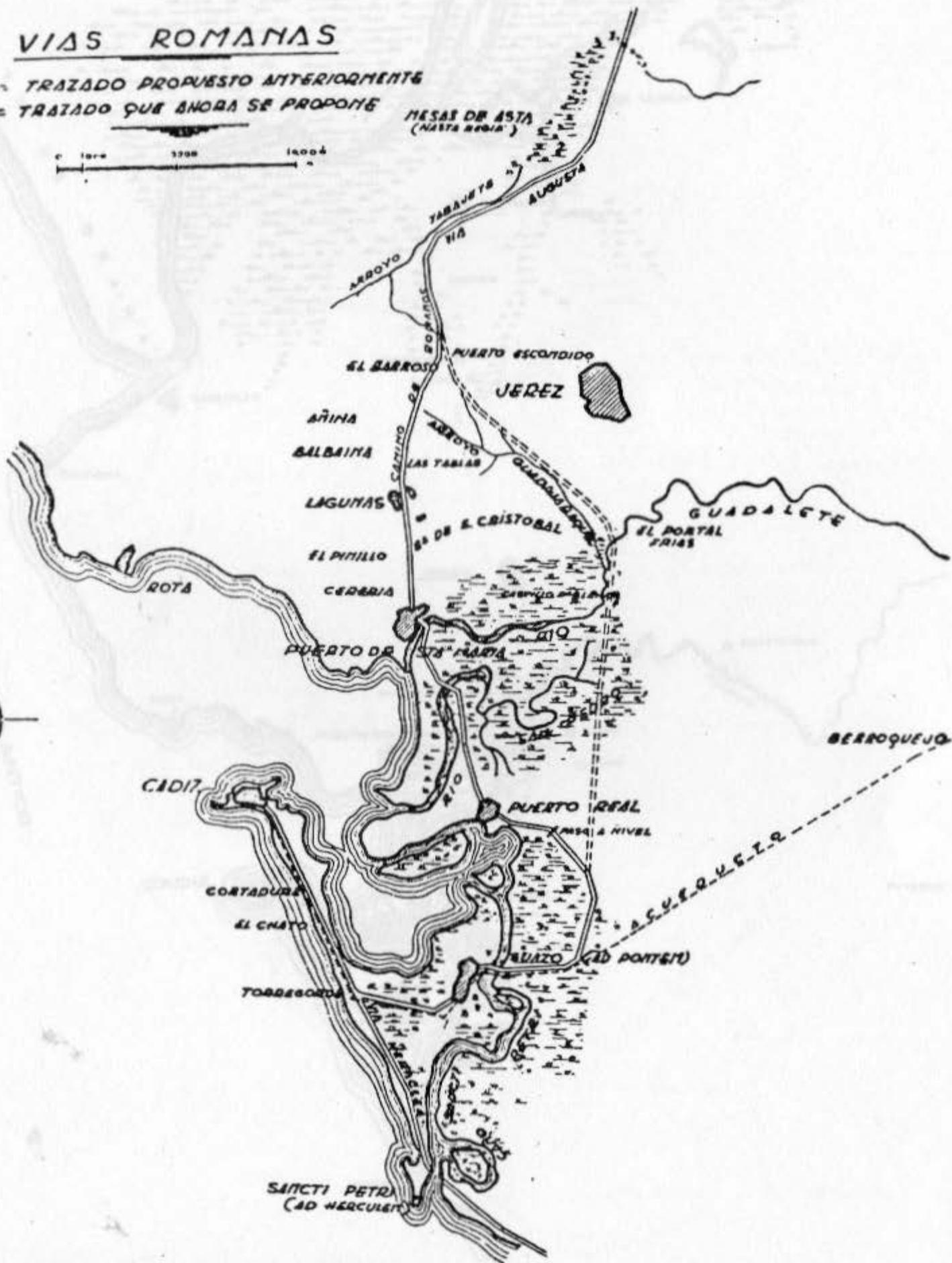
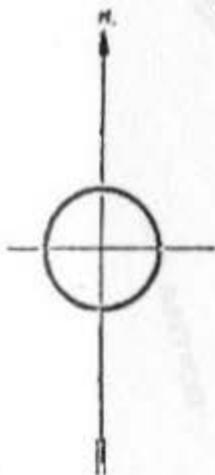
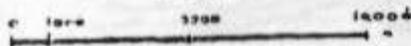
# COLONIAS ROMANAS DE LA BÉTICA



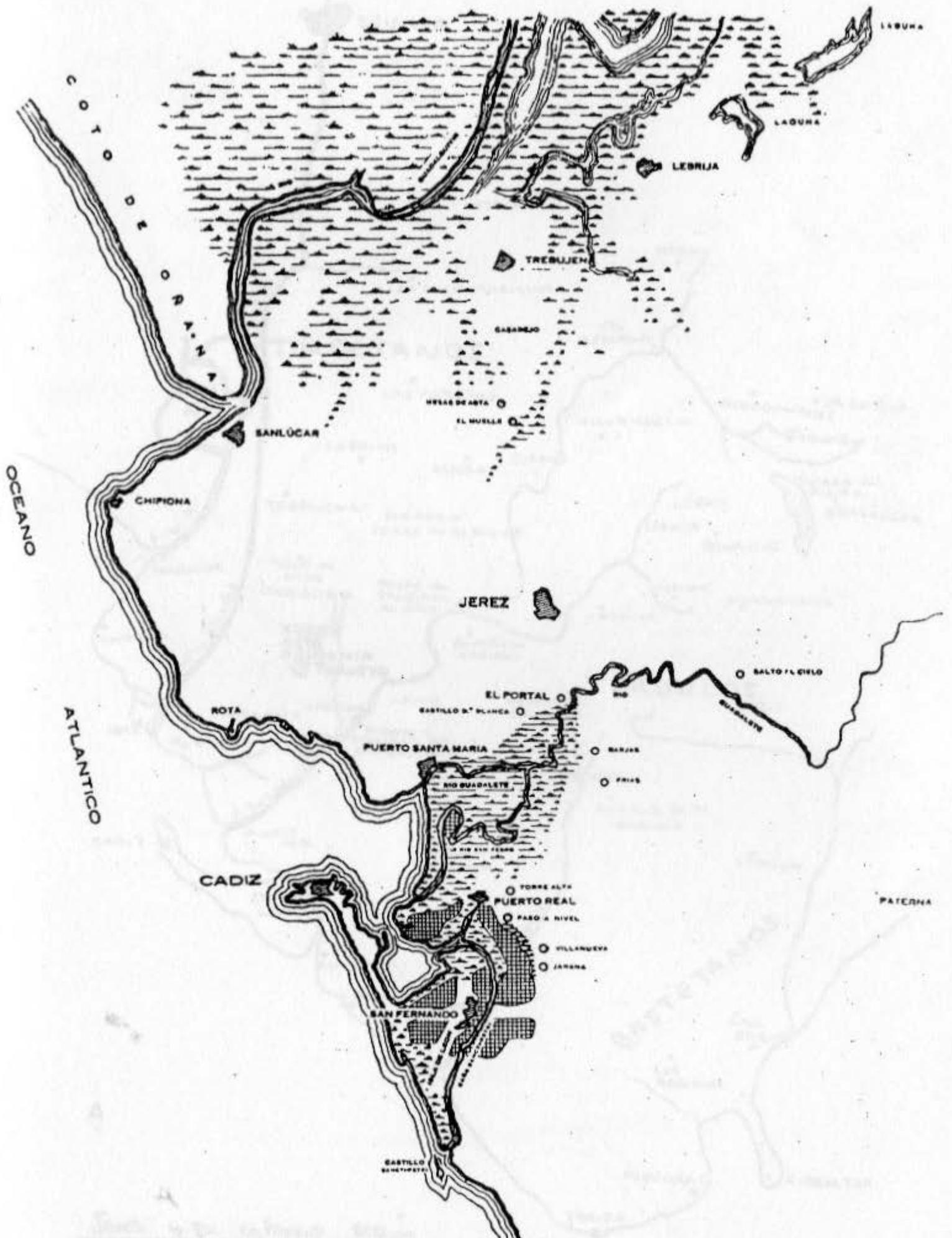
VIA ROMANA

# VÍAS ROMANAS

----- TRAZADO PROPUESTO ANTERIORMENTE  
==== TRAZADO QUE AHORA SE PROPONE

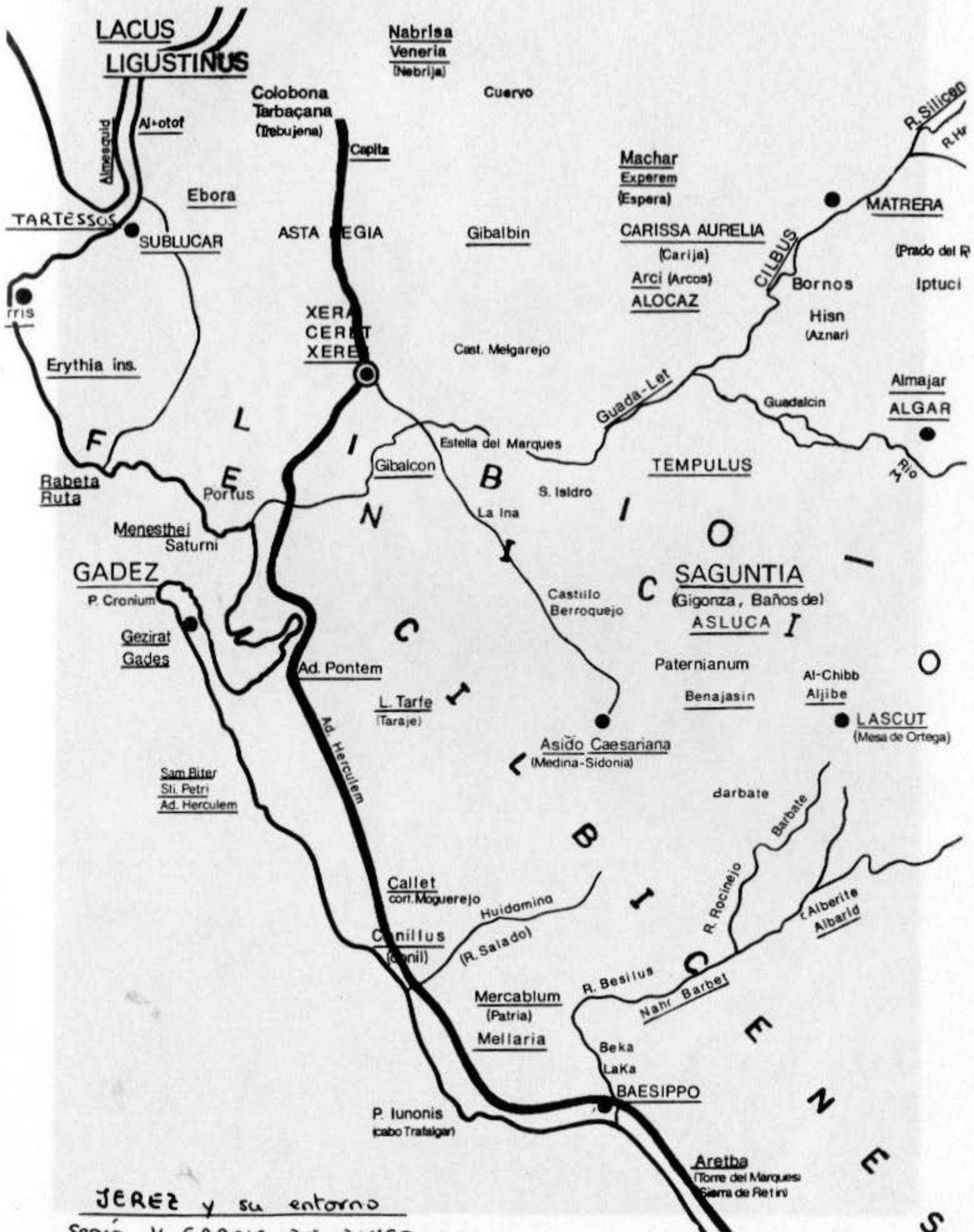


(PEMAN, C. Nuevas precisiones sobre vías romanas en la provincia de Cádiz. Madrid, 1948.)



(PEMAN, C. *Alfares y embarcaderos romanos en la provincia de Cádiz*. Madrid, 1959.





JEREZ y su entorno  
 Según V. GARCIA DE QILGO



Yacimiento en El Trobal (Museo Arqueológico de Jerez).



Vasijas del sepulcro de Alcántara (Jerez).



Cuatro aspectos del ídolo cilíndrico de mármol hallado en Lebrija.



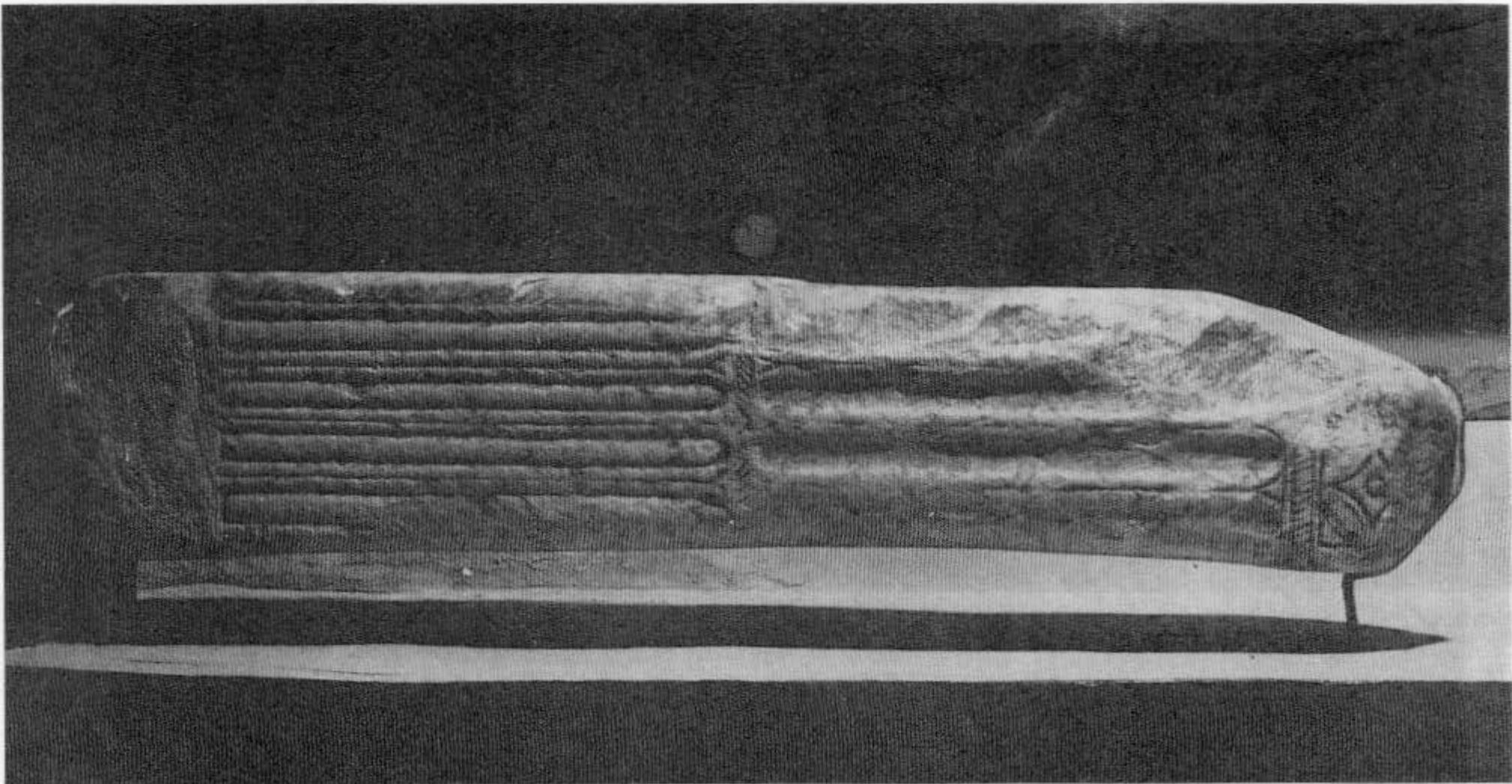
Casco griego corintio, hallado en «La Corta» (Jerez).



Ara funeraria descubierta en Asta Regia.



Capitel corintio hallado en el cortijo de «El Rosario».



Pilastra del castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María).



Pila visigótica de «La Peñuela» (Jerez).



Capitel del cortijo de Casinas (Arcos de la Frontera).



**Adolfo de Castro**



MANUEL ESTEVE GUERRERO  
(1905 - 1976)

## INDICE ONOMASTICO



MANTIL ESTEVE GUERRERO  
(185-187)

INDICE ONOMASTICO

- Abderraman, 55.  
Abab, L., 115.  
Acad, 37.  
Acosta Martínèz, Pilar, 30, 115.  
Aguado Bleye, Pedro, 115.  
Agusti, J., 115.  
Ahmed Ibn Mohamed, *vid.* Rasis.  
alanos, 79.  
Almagro, Martín, 32, 115.  
Alonso, Juan Carlos, 35, 59, 60, 115.  
Alfonso X el Sabio, 59, 89, 91.  
Alonso el Sabio, *vid.* Alfonso X.  
almohades, 88.  
Amores, F., 115.  
andaluces, 61, 63, 76, 85.  
Anibal, 47.  
Antonino Pio, 53, 54, 85, 102.  
árabes, 46, 80, 84, 86, 90, 91, 107, 108, 110.  
Argantonio, 35, 38, 44, 45, 61, 62, 63, 76.  
Arribas, A., 30, 115.  
Asdrúbal, 64.  
asirios, 46.  
Atlante, 76.  
Augusto, 109.  
Aulio Bebio, 65.  
Aulio Trebelio, 65.  
Avides, *vid.* Habis.  
Avieno, Rufo Festo, 14, 26, 33, 75, 77, 101, 102, 104, 109.  
Ballester, R., 120.  
Bancio Cappeto, 63.  
Barrientos, Antonio, 59.  
bastetanos, 45.  
Bendala Galán, Manuel, 115.  
Bertemati Troncosso, Manuel de, 54, 55, 56, 57, 69, 80, 81, 87, 88, 89, 90,  
110, 111, 116.

Beto, 81, 83.  
bizantinos, 107.  
Blanco Freijeiro, Antonio, 32, 36, 37, 115.  
Blázquez, José María, 36, 116, 122.  
Bosch Gimpera, Pedro, 28.  
Bradley, Enrique, 116.  
Bronce, Edad, 31, 32, 33, 37, 41, 66, 72, 99, 104, 105, 106.  
  
Caballos Rufino, A., 117.  
Cabo, Angel, 116.  
Cadmio, 33, 60.  
Calcolítico, 31, 32.  
Callirhøe, 36.  
Cancela y Ruiz, Manuel, 94, 96, 116.  
Cappeto, *vid.* Bancio Cappeto.  
Carlos V, 76.  
Caro, 62.  
Caro, Rodrigo, 89.  
Caro Baroja, Julio, 35, 116.  
Carriazo, Juan de Mata, 38, 116.  
cartagineses, 45, 46, 47, 63, 64, 77, 85, 86, 102.  
Casa-Vargas Machuca, marqués, 116.  
Casiri, 94.  
Castro, Adolfo de, 56, 84, 85, 87, 94, 111, 116.  
Cayo Atinio, 85, 91.  
Cayo Celio, 65.  
Cayo Nigridio, 65.  
Ceballos, A., 56.  
celtas, 44, 45, 109.  
célticos, *vid.* celtas.  
Ceres, 56, 68.  
César, *vid.* Julio César.  
Claudio Decimano, 65.  
Claudio Flavio, 65.  
Claudio Plaucio, 65.  
Corzo Sánchez, Ramón, 116.

Cneo Escipion, 64.  
Cneo, hijo de Pompeyo, 65.  
Collantes de Terán, Antonio, 116.  
Coltri, Pedro, 82.  
Constantino, 55, 66.  
Covarrubias Orosco, Sebastián, 71.  
Cuenca, Hermenegildo, 116.  
cunetes, 37, 62.  
  
Chasquedon, 66.  
Chic García, G., 117.  
Childen, Gordon, 31.  
chipriotas, 42.  
Chrysaor, 36.  
  
Dávila, José A., 117.  
Decio Bruto, 28.  
Delgado, Antonio, 56.  
Díaz del Olmo, F., 117.  
Dido, 62.  
Dionisio Baco, 60, 61, 62, 76, 82.  
Dionisio. Santo, 54.  
Domínguez, Ortiz, Antonio, 117.  
Drain, Michel, 117.  
  
Egea Rodríguez, Juan, 117.  
Egica, 50.  
Epipaleolítico, 30.  
Erictreeo, 61, 62.  
Erytheia, 36.  
Esicio, Santo, 80, 92.  
Espinosa, Pablo de, 83.  
Esteban, Santo, 53, 58, 88.  
Estéfano de Bizancio, 53, 59, 73, 74, 75, 91, 104, 109, 110.  
Estesícoro, 36.  
Esteve Guerrero, Manuel, 14, 32, 36, 49, 56, 66, 90, 103, 104, 107, 117.

Estrabón, 24, 25, 33, 35, 39, 41, 45, 53, 58, 60, 73, 74, 75, 77, 78, 85, 99, 100, 109.  
Estrella Matutina, 24.  
etruscos, 34, 108.  
Euphrasius, 48.  
Eutiquio, Santo, 53, 58, 88.  
Fabio Servicio Verno, 78.  
Falconer, 29.  
feacios, 33.  
Felipe IV, 53.  
fenicios, 13, 34, 35, 37, 39, 41, 42, 43, 46, 63, 77, 79, 83, 108.  
Fernando I, 110.  
Ferreiro López, Manuel, 117.  
Fletcher, D., 117.  
Flórez, Enrique, 69, 91, 92, 109.  
focenses, *vid.* foceos.  
foceos, 19, 20, 34, 35, 44.  
Fontanals, R., 121.  
García Bellido, Antonio, 117.  
García de Diego López, Vicente, 108, 110, 118.  
García Figueras, Tomás, 87, 118.  
García Manrique, Eusebio, 26, 118.  
Gágoris, 37, 61, 62, 76.  
Gava, 101.  
Gavala, Juan, 100.  
Gaya Nuño, Juan Antonio, 118.  
Gera Chrysaor, 75, 81, 82.  
Gerión, 36, 37, 73, 76, 81, 82.  
Gerioneida, 36.  
Geriones, 75, 76, 97.  
Geron, *vid.* Gerión.  
Gibert, J., 115.  
godos, *vid.* visigodos.  
Gómez Moreno, 35.

Gómez Salido, Diego, 53.  
González, Julio, 93, 118.  
González Rodríguez, Rosalía, 14, 19.  
Grandallana y Zapata, Luis de, 118.  
griegos, 13, 34, 35, 36, 39, 43, 77, 90, 91, 107.  
Guadan, Antonio Manuel de, 46, 118.  
Guichot, Joaquín, 118.  
Gutiérrez, Bartolomé Domingo, 25, 56, 69, 71, 74, 75, 77, 79, 80, 81, 82, 94, 111, 118.  
Habidis, *vid.* Habis.  
Habis, 37, 38, 61, 62, 76.  
Hecateo, 104.  
Herakles, *vid.* Hércules.  
Hércules, 13, 36, 41, 41, 61, 63, 73, 76, 77, 82, 83, 88, 89, 93, 97.  
Hércules Egipcio, 75, 82.  
Hércules Fenicio, *vid.* Hércules.  
Hermes, 36.  
Herodoto, 34, 44.  
Hesiodo, 75.  
Hespérides, 33.  
Hespero, 76.  
Hierro, Edad, 106.  
Higuera, Román de la, 55.  
Hircio, 91.  
Hispal, 76.  
Homero, 33, 118.  
Honorio, Santo, 53, 58, 88.  
Hubner, Emilio, 118.  
Hubschmidt, 108.  
Humboldt, Alexander von, 109.  
Hurtado, V., 115.  
iberos, 34, 45.  
Ibn Musa, el Rasis, *vid.* Rasis.  
Idacio, 79.

Isidoro, Santo, 80.  
Isócrates, 73.  
Jerónimo de la Concepción, fray, 56.  
judíos, 50.  
Josué, 84.  
Juan I, 110.  
Julio César, 65, 68, 69, 79, 82, 86, 88, 89, 90, 91, 97, 100.  
Júpiter, 60.  
Justino, 36.  
Kolaios, 44.  
Lacomba, Juan Antonio, 118.  
Lerdi-Gourhan, André, 118.  
libios, 43.  
libio-fenicios, 43, 77.  
ligures, 104.  
López Monteaguado, G., 119.  
Lucas de Tuy, obispo, 68.  
Lucero, 59.  
Lucio Floro, 28.  
Lucio Marineo Siculo, 68, 69.  
lusitanos, 78.  
Madoz, Pascual, 94, 119.  
Maluquer de Montes, Juan, 35, 36, 37, 38, 41, 119.  
Marcial, 110.  
Marcial, 53.  
Marcos, Santo, 93.  
Mariana, Juan de, 80.  
Mario, 65, 79, 90.  
Martí Oliver, B., 119.  
Martín de la Torre, A., 98, 119.  
Martínez Allier, J., 40, 96, 97, 122.  
Martínez de Santaolalla, 106.

Masdeu, Juan, 119.  
massiones, 77.  
mastienos, 45.  
Mazarrasa, Rafael, 119.  
Medallo, Francisco de Paula, 119.  
Medusa, 36, 75.  
Mela, Pomponio, 26, 33, 53, 77, 78, 83, 99, 109.  
Melícula, 62.  
Melkart, *vid.* Hércules.  
Menanteau, L., 104, 119.  
Menéndez Pelayo, Marcelino, 37, 119.  
Menéndez Pidal, Ramón, 119.  
Mesa Xinete, Francisco, 17, 56, 81, 82, 83, 94, 111, 119.  
Moisés, 37.  
Mondéjar, marqués de, 79.  
Moya-Sola, S., 115.  
Muñoz, A. M., 56, 119.  
Muñoz y Gómez, Agustín, 119.  
Muza, 80, 86.  
Nebrija, Antonio de, 59, 65.  
Neolítico, 30, 32, 99, 103, 104.  
Neptuno, 75.  
Norax, 36.  
Ocampo, Florián de, 74, 77.  
Océano, 36.  
Osiris, 76, 82.  
Palante, 61.  
Paleolítico, 28, 29.  
Pan, 61.  
Parada y Barreto, Diego Ignacio, 69, 92, 93, 120.  
Pegaso, 36.  
Pellicer Catalán, Manuel, 30, 120.  
Pemán, César, 54, 100, 101, 102, 120.

Pérez de Vargas, Garci, 89.  
 Pericot, Luis, 29, 120.  
 Píndaro, 33, 39.  
 Platón, 33.  
 Plinio, 33, 53, 55, 58, 61, 62, 66, 68, 70, 71, 74, 75, 77, 78, 79, 80, 81, 83, 85, 88, 99.  
 Pompeyo, 65, 79, 88, 90, 91.  
 Posidonio, 41.  
 Pou, A., 104.  
 Ptolomeo, 53, 77, 99, 109.  
 Puente, Juan de la, 60, 82.  
 Púnicas, Guerras, 46, 47, 64.  
  
 Querol, M.<sup>a</sup> A., 120.  
 Quintanillas Raso, M.<sup>a</sup> Concepción, 120.  
  
 Rallón, Esteban, 23, 24, 54, 55, 56, 57, 58, 60, 61, 63, 64, 65, 66, 67, 74, 76, 79, 80, 94, 97, 111, 120.  
 Rasis, 55, 57, 71, 72, 79, 80, 110.  
 Revena, Anónimo, 54, 102.  
 Remo, 37.  
 Repetto Betes, José Luis, 120.  
 Roa, Martín de, 33, 53, 55, 57, 58, 83, 95, 111.  
 Rodrigo, arzobispo de Toledo, 98.  
 Rodrigo, rey, 67, 68, 86, 87.  
 Rodríguez Carrión, José, 120.  
 Rodríguez Neila, Juan Francisco, 48, 120.  
 Roldán Hervás, José Manuel, 54, 121.  
 romanos, 42, 47, 57, 64, 78, 90, 97, 102, 107.  
 Romo, 61.  
 Rómulo, 37.  
 Rufino, obispo, 80.  
 Ruiz Lagos, Manuel, 19, 121.  
 Ruiz Mata, Diego, 42, 121.  
  
 Sánchez, Rodrigo, 68.

Sánchez Dragó, Fernando, 121.  
 Sancho de Sopranis, Hipólito, 101.  
 Santero Santurino, José M.<sup>a</sup>, 45, 121.  
 Santoja, M., 120.  
 Sargón de Acad, 37.  
 Schulten, Adolf, 34, 104, 109, 121.  
 Segundo, Santo, 91.  
 Selene, 60.  
 Selvisinos, 77.  
 Sericio, 80.  
 Sexto, hijo de Pompeyo, 65.  
 Sidón, 79.  
 sidonios, 83, 85.  
 Sila, 65.  
 Silio Itálico, 77.  
 Sillieres, P., 121.  
 sirios, 42.  
 Stephano de Bizancio, *vid.* Estéfano de Bizancio.  
 Strabon, *vid.* Estrabón.  
 suevos, 79.  
 Symmachus, 48.  
  
 Tadmir, 86.  
 Taric, 86.  
 Tarradell-Font, N., 121.  
 Tarradell, Miguel, 34, 41, 46, 121.  
 Tartessos, 13, 14, 32, 33, 34, 35, 38, 39, 40, 43, 44, 45, 47, 77, 105.  
 Teudis, 41, 49.  
 Testa, 61.  
 Theopompo, 53, 56, 73, 74, 75, 89, 91, 110.  
 tirios, 83.  
 tirsenos, 34.  
 Tito Livio, 77, 78, 91.  
 Torres Balbas, 121.  
 Tovar, Antonio, 121.  
 Tubal, 75.



Abyla, 39.  
 Aculadero, El, 27.  
 Africa, 26, 27, 49.  
 Al-Andalus, 55.  
 Alalía, batalla, 38, 44, 45, 46.  
 Alcántara, cueva, 18, 107.  
 Alejandría, 102.  
 Algar, 30.  
 Algarbes, Los, dólmenes, 32.  
 Algarrobillo, cortijo, 49.  
 Almendral, cueva del, 32.  
 Almería, 31, 43, 46.  
 Almonte, 42.  
 Alpes, 109.  
 América, 24.  
 Ampurdán, 39.  
 Andalucía, 18, 25, 26, 27, 29, 30, 32, 33, 34, 38, 40, 43, 47, 48, 60, 61, 66, 67,  
 70, 75, 80, 82, 84, 85, 90, 109.  
 Aragón, 68, 90.  
 Arcos de la Frontera, 24, 49, 72, 107.  
 Arillo, río, 28.  
 Artico, Círculo, 23, 57.  
 Asi Domna, 74.  
 Asia, 27.  
 Asia Menor, 27, 34.  
 Asido, 49, 55, 56, 57, 58, 68, 70, 71, 72, 74, 75, 79, 80, 83, 84, 85, 89, 91, 96,  
 97, 98.  
 Asido Cesariana, 56, 68, 69, 81, 83, 88, 91, 96, 109, 111.  
 Asidoe Domina, 74.  
 Asidona, 58, 59, 68, 74, 80, 83, 88.  
 Asidonia, 49, 53, 55, 56, 57, 58, 59, 69, 74, 75, 80, 81, 83, 84, 87, 88, 90, 91,  
 96, 109, 111.  
 Assido, *vid.* Asido.  
 Assidona, *vid.*, Asidonia.  
 Assidonia, *vid.* Asidonia.  
 Asta, *vid.* Asta Regia.

Asta Liguriense, 55, 104, 109, 111.  
 Asta Regia, 25, 33, 35, 45, 48, 49, 50, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63,  
 64, 65, 66, 67, 69, 73, 74, 75, 76, 78, 79, 81, 83, 85, 86, 87, 88, 89, 91, 95,  
 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 106, 107, 109, 111.  
 Asti (Piamonte), 88, 104, 109.  
 Asti (Etruria), 104, 109.  
 Astigi *vid.* Ecija.  
 Atenas, 76, 102.  
 Atlántico, océano, 23, 24, 25, 26, 39.  
 Aucis, *vid.* Auxis.  
 Atlántica, 33, 59.  
 Augis, *vid.* Auxis.  
 Auxias, *vid.* Auxis.  
 Auxis, 56, 66, 68, 96.  
  
 Badalae, río, 24.  
 Baetis, *vid.* Betis.  
 Bastulo Fhenisias, 73.  
 Baza, Depresión, 26.  
 Bética, 33, 47, 48, 55, 65, 66, 82, 91, 100.  
 Béticas, Cordilleras, 26.  
 Betis, río, 23, 25, 26, 55, 58, 59, 61, 75, 101, 109.  
 Bizancio, 86.  
 Boca de Leones, arroyo, 24.  
 Bornos, 23, 56.  
 Bracciano, lago, 54.  
 Bretaña, 35, 40.  
 Bujón, marisma, 103.  
  
 Cabra, 49.  
 Caditana, *vid.* Cádiz.  
 Cádiz, 17, 23, 27, 29, 32, 35, 36, 39, 41, 42, 43, 46, 54, 57, 59, 61, 63, 84, 85,  
 92, 97, 102.  
 Cádiz, golfo, 26, 30.  
 Cádiz, Sierra, 29.  
 Caesaris Castra, 65, 68.

Calpe, 39.  
 Callet, 108.  
 Campos Eliseos, 81.  
 Canaan, 84.  
 Cantera, La, 104, 107.  
 Capricornio, trópico, 23, 57.  
 Carah, 74.  
 Carambolo, El, 39.  
 Carigüela de Pinar, 29.  
 Carmona, 30, 81.  
 Cartago, 38, 39, 46, 47, 62, 64.  
 Carteia, 56, 65, 80, 81, 111.  
 Cartuja, Monasterio, 72.  
 Casariego, cortijo, 101.  
 Casinas, cortijo, 108.  
 Casitérides, islas, 40.  
 Caulina, llanos, 64, 101, 111.  
 Centroeuropa, 32.  
 Cera, Torre de, 56, 74, 89.  
 Cerdeña, 36.  
 Ceret, 70, 74, 90, 91, 96, 108, 110.  
 Cerro de Vacas, 32.  
 Cerro del Fruto, 25.  
 Cert, 74.  
 Cesariana, *vid.* Asido Cesariana.  
 Caesaris Castra, *vid.* Caesaris Castra.  
 Ceuta, 39.  
 Cidueña, 110.  
 Civitas Salva, 56.  
 Columnas de Hércules, 39, 41, 56, 74, 82, 84, 86, 89, 110.  
 Constantinopla, 86.  
 Colobona, *vid.* Lebrija.  
 Conil, 108.  
 Conistorgis, 45.  
 Córdoba, 33, 49, 54, 85.  
 Corduba, *vid.* Córdoba.

Cornualles, 35.  
Corta, La, 36.  
Crisauro *vid.* Chryso.  
Criso *vid.* Chryso.  
Cuervo, El, 48, 101.  
Chereb, 74.  
Chereya, 74.  
Chiclana, 28.  
Chipiona, 62.  
Chrisauro, *vid.* Chryso.  
Chryso, río, 72, 75, 76, 77, 81.  
Dehesilla, 30, 31.  
Doñana, 34, 102.  
Doña Blanca, castillo, 42, 71, 108.  
Doña Blanca, poblado, 42.  
Ebora, 42.  
Ecija, 49.  
Egabrum, *vid.* Cabra.  
Egipto, 82.  
Elepla, *vid.* Niebla.  
Eneolítico, 33.  
Escorial, El, 79.  
España, 34, 57, 59, 61, 62, 66, 67, 70, 75, 81, 82, 84, 85, 93.  
Estrella Matutina, templo, 24.  
Etruria, 104.  
Europa, 27, 76.  
Fama Julia, 108.  
Felistin, 110.  
Fenicia, 62, 85.  
Gades, *vid.* Cádiz.  
Gadir, *vid.* Cádiz.

Garganta, dolmen, 32.  
Gastor, El, 32.  
Génova, 104.  
Gera, 74, 75, 76, 82, 83.  
Gerez, 68.  
Geritium, 68.  
Gibraltar, 29.  
Gibraltar, estrecho, 39, 41.  
Granada, 30, 49.  
Grazalema, 24, 32, 72.  
Grazalema, Sierra, 27.  
Grecia, 85.  
Guadalete, río, 17, 23, 24, 27, 28, 30, 36, 40, 42, 43, 44, 59, 62, 64, 72, 75, 76, 77, 81, 83, 85, 86, 97, 100, 101, 102, 103.  
Guadalquivir, río, 24, 25, 26, 27, 30, 31, 36, 40, 42, 44, 46, 47, 62, 99, 100, 101, 102, 103, 109.  
Guadaxaeca, *vid.* Guadaxavaque.  
Guadaxavaque, arroyo, 25, 72, 73.  
Guadiana, río, 30, 44.  
Hasta, *vid.* Asta.  
Haza de la Torre, 49.  
Haza de Padilla, 49.  
Hércules, Estrecho de, *vid.* Columnas de Hércules.  
Hércules, templo, 63.  
Hespérides, Jardín de las, 33.  
Hidalgo, dolmen, 32.  
Hispalis, *vid.* Sevilla.  
Hispania, 47, 79.  
Huelva, 31, 35, 40.  
Huelva, ría, 26.  
Iberia, *vid.* Península Ibérica.  
Iliberris, *vid.* Granada.  
Islas Británicas, 40.  
Israel, 37.

Italia, 39, 47, 54, 76, 88, 104.  
Itálica, 47, 49.

Janda, laguna, 28, 29, 32.  
Jeiraz, 84.  
Jera, *vid.* Xera.  
Jerez de la Frontera, 13, 14, 17, 18, 19, 23, 24, 27, 28, 30, 32, 35, 42, 44, 47, 48, 49, 53, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 100, 101, 102, 103, 107, 108, 109, 110, 111, 116, 117, 118, 119, 120.  
Jonia, 43.  
Judío, El, cueva, 30.  
Junta de los Ríos, 108.

Kart, 108.  
Kumasa, 32.

Lacio, 97.  
Lebrija, 32, 58, 59, 60, 100, 103.  
Lebrija Colobona, *vid.* Lebrija.  
Lec, río, *vid.* Letheo.  
Lethe, río, *vid.* Letheo.  
Letheo, río, 28, 59, 77, 78, 81, 85.  
Levante, 46.  
Libia, 34.  
Ligustino, Lago, 26, 104, 109.  
Liguria, 39, 54.

Majaceyte, río, 24, 72.  
Malaca, *vid.* Málaga.  
Málaga, 29, 30, 46, 49, 80.  
Marruecos, 39.  
Martos, 49.  
Medina, laguna, 27.  
Medina Sidonia, 27, 32, 49, 55, 56, 68, 74, 80, 84, 85, 88, 96, 98, 109.

Mediterráneo, Mar, 25, 31, 33, 34, 36, 39, 41, 43, 44, 55, 57, 106.  
Melkart, templo, 41, 43.  
Mesas de Asta, 42, 50, 58, 60, 76, 81, 83, 100, 101, 102, 103, 109, 111.  
Millares, Los, cueva, 31.  
Moguerejo, cortijo, 108.  
Molinos, arroyo, 24.  
Monda, *vid.* Munda.  
Montealgaida, 24.  
Montebur, 59.  
Muelle, El, 101, 103.  
Munda, 58, 65, 69, 79, 96.

Nebrissa, *vid.* Lebrija.  
Nebrija, *vid.* Lebrija.  
Nebrissa, *vid.* Lebrija.  
Negadah, 32.  
Negro, Mar, 39.  
Nepet, 108.  
Nerja, Cueva, 29.  
Niebla, 49.

Océano, *vid.* Atlántico.  
Occidente, 23, 39, 43, 46, 57.  
Odiel, río, 26.  
Olvera, 24.  
Ombrone, río, 104.  
Orce, 27.  
Oriente, 40, 103.  
Oropedas, Montes, 23.  
Osset, 108.  
Oviedo, 79.

Pago de Cantarranas, 32.  
Palestina, 110.  
Palomas, Las, cueva, 29.  
Parralejo, 30, 31.  
Península Ibérica, 33, 34, 39, 42, 45, 46, 47, 48, 57, 76, 82, 87, 100, 106, 109.

Peñuela, cortijo, 107.  
Piamonte, 88, 104.  
Picao, El, cueva, 30.  
Pileta, La, cueva, 29, 30.  
Portal, El, 36, 42, 54, 100, 102.  
Portugal, 34.  
Portus Gaditanus, 54, 102.  
Priego de Córdoba, 30.  
Puertas Gaditanas, *vid.* Gibraltar, Estrecho de  
Puerto de Menestreo, 28, 60, 85, 100.  
Puerto de Santa María, El, 24, 28, 32, 54, 70, 71, 72, 85, 102.  
Puerto Real, 28.  
Puerto Serrano, 24.  
  
Rajaldabas, marismas, 103.  
Regia, *vid.* Asta Regia.  
Río de la Real, *vid.* Guadavaque, río.  
Rocío, El, 42.  
Roma, 28, 37, 46, 46, 48, 48, 54, 64, 65, 66, 67, 99.  
Ronda, 23, 24, 59, 72.  
Ronda, Sierra, 23, 58.  
Rosario, El, cortijo, 66, 104.  
Rota, 25, 27, 28, 62.  
  
Saduña, 55, 58, 59, 71, 83.  
Sagunto, 64.  
Salado, arroyo, 24.  
Salmedina, isla, 36.  
San Cristóbal, Sierra, 24, 42, 71, 72, 111.  
San Fernando, 27, 28.  
San José del Valle, 30, 49.  
San Marcos, parroquia, 93.  
San Pedro, río, 28.  
San Telmo, playas, 25, 64, 72, 73, 100.  
Sancti Petri, *vid.* Santi Petri.  
Santi Petri, 28.

Santi Petri, castillo, 27, 63.  
Sanlúcar de Barrameda, 23, 32, 56, 59.  
Scheduna, 55.  
Scheres, 90, 91.  
Sera, 90, 91.  
Seria, 108.  
Serit, 90.  
Seritium, 68, 90, 91, 110.  
Sevilla, 35, 39, 49, 55, 57, 66, 67, 80, 83, 85, 89, 102, 108.  
Sicilia, 39, 106.  
Sidón, 41, 83, 108, 110.  
Sidonia, 55, 58, 59, 80, 82, 83, 86, 87, 90, 108, 109, 110, 111.  
Sidueña, 71, 72, 74, 75, 80, 83, 110.  
Sidueña, *vid.* Sidueña.  
Sierra Morena, 26, 58.  
Sierra Nevada, 26.  
Sisapon, 58.  
  
Tabajete, marisma, 103.  
Tánger, 86.  
Tarifa, 32, 63.  
Tarschisch, 33, 34, 40.  
Tarshich, *vid.* Tarschisch.  
Tarsis, 81.  
Tartessos, ciudad, 33, 34, 35, 36, 37, 56, 59, 75, 76, 81, 82, 83, 98, 99, 101,  
102, 103, 104, 106, 109.  
Tartessos, río, 25, 75, 81, 101, 109.  
Testis, Mar, 25.  
Thseres, 74.  
Tinto, río, 26.  
Titinto, 36.  
Tiro, 41, 42, 46, 83.  
Toledo, 53, 80, 98.  
Torno, El, 44.  
Torres de Hércules, *vid.* Columnas de Hércules.  
Torroy, marisma, 25, 73.

Tracia, 109.  
 Trebujena, 59, 60, 101.  
 Trebujena, caños, 103.  
 Trobal, El, 32.  
 Troya, 41, 43, 85.  
 Tucci, *vid.* Martos.  
 Túnez, 39, 46.  
 Turdetana, *vid.* Turdetania.  
 Turdetania, 33, 57, 60, 62, 64, 76.  
 Turdeto, 56, 57, 58, 60, 63, 64, 70, 75, 81, 82, 83, 111.  
 Turs-a, 34.  
 Veneria, 58.  
 Villaluenga, 32.  
 Xarez, 67.  
 Xeduna, 110.  
 Xeera, 74, 75.  
 Xera, 56, 73, 74, 75, 76, 81, 89, 90, 91, 96, 97, 110, 111.  
 Xeracia, 90.  
 Xerea, 74.  
 Xerecia, 74.  
 Xeres, 110.  
 Xeret, 70.  
 Xereto, 91.  
 Xereus, 74.  
 Xerez, *vid.* Jerez.  
 Xerez de Sidonia, 55, 56, 80, 81, 91, 98, 110, 111.  
 Xerez Munda Cesariana, 65.  
 Xerez Sadueña, *vid.* Xerez Saduña.  
 Xerez Sadula, 55, 71, 81, 91, 110, 111.  
 Xerez Sisonis, *vid.* Xerez de Sidonia.  
 Xericia, 74.  
 Xeris, 110.  
 Xerisa, 108.  
 Xexariana, *vid.* Asido Cesariana.

Xiras, 74.  
 Xirata, 94.  
 Zahara, 24.  
 Zuazo, puente, 85.

INDICE

Sabaté, 24.  
Lluís, 28.

Tardana III.

71, 60, 62, 64, 76.

58, 60, 63, 64, 70, 75, 81, 83, 89, 111.

75, 76, 81, 89, 90, 91, 95, 97, 110, 111.

55, 56, 80, 81, 91, 98, 110, 111.

mariana, 65.

vid. Xerez Sedulla.

1, 71, 81, 91, 110, 111.

cf. Xerez de Sidonia.

PROLOGO

PREAMBULO

# INDICE

## I. EVOLUCION HISTORICA

- 1. Situación geográfica
- 2. Contexto prehistórico
- 3. Tartessos: realidad o mito
- 4. Colonizaciones
- 5. Fenicios
- 6. Griegos
- 7. Celtas
- 8. Siglos V, IV y III: Pueblos prerromanos y C
- 9. Romanos
- 10. Pueblos bárbaros: Visigodos

## II. HISTORIOGRAFIA LOCAL

- 11. Origen de Jerez: estudios históricos
- 12. Esteban Rallón: Asta y Xerez
- 13. Batallón D. Godíerroy: Jerez heredera de A
- 14. Francisco Mesa Ximenes: antecedentes múltip
- 15. Adolfo de Castro: fundación fenicia

INDICE

19	.....	Págs.
20	.....	
21	.....	
22	.....	
101	.....	
102	.....	
103	.....	
110	.....	

PROLOGO .....	11
PREAMBULO .....	15
I. EVOLUCION HISTORICA .....	21
1. Situación geográfica .....	23
2. Contexto prehistórico .....	25
3. Tartessos: realidad o mito .....	33
4. Colonizaciones .....	39
5. Fenicios .....	41
6. Griegos .....	43
7. Celtas .....	44
8. Siglos V, IV y III: Pueblos Prerromanos y Cargagineses	45
9. Romanos .....	47
10. Pueblos bárbaros: Visigodos .....	48
II. HISTORIOGRAFIA LOCAL .....	51
11. Origen de Jerez: estudios históricos .....	53
12. Esteban Rallón: Asta y Xerez .....	56
13. Bartolomé D. Gutiérrez: Jerez heredera de Asidonia ...	69
14. Francisco Mesa Xinete: antecedentes múltiples .....	81
15. Adolfo de Castro: fundación fenicia .....	84
16. Manuel de Bertemati: «la clave del problema» .....	87
17. Diego Ignacio Parada y Barreto: el rigor científico de las investigaciones .....	92
18. Manuel Cancela y Ruiz: divulgación de la Historia local	94

19.	Ildefonso Yáñez y J. Martínez Allier: Jerez, Asta y Asido .....	96
20.	A. Martín de la Torre: Tartessos, Asta y Jerez .....	98
21.	César Pemán: estudio del ámbito geográfico .....	100
22.	Manuel Esteve Guerrero: excavaciones de Asta Regia y otros descubrimientos arqueológicos .....	103
23.	Vicente García de Diego López: estudio toponómico ...	108
24.	Breve conclusión final .....	110

BIBLIOGRAFIA .....	114
--------------------	-----

NOTAS .....	123
-------------	-----

DOCUMENTO GRAFICO .....	131
-------------------------	-----

INDICE ONOMASTICO .....	179
-------------------------	-----

INDICE TOPOGRAFICO .....	191
--------------------------	-----

Este libro se terminó de imprimir  
en los talleres de Gráficas del Exportador,  
de Jerez de la Frontera,  
el día 15 de Abril de 1987.